



TROTSKY, per G. Zornov.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

Nueva etapa
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



**Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en
español (OELT-EIS)**



germinal_1917@yahoo.es

Valencia, diciembre de 2022, 2ª edición digital
Texto publicado en 1921 por el Tercer Congreso
 de la Internacional Comunista. Vuelto a publicar
 en ruso y en francés dentro de la selección *Los
 cinco primeros años de la Internacional
 Comunista.*

Todos los materiales contenidos en esta segunda
 edición están tomados de nuestra serie **Trotsky
 inédito en internet y en castellano.**

Lecturas complementarias con este folleto son
 la misma obra en que fue republicado (*Los
 cinco primeros años de la Internacional
 Comunista*, publicada en estas mismas **Obras
 escogidas de León Trotsky en español**) y *Los
 cuatro primeros congresos de la Internacional
 Comunista.*, publicada por estas mismas **EIS.**

Por otra parte, el lector no debe perder de vista
 la importancia de las cuestiones tratadas en este
 folleto de cara a la comprensión de la aparición
 más tarde del fascismo, por tanto, de cara a la
 lectura de *La lucha contra el fascismo (y
 anexos)* publicada también en esta misma serie.

Índice:

<i>A modo de prefacio</i>	3
La situación mundial. Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista.....	4
La situación mundial (1917-1921).....	5
La burguesía se tranquiliza.....	7
¿Se ha restablecido el equilibrio mundial?.....	9
La decadencia económica de Europa expresada en cifras.....	11
El desarrollo económico de Norteamérica.....	17
Otros países. La crisis.....	19
Del desarrollo económico a la crisis.....	21
Recuperación tras la guerra.....	23
La crisis actual.....	25
Crisis, recuperación y revolución.....	26
La agudeza de las contradicciones sociales.....	27
Los campesinos.....	28
Una nueva clase media.....	29
Relaciones internacionales.....	30
La clase obrera después de la guerra.....	33
Perspectivas y tareas inmediatas.....	35
Anexo: La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921.....	37
<i>El movimiento revolucionario mundial</i>	37
<i>La situación mundial</i>	38
<i>La crisis industrial</i>	41
<i>El papel del partido comunista</i>	44
Una escuela de estrategia revolucionaria.....	45
Las premisas materiales de la revolución.....	46
Los problemas de la táctica revolucionaria.....	48
Una escuela de estrategia revolucionaria.....	51
Las tendencias centristas en el socialismo italiano.....	54
El comunismo italiano. Sus dificultades y tareas.....	57
Los temores y sospechas de los extremistas de izquierda.....	59
Los acontecimientos de marzo en Alemania.....	60
La estrategia de la contrarrevolución alemana y los aventureros de izquierda.....	63
Las tendencias aventureras y... la Cuarta Internacional.....	65
Los errores de las izquierdas y la experiencia rusa.....	67
Motivos de la fuerza y debilidad del Partido Comunista Francés.....	69
El comunismo y el sindicalismo en Francia.....	72
Sin tendencias de derecha, una sólida preparación para la conquista del poder.....	74

A modo de prefacio

Este libro está consagrado a la nueva etapa del desarrollo de la revolución proletaria internacional. Como jalones que determinan esta nueva etapa se pueden considerar: la falta de éxito de la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia (agosto de 1920), la debacle del potente movimiento revolucionario italiano, en septiembre de 1920, y la acción de los obreros alemanes en el mes de marzo del presente año.

El Tercer Congreso de la Internacional ha ofrecido una crítica económica y política del período que acaba de comenzar y ha educado de esta crítica todas las conclusiones tácticas necesarias.¹

En la primera parte de este libro (“[La situación mundial. Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista](#)”) el autor trata de ofrecer una caracterización general de la situación mundial, tal como ésta era a mediados de 1921. El informe del autor al congreso se basa en esta caracterización.

La segunda parte (*Una escuela de estrategia revolucionaria*) contiene las enseñanzas tácticas que se pueden extraer del congreso al mismo tiempo que la táctica general de sus trabajos.

La obra entera está compuesta por dos discursos pronunciados por el autor en dos reuniones de los miembros de la organización de Moscú de nuestro partido, reuniones celebradas justo antes del congreso e inmediatamente después de él. Para la primera parte de mi libro no me he servido de las actas taquigráficas de mi discurso en el congreso (en él estaba obligado a tomar la palabra en alemán, lo que, ¡desgracia!, dio a mi alocución un carácter simplificado, a menudo “aproximativo”) sino de mi informe ruso sobre el mismo tema, informe que precedió al congreso. Les ruego a los camaradas que deseen conocer mi informe en el congreso que utilicen el texto de la presente obra como más preciso.

He revisado los dos discursos que forman parte de este libro, lo más cuidadosamente que me lo han permitido mis ratos libres. Ruego encarecidamente a mis lectores que recuerden que no tienen delante de ellos un libro en el sentido propio de la palabra, es decir una exposición sistemática de un pensamiento fundamental, sino solamente el texto taquigráfico, y revisado por el autor, de dos discursos. Es evidente que no busco con esto escapar a la responsabilidad de las ideas desarrolladas en esta obra; simplemente ruego un poco de indulgencia por la forma de mi exposición.

L. Trotsky

Post scriptum. Los teóricos de la socialdemocracia, y con una loable insistencia, me cuentan entre los comunistas de “izquierda”. Nuestros amigos de izquierda que pertenecen a la Internacional Comunista, parece ser que casi como a un centrista disfrazado. Me permito extraer de estas dos opiniones un consuelo táctico.

Moscú, 19 de agosto de 1921

¹ Ver materiales del Tercer Congreso en estas EIS en [Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones](#), en nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#), páginas 116-202 del formato pdf en su 2ª edición, para los materiales del Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista. También en León Trotsky, [Los cinco primeros años de la Internacional Comunista](#), en estas mismas [OELT-EIS](#), páginas 183-513 del formato pdf 2ª edición, con materiales entre segundo y cuarto congresos.

La situación mundial. Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista²

(Junio de 1921)

²Aunque es presentado en muchos lugares como un informe en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista (bajo el título de “La situación mundial”, que nosotros hemos añadido para facilitar referencias al lector), este texto no se corresponde con la *intervención* de Trotsky en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista; él mismo explica su historia en el prefacio de más arriba a esta obra: “Para la primera parte de mi libro no me he servido de las actas taquigráficas de mi discurso en el congreso (en él estaba obligado a tomar la palabra en alemán, lo que, ¡desgracia!, dio a mi alocución un carácter simplificado, a menudo “aproximativo”) sino de mi informe ruso sobre el mismo tema, informe que precedió al congreso. Les ruego a los camaradas que deseen conocer mi informe en el congreso que utilicen el texto de la presente obra como más preciso.”. El lector podrá descargarse en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) los siguientes materiales correspondientes a la preparación, celebración y resultado del Tercer Congreso de la IC sobre esta cuestión: “[Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista \(3er Congreso III Internacional\)](#)”, “[La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921](#)”, “[[Resumen del discurso pronunciado en la tercera sesión del Tercer Congreso de la IC](#)]” y, tal vez también a modo de conclusión política: “[Las enseñanzas del Tercer Congreso de la Internacional Comunista](#)”; entre junio y julio de 1921 el lector encontrará más materiales correspondientes a este congreso.)

La situación mundial (1917-1921)

¡Camaradas! El problema al que se dedicará mi informe es muy complejo, y me temo que mi intervención será demasiado larga. Me siento obligado a pedirles que le presten mucha atención, sobre todo porque no estoy seguro de haber conseguido agrupar los datos que poseo de manera que mi informe requiera menos esfuerzo por parte de mis oyentes; es decir, no estoy seguro de poder exponer mis ideas sobre la situación internacional con el orden y la claridad necesarios.

Desde la guerra imperialista hemos entrado en un período revolucionario, es decir, un período en el que los propios fundamentos del equilibrio capitalista se están sacudiendo y desmoronando gradualmente. El equilibrio capitalista es un fenómeno muy complejo; el régimen capitalista construye este equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo vuelve a romper, ampliando al mismo tiempo los marcos de su dominación. En el ámbito económico, las crisis y los repuntes de actividad constituyen rupturas y restablecimientos del equilibrio. En el ámbito de las relaciones de clase, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, cierres patronales, lucha revolucionaria. En el ámbito de las relaciones entre estados, la ruptura del equilibrio es la guerra o, de forma debilitada, la guerra arancelaria, la guerra económica o el bloqueo. El capitalismo tiene así un equilibrio inestable que, a su vez, se rompe y se recupera. Pero al mismo tiempo, este equilibrio tiene una mayor fuerza de resistencia, cuya mejor prueba es que el mundo capitalista aún no se ha derrumbado.

La última guerra imperialista es el acontecimiento que consideramos, con razón, un golpe terrible, sin precedentes hasta ahora en la historia, para el equilibrio del mundo capitalista. En efecto, después de la guerra, comienza la época de los grandes movimientos de masas y de las luchas revolucionarias. Rusia, que era el eslabón más débil de la cadena capitalista, fue la primera en perder su equilibrio, y la primera en entrar en el camino de la revolución, en marzo de 1917. Nuestra revolución de marzo tuvo un gran efecto en las masas trabajadoras de Inglaterra. El año 1917 fue, en Inglaterra, el año de las inmensas huelgas durante las cuales el proletariado inglés logró detener el proceso de descenso del nivel de vida de los trabajadores, proceso provocado por la guerra. En noviembre de 1917, la clase obrera de Rusia tomó el poder. Una oleada de huelgas recorrió todo el mundo capitalista, empezando por los países neutrales. En el otoño de 1918, Japón vivió la gran “revuelta del arroz” que, según algunos datos, llegó a implicar a un 25 % de la población del país y provocó una cruel persecución por parte del gobierno del Mikado. En enero de 1918, estalla una huelga masiva en Alemania. A finales de 1918, tras el colapso del militarismo alemán, se produjeron revoluciones en Alemania y Austria-Hungría. El movimiento revolucionario se extendió cada vez más. Comienza el año 1919, el más crítico para el capitalismo, al menos en Europa. En marzo de 1919, se proclamó una república soviética en Hungría. En enero y marzo de 1919 tuvieron lugar en Alemania crueles combates entre los obreros revolucionarios y la república burguesa. En Francia, durante la desmovilización, la situación se vuelve tensa, pero la ilusión de la victoria y la esperanza de sus frutos dorados son todavía demasiado poderosas; la lucha aquí no alcanza, ni de lejos, una intensidad igual a la de los países vencidos. En Estados Unidos, a finales de 1919, las huelgas eran de gran envergadura y afectaban a trabajadores ferroviarios, mineros, siderúrgicos, etc. El gobierno de Wilson inició una furiosa persecución contra la clase obrera. En la primavera de 1920, en Alemania, el intento contrarrevolucionario de Kapp moviliza y empuja a la clase obrera a la batalla. Sin embargo, el intenso y desordenado movimiento de los obreros alemanes es sofocado esta

vez de nuevo por la república de Ebert, que acababan de salvar. En Francia, la situación política es más tensa en mayo de 1920, cuando se proclama la huelga general, pero ésta nunca llegó a serlo, fue mal preparada y traicionada por los dirigentes oportunistas que, sin atreverse a admitirlo, nunca la habían querido. En agosto fracasa la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia, que también forma parte de la lucha revolucionaria internacional. En septiembre, los obreros italianos, tomando al pie de la letra la agitación revolucionaria, puramente verbal, del partido socialista, tomaron fábricas y plantas, pero, vergonzosamente traicionados por el partido, sufrieron una derrota en toda la línea y han sido sometidos desde ese día a una implacable contraofensiva por parte de la reacción de la coaligada. En diciembre, tuvo lugar una huelga de masas revolucionaria en Checoslovaquia. Finalmente, en el transcurso de 1921, se desarrolla en el centro de Alemania una lucha revolucionaria que deja un gran número de víctimas, y en Inglaterra estalla una nueva y obstinada huelga de mineros.

Cuando, durante el primer período de la posguerra, observamos el desarrollo del movimiento revolucionario, muchos pudimos creer, con suficientes razones históricas, que este movimiento, creciendo cada vez más en fuerza y alcance, conduciría directamente a la toma del poder por la clase obrera. Sin embargo, han pasado casi tres años desde la guerra. En todo el mundo, excepto en Rusia, el poder sigue en manos de la burguesía. Ciertamente, durante todo este tiempo, el mundo capitalista no ha permanecido inmutable. Cambiaba. Europa, el mundo entero pasó por un período de desmovilización, extremadamente peligroso para la burguesía, un período de desmovilización de los hombres y de las cosas, es decir de la industria, un período en el que se produjo un monstruoso aumento de la actividad comercial después de la guerra y luego una crisis que aún no ha terminado. Así pues, se nos plantea un interrogante de gran envergadura: ¿la evolución que se está produciendo en estos momentos tiende realmente a la revolución, o debemos admitir que el capitalismo ha superado los obstáculos creados por la guerra y que, si no ha restablecido aún el equilibrio capitalista, al menos lo está haciendo sobre una nueva base de posguerra?

La burguesía se tranquiliza

Antes de analizar esta cuestión en correlación con su base económica, si la estudiamos en primer lugar desde el punto de vista político, nos veremos obligados a constatar que toda una serie de signos, hechos y declaraciones atestiguan que la burguesía, considerada como clase dominante, se ha hecho más fuerte y estable, o al menos eso cree. En 1919, la burguesía europea se encontraba en un estado de desorden; era una época de terror pánico, verdaderamente insano, ante el bolchevismo, que imaginaba de forma vaga y tanto más amenazadora, y que los carteles de París mostraban como un hombre con un cuchillo entre los dientes. En realidad, la burguesía europea personificó en el fantasma bolchevique con un cuchillo el miedo al castigo por los crímenes que había cometido durante la guerra. En cualquier caso, sabía hasta qué punto los resultados de la guerra estaban por debajo de las promesas que había hecho. Sabía exactamente cuánto se había sacrificado en hombres y propiedades. Temía la liquidación de las cuentas. El año 1919 fue, sin duda, el más crítico para la burguesía. En 1920 y 1921 volvió a tener cada vez más confianza en sí misma y, al mismo tiempo, se fortaleció su aparato gubernamental, que, en algunos países, como Italia, había estado en completa descomposición inmediatamente después de la guerra. El aplomo de la burguesía tomó su forma más llamativa en Italia tras la cobarde traición del partido socialista en septiembre. La burguesía creyó encontrar cortándole su camino a bandoleros y asesinos amenazantes; y se encontró con que sólo tenía delante a cobardes. Como una enfermedad me ha impedido últimamente trabajar activamente, he tenido la oportunidad de leer muchos periódicos extranjeros y he acumulado todo un archivo de recortes que caracterizan claramente el cambio de sentimientos de la burguesía y su nueva apreciación de la situación política mundial. Todas las pruebas se reducen a una: la moral de la burguesía es en este momento, sin duda, mucho mejor que en 1919 e incluso en 1920. Así, por ejemplo, las corresponsalías publicadas en un periódico suizo serio y netamente capitalista, el *Neue Züricher Zeitung*, sobre la situación política en Francia, Italia y Alemania, son muy interesantes al respecto. Suiza, al depender de estos países, se interesa mucho por su situación interna. Por ejemplo, este periódico escribió lo siguiente sobre los acontecimientos de marzo en Alemania:

“La Alemania de 1921 ya no se parece a la de 1918. La conciencia gubernamental se ha reforzado en todas partes, hasta el punto de que los métodos comunistas son ahora fuertemente resistidos por todos los sectores de la población, aunque la fuerza de los comunistas, que durante la revolución sólo estaban representados por un pequeño grupo de hombres decididos, se ha multiplicado desde entonces por más de diez.”

En abril, el mismo periódico, con motivo de las elecciones al parlamento italiano, pintó la situación interna de Italia de la siguiente manera:

“Año 1919: la burguesía está desorganizada, el bolchevismo ataca en filas prietas. Año 1921: el bolchevismo es derrotado y dispersado, la burguesía ataca en filas prietas”.

Un influyente periódico francés, *Le Temps*, escribió con motivo del 1 de mayo de este año que no quedaba ni rastro de aquella amenaza de golpe de estado revolucionario que había envenenado el ambiente en Francia en mayo del año pasado, etc.

Por lo tanto, que la clase burguesa haya recuperado su valor no es dudoso, como tampoco lo es el fortalecimiento del aparato policial de los estados después de la guerra. Pero este hecho, por importante que sea, no resuelve en absoluto el problema, y nuestros enemigos, en cualquier caso, están demasiado ansiosos por sacar conclusiones sobre el fracaso de nuestro programa. Ciertamente, en 1919 esperábamos ver por tierra y derrotada

a la burguesía. Pero es obvio que no estábamos seguros de ello, y que ciertamente no fue en vistas de este plazo preciso sobre lo que basamos nuestro plan de acción. Cuando los teóricos de las internacionales 2 y 2 y ½ dicen que fallamos en nuestras profecías, puede pensarse que estábamos prediciendo un fenómeno astronómico: que nos equivocamos en nuestro cálculo matemático, según el cual se produciría un eclipse en una fecha determinada, y que por ello parecería que éramos malos astrónomos. En realidad, sin embargo, no es así en absoluto: no predijimos un eclipse de sol, es decir, un fenómeno ajeno a nuestra voluntad y ámbito de actuación. Era un acontecimiento histórico que debía cumplirse y que se cumplirá con nuestra participación. Cuando hablábamos de la revolución que iba a resultar de la guerra mundial, significaba que intentábamos, y seguimos intentando, aprovechar las secuelas de esa guerra para acelerar el advenimiento de una revolución universal. Si la revolución no se ha producido hasta ahora en todo el mundo o al menos en Europa, esto no significa que la "IC haya quebrado", su programa no se basa en fechas astronómicas. Esto está claro para cualquier comunista que haya analizado sus puntos de vista de alguna manera. Pero como la revolución no llegó tras las huellas todavía ardientes de la guerra, es bastante obvio que la burguesía aprovechó un momento de respiro si no para reparar, al menos para ocultar las consecuencias más terribles y amenazadoras de la guerra. ¿Tuvo éxito? Lo consiguió en parte. ¿En qué medida? Esta es la esencia misma de la cuestión que se refiere al restablecimiento del equilibrio capitalista.

¿Se ha restablecido el equilibrio mundial?

¿Qué significa el equilibrio capitalista, del que el menchevismo internacional habla hoy con gran confianza? Este concepto de equilibrio no es analizado ni explicado por los socialdemócratas. El equilibrio capitalista está determinado por múltiples hechos, fenómenos y factores: de primer, segundo y tercer orden. El capitalismo es un hecho global. Ha conseguido dominar el mundo entero, y lo hemos visto de forma muy llamativa durante la guerra y el bloqueo, cuando un país producía en exceso, sin tener mercado para sus mercancías, mientras otro necesitaba productos que le eran inaccesibles. Y en estos mismos momentos, la interdependencia de las distintas partes del mercado mundial se hace sentir en todas partes. En el punto que alcanzó antes de la guerra, el capitalismo se basa en la división internacional del trabajo y en el intercambio internacional de mercancías. Estados Unidos tiene que producir cierta cantidad de trigo para Europa. Francia tiene que producir una cierta cantidad de bienes de lujo para Estados Unidos. Alemania tiene que producir una cierta cantidad de artículos baratos y cotidianos para Francia. Sin embargo, esta división del trabajo no es en absoluto constante, determinada de una vez por todas. Se establece históricamente, se ve perturbada por las crisis, por la competencia, por no hablar de las guerras arancelarias, se recupera y se desorganiza a su vez. Pero, en general, la economía mundial se basa en el hecho de que la producción se reparte más o menos entre los diferentes países. Esta misma división del trabajo universal, perturbada hasta la médula por la guerra, se restablece, ¿sí o no? Esta es una parte de la cuestión.

En todos los países, la agricultura produce objetos para la industria, algunos para uso personal de los trabajadores, otros para uso industrial (materias primas) por parte de la industria; por su parte, la industria suministra al campo objetos de uso personal y doméstico, así como instrumentos de producción agrícola. También aquí se establece una cierta reciprocidad. Por último, dentro de la propia industria, vemos la fabricación de medios de producción y objetos de uso cotidiano, entre los que se establece una cierta correlación, que se ve continuamente perturbada y restablecida sobre nuevas bases. La guerra ha destruido todas estas relaciones, ya por el hecho mismo de que durante toda su duración la industria de Europa, y en gran medida de Norteamérica y Japón, no produjo tanto objetos de uso cotidiano y medios de producción, como medios de destrucción. Que, aunque se fabricaran objetos de uso personal, estos objetos eran utilizados más bien por los destructores, soldados de los ejércitos imperialistas, que por los obreros-productores. Pues bien, ¿se han restablecido estas relaciones destruidas entre la ciudad y el campo, entre las diferentes ramas del trabajo dentro de la industria de los países particulares, sí o no?

Y luego hay que considerar el equilibrio de clases en función del de la economía nacional. En el período anterior a la guerra, existía una paz armada, no sólo en las relaciones internacionales, sino también en gran medida entre la burguesía y el proletariado, gracias a un sistema de convenios colectivos relativos a los salarios, acuerdos celebrados por los sindicatos centralizados y el capital industrial, que a su vez estaba cada vez más centralizado. Este equilibrio también se rompió con la guerra, que provocó un tremendo movimiento de huelgas en todo el mundo. ¿Se ha restablecido, sí o no, el equilibrio relativo de clases en la sociedad burguesa, sin el cual toda producción resulta imposible? ¿Y en qué se basa?

El equilibrio entre las clases está estrechamente relacionado con el equilibrio político. La burguesía, durante la guerra e incluso antes de la guerra, aunque seamos

menos conscientes de ello, mantuvo su mecanismo interno en equilibrio con la ayuda de los socialdemócratas, los socialpatriotas, que fueron sus principales agentes y mantuvieron a la clase obrera en el marco de un equilibrio burgués. Sólo gracias a esto la burguesía pudo hacer la guerra. ¿Ha reconstituido ahora su sistema político y hasta qué punto los socialdemócratas han conservado o perdido su influencia sobre las masas y son capaces de desempeñar su papel de guardianes de la burguesía?

Más adelante, se plantea la cuestión del equilibrio internacional, es decir, la coexistencia de los estados capitalistas, sin la cual, obviamente, la reconstrucción de la economía capitalista se hace imposible. ¿Se ha alcanzado el equilibrio en este ámbito, sí o no?

Hay que analizar todas las vertientes del problema para poder responder a la pregunta de si la situación mundial sigue siendo revolucionaria o, por el contrario, si tienen razón quienes consideran que nuestros objetivos revolucionarios son utópicos. El estudio de todos los aspectos de este problema debe ilustrarse con numerosos hechos y cifras que son difíciles de someter a una gran asamblea y que son difíciles de recordar. Por lo tanto, trataré de exponer sólo algunos hechos esenciales que nos permitan orientarnos en este problema.

¿Se ha establecido una nueva división internacional del trabajo? En este campo, el hecho decisivo es el traslado del centro de gravedad de la economía capitalista y del poder burgués de Europa a Norteamérica. Este es un hecho esencial que cada uno de ustedes, camaradas, debe grabar en su memoria de la manera más precisa, para poder comprender los acontecimientos que se están desarrollando ante nosotros y que seguirán desarrollándose en los años venideros. Antes de la guerra, Europa era el centro capitalista del mundo; era su principal depósito, su principal fábrica y su principal banco. El industrial europeo, primero inglés y luego alemán; el comerciante europeo, especialmente inglés; el usurero europeo, primero inglés y luego francés, fueron los directores efectivos de la economía mundial y, en consecuencia, de la política mundial. Esto ya no es así; Europa ha pasado a un segundo plano.

La decadencia económica de Europa expresada en cifras

Intentemos determinar en cifras, al menos aproximadas, este hecho del traslado del centro de gravedad económico y medir el declive económico de Europa. Antes de la guerra, la propiedad nacional, es decir, la riqueza total de todos los ciudadanos y estados que participaron en la última guerra, estaba valorada en unos 2.400.000 millones de marcos de oro. La renta anual de todos estos países, es decir, la cantidad total de objetos que producen en el curso de un año, se estimó en 340.000 millones de marcos. ¿Cuánto gastó y destruyó la guerra? Nada más y nada menos que 1.200.000 millones de marcos de oro, es decir, justo la mitad de lo que los países beligerantes habían amasado durante toda su existencia. Es evidente que los gastos de guerra se cubrieron en primer lugar con los ingresos corrientes. Pero si suponemos que la renta nacional de cada país sólo disminuyó en un tercio durante la guerra, debido a la enorme reducción de la mano de obra, y que, por tanto, ascendió a 225.000 millones de marcos; si, por otra parte, tomamos en consideración el hecho de que todos los gastos, aparte de los de guerra, absorbieron el 55 %, debemos concluir que la renta nacional actual sólo pudo cubrir los gastos de guerra en la proporción de 100.000 millones de marcos oro anuales, lo que, para los cuatro años de la guerra, asciende a 400.000 millones de marcos. En consecuencia, los 800.000 millones de marcos que faltaban tuvieron que ser tomados del propio capital de las naciones beligerantes y principalmente mediante la no reconstrucción de su aparato productivo. Se deduce, por tanto, que la riqueza general de los países beligerantes después de la guerra ya no vale 2.400.000 millones de marcos de oro, sino sólo 1.600.000, es decir, ha disminuido en un tercio.

Sin embargo, no todos los países que han participado en la guerra se han empobrecido en la misma medida. Por el contrario, entre los países beligerantes, como veremos, hay países que se han enriquecido, como Estados Unidos y Japón. Esto significa que los estados europeos que participaron en la guerra perdieron más de un tercio de su riqueza nacional, y algunos, como Alemania, Austria-Hungría, Rusia y los países balcánicos, mucho más de la mitad.

Como saben, el capitalismo como organización económica está plagado de contradicciones. Estas contradicciones alcanzaron proporciones colosales durante la guerra. Para obtener los medios para hacer la guerra, el estado recurrió principalmente a las dos medidas siguientes: en primer lugar, emitió papel moneda y, en segundo lugar, lanzó préstamos. De este modo, la circulación de los llamados valores aumentó cada vez más; con este medio, el estado extrajo valores materiales reales del país y los destruyó en la guerra. Cuanto más gasta el estado, es decir, cuantos más valores reales destruye, más valores ficticios se acumulan en el país. Los títulos de deuda se amontonaban por todas partes. Parecía que el país se había enriquecido extraordinariamente, pero en realidad sus funciones económicas eran cada vez más débiles, estaban cada vez más minadas, se desmoronaban. Las deudas estatales alcanzaron unos 1.000.000 de marcos de oro, lo que constituye el 62 % de la actual riqueza nacional de los países beligerantes. Antes de la guerra, había unos 28.000 millones de marcos de oro en papel moneda y títulos de crédito en circulación; ahora hay entre 220.000 y 280.000 millones, es decir, diez veces más, sin contar, por supuesto, a Rusia, ya que estamos hablando sólo del mundo capitalista. Todo esto concierne principalmente, si no exclusivamente, a los países de Europa, especialmente a los del continente y, en primer lugar, a los de la Europa central. En general, a medida que Europa se empobrecía y seguía empobreciéndose, se cubría y se cubre con una capa cada vez más gruesa de papel-valor o del llamado capital ficticio. Este

capital ficticio: papeles de crédito, letras del tesoro, acciones de préstamo, billetes de banco, etc., representa la memoria del capital muerto o la esperanza de un nuevo capital. Pero en estos momentos no le corresponde ningún capital real. Cuando el estado negociaba un préstamo para obras productivas, como por ejemplo para el Canal de Suez, los valores en papel emitidos por el estado tenían su contrapartida en un valor real, el Canal de Suez, por ejemplo, que deja pasar los barcos, recibe una remuneración por ello, da ingresos, en una palabra: participa en la economía nacional. Pero cuando el estado pidió un préstamo para la guerra, los valores movilizados por medio del préstamo destruyeron y arruinaron nuevos valores al mismo tiempo. Sin embargo, los bonos se quedaron en los bolsillos y carteras de los ciudadanos; el estado les debe cientos de miles de millones, y estos cientos de miles de millones existen en forma de riqueza en papel en los bolsillos de los que han prestado al estado. Pero, ¿dónde están esos miles de millones reales? No existen. Han sido destruidos, han sido quemados. El titular de este papel, ¿qué espera? Si es francés, espera que Francia le arrebatase esos miles de millones al alemán, con la carne del deudor, y le pague.

La destrucción de los fundamentos de las naciones capitalistas, es decir, la destrucción de su aparato productivo, ha llegado, en realidad y en muchos aspectos, más allá de lo que las estadísticas pueden establecer. Este hecho es especialmente llamativo en la cuestión de la vivienda. En vistas de los enormes beneficios de la guerra y la posguerra, todas las fuerzas del capital se han dirigido a la producción de nuevos objetos de consumo personal o militar. La reconstrucción del aparato productivo básico se descuidó cada vez más. Esto se aplica especialmente a la construcción de viviendas urbanas. Las casas viejas fueron mal reparadas, los edificios nuevos se construyeron sólo en cantidades insignificantes. Esto ha provocado una enorme necesidad de vivienda en el mundo capitalista. Si en la actualidad, como consecuencia de la crisis, durante la cual los principales países capitalistas no utilizan más que la mitad o un tercio de sus posibilidades de producción, la ruina del aparato productivo no es tan visible, en cambio, en el ámbito de la vivienda y gracias al aumento incesante de la población, el desorden del aparato económico aparece con toda su fuerza. Se necesitan cientos de miles e incluso millones de viviendas en Norteamérica, en Inglaterra, en Alemania, en Francia. Pero el trabajo que requieren estas necesidades está encontrando dificultades insuperables causadas por el empobrecimiento general. La Europa capitalista está obligada, y lo estará durante muchos años, a estancarse, a reducir su campo de acción, a bajar su nivel de vida.

Como ya he dicho, dentro del empobrecimiento general de Europa, los distintos países se han empobrecido en diferentes proporciones. Tomemos como ejemplo a Alemania, el país que más ha sufrido de todas las grandes potencias capitalistas. Citaré algunas cifras básicas que caracterizan la situación económica de Alemania antes de la guerra y hoy. Estas cifras no son muy exactas. La anarquía capitalista hace muy difícil el cálculo estadístico de la riqueza y la renta nacionales. Un cálculo real de la renta y la riqueza sólo será posible en los regímenes socialistas y se expresará en unidades de trabajo humano; es obvio que estamos hablando aquí del régimen socialista bien organizado y de funcionamiento regular, que todavía estamos muy, muy lejos de conseguir. Pero incluso las cifras que no son del todo exactas nos servirán para hacernos una idea aproximada de los cambios que se han producido en la situación económica de Alemania y otros países durante los últimos 6 o 7 años.

La riqueza de Alemania en vísperas de la guerra se estimaba en 225.000 millones de marcos de oro y la renta nacional anual en 40.000 millones de marcos. Como es sabido, antes de la guerra Alemania se estaba enriqueciendo muy rápidamente. En 1896, sus ingresos fueron de 22.000 millones. En 18 años (1896-1913) aumentó en 18.000 millones, es decir, una media de mil millones al año. Estos 18 años fueron una época de enorme

crecimiento del capitalismo en todo el mundo y especialmente en Alemania. En la actualidad, la riqueza nacional alemana se estima en 100.000 millones de marcos y la renta nacional en 16.000 millones de marcos, es decir, el 40 % del nivel de antes de la guerra. Aunque Alemania ha perdido parte de su territorio, sus mayores pérdidas se deben a los gastos de guerra y al saqueo que Alemania ha sufrido después de la guerra. El economista alemán Richard Lalwer, considera que, tanto en la industria como en la agricultura, Alemania produce ahora mucho menos de la mitad de la riqueza que tenía antes de la guerra. Así, los cálculos del economista alemán confirman en todos los aspectos las cifras que acabo de citar. Al mismo tiempo, la deuda del estado alemán ha crecido hasta los 250.000 millones de marcos, es decir, es dos veces y media mayor que la riqueza de Alemania. Además, Alemania debía pagar una contribución de 132.000 millones de marcos. Si los británicos y los franceses hubieran decidido tomar esta suma en su totalidad y de inmediato, se verían obligados a meterse en el bolsillo a toda Alemania, desde las minas de Stinnes hasta los gemelos del presidente Ebert. El papel moneda de Alemania asciende actualmente a 81.000 millones de marcos. Sólo 5.000 millones están respaldados por oro. Así, el valor interno del marco alemán no alcanza actualmente los 7 pfennigs.

Es cierto que después de la guerra Alemania apareció victoriosa en el mercado mundial exportando sus productos a un precio muy bajo. Si bien este bajo precio dejaba considerables beneficios a los comerciantes y exportadores alemanes, en última instancia era ruinoso para la población alemana en su conjunto. En efecto, los bajos precios en el mercado mundial se consiguieron bajando los salarios y matando de hambre a los obreros, haciendo que el estado contribuyera a la compra de pan, gravando, hasta cierto punto, los alquileres, lo que a su vez provocó la paralización total de la construcción de edificios, limitando las reparaciones, etc. De este modo, cada artículo alemán lanzado al mercado mundial, lleva consigo una parte de la riqueza nacional alemana, contra la que Alemania no recibe ningún equivalente.

Para “sanear” la economía alemana es necesario estabilizar el tipo de cambio de su moneda, es decir, dejar de emitir papel moneda y reducir la cantidad de papel moneda en circulación. Pero para conseguir este resultado, hay que abandonar el pago de las deudas, es decir, hay que declarar la quiebra del estado. Esta medida, sin embargo, equivale en sí misma a una terrible sacudida de la balanza, ya que está relacionada con el paso de la propiedad de unas manos a otras, por lo que debe provocar una feroz lucha de clases por una nueva distribución de la renta nacional. Mientras tanto, Alemania sigue empobreciéndose y decayendo.

Tomemos ahora un país victorioso: Francia. Si comparamos la situación actual de Francia con la de 1918-1919, diremos: sí, hay algunas mejoras. Citaré inmediatamente las cifras de las que se enorgullecen los economistas burgueses franceses y que tienden a establecer la realidad de la reconstitución de la economía capitalista. Examinemos, por ejemplo, la situación de la agricultura francesa. Antes de la guerra, Francia producía 86 millones de quintales de trigo, 52 millones de avena y 132 de patatas al año. El año 1919 produjo 50 millones de quintales de trigo, la cosecha de 1920: 63 millones. En 1919 se cosecharon 77 millones quintales de patatas, en 1920: 103 millones. Examinemos el estado de la ganadería: en 1913, había 16 millones de ovejas en Francia, hoy (1921) hay 9 millones; había 7 millones de cerdos en Francia en 1913, ahora hay 4 millones. Como podemos ver, la disminución es considerable. Veamos la producción de carbón, esa base esencial de la industria. En 1913 se extrajeron 41 millones de toneladas de carbón en Francia, frente a 22 millones en 1919 y 25 en 1920; si se tiene en cuenta la producción de Alsacia-Lorena y de la cuenca del Sarre, se llega a una cifra de 35,6 millones de toneladas para la producción de 1920. Por lo tanto, podemos ver un aumento de la producción aquí,

pero todavía está lejos de alcanzar el nivel de antes de la guerra. Sin embargo, ¿con qué medios se han logrado estos avances, por modestos que sean? En cuanto a la agricultura, se lo debemos principalmente al duro trabajo del campesino francés. Pero en el ámbito puramente capitalista, se logró principalmente mediante el saqueo de Alemania, de donde se tomaron vacas, semillas, máquinas, locomotoras, oro y sobre todo carbón.

Por lo tanto, desde el punto de vista de la economía general, no hay recuperación, no se ha creado ningún valor nuevo; se trata principalmente de un desplazamiento de los antiguos valores. También hay que añadir que Alemania perdió al mismo tiempo una y dos veces más de lo que recibió Francia.

Así, vemos que Francia, en particular, si bien ha arrebatado a Alemania sus principales distritos metalúrgicos y productores de carbón, está lejos de alcanzar su propio nivel de producción de antes de la guerra. Tomemos el comercio exterior francés. La balanza comercial caracteriza el equilibrio económico internacional, es decir, el estado del comercio entre varios países. Un país capitalista considera que su situación es favorable si exporta más de lo que importa. La diferencia se paga en oro. Dicho balance se denomina activo. Si un país se ve obligado a importar más de lo que puede exportar, su balance es un pasivo, y se ve obligado a añadir a los bienes que exporta una parte de su saldo de oro. Este último se derrite poco a poco, y así la base de su sistema monetario y de su crédito queda más o menos arruinada. Si tomamos a Francia en los dos últimos años, 1919-1920, es decir, en los dos años que la burguesía francesa ha dedicado a la obra de “reconstrucción”, veremos que el pasivo comercial en 1919 ascendió a 24.000 millones y en 1920 a 13.000 millones. La burguesía francesa nunca ha visto tales figuras, ni siquiera en sus más terribles pesadillas antes de la guerra. El pasivo comercial de estos dos años asciende a 27.000 millones. Ciertamente, durante el primer trimestre de 1921, Francia estableció su balanza comercial sin pasivos, es decir, sus exportaciones fueron iguales a sus importaciones. Por ello, algunos economistas burgueses han cantado victoria: Francia estaría en proceso de reconstituir su equilibrio comercial, dicen. Pero el principal órgano de la burguesía francesa, *Le Temps*, escribía en esencia el 18 de mayo: “Se equivocan, no tenemos que pagar el oro de estos tres meses, habiendo importado muy pocas materias primas. Pero esto significa simplemente que en el segundo semestre de este año exportaremos pocos productos, que solemos producir con materias primas extranjeras y principalmente estadounidenses. Por lo tanto, si tenemos una balanza comercial favorable durante estos tres meses, nuestro pasivo comercial aumentará inevitablemente en el futuro.”

Antes de la guerra había menos de 6.000 millones de francos de papel moneda en circulación; en la actualidad hay más de 38.000 millones. En cuanto al poder adquisitivo del franco, el mismo periódico señala que hacia finales de marzo, cuando la crisis ya había comenzado en todo el mundo, los precios en Norteamérica habían subido un 23 %, es decir, menos de una cuarta parte del nivel de antes de la guerra, mientras que en Francia habían subido un 260 %, es decir, más de tres veces y media el nivel de antes de la guerra. Esto significa que el poder adquisitivo del franco se ha reducido varias veces. Veamos ahora el presupuesto francés. Se divide en dos partes: ordinario y extraordinario. El presupuesto ordinario se estima en 23.000 millones de francos, ¡una cifra desconocida antes de la guerra! ¿A qué se destinan estas monstruosas sumas? 15.000 millones se destinan a cubrir los intereses de la deuda; 5.000 millones al mantenimiento del ejército; total: 20.000 millones. Esto es todo lo que el estado francés estaba dispuesto a obtener del contribuyente. En realidad, sólo se recaudaron unos 17.500 millones. En consecuencia, los ingresos “ordinarios” del estado no alcanzan ni siquiera, ¡y por cuánto!, para pagar los intereses de las deudas y mantener el ejército. Pero seguimos teniendo gastos extraordinarios: más de 5.000 millones para las tropas de ocupación y 23.000

millones para todo tipo de retribuciones y reconstrucciones tras la guerra. Estos gastos se registran en la cuenta de Alemania. Pero está claro que cuanto más lejos vayamos, menos podrá pagar Alemania. Mientras tanto, el estado francés sigue viviendo de nuevos préstamos o de la impresión de papel moneda. Uno de los más destacados periodistas financieros franceses, el director de uno de los periódicos económicos más importantes, *l'Information*, el Sr. Léon Chavenon, aboga por la impresión continua de papel moneda, declarando: "No evitaremos esta necesidad más que con una quiebra abierta". De este modo, sólo hay dos posibilidades: una quiebra enmascarada, gracias a la impresión ilimitada de papel moneda, o una quiebra abierta. En eso estamos en Francia, un país victorioso que, en medio de una Europa arruinada, se encuentra en una situación favorable, ya que ha podido y puede reconstituir su equilibrio a costa de Alemania. En cualquier caso, la situación de Italia y Bélgica no es mejor que la de Francia.

Pasemos ahora al país más rico y poderoso de Europa, Gran Bretaña. Nos hemos acostumbrado durante la guerra a decir que Inglaterra se enriquece con la guerra, que la burguesía inglesa ha empujado a Europa a la guerra y ahora se calienta con el fuego que ha encendido. Esto era cierto, pero sólo hasta cierto punto. Inglaterra se enriqueció en el primer periodo de la guerra, pero empezó a perder en el segundo. El hundimiento de Europa, y en particular de la Europa central, perturbó las relaciones comerciales entre Inglaterra y el continente. Esta circunstancia iba a suponer en última instancia un terrible golpe para la industria y las finanzas de Inglaterra, y así fue. Por otro lado, Inglaterra ha tenido que soportar enormes gastos debido a la guerra. Ahora se encuentra en un estado de decadencia, y esta decadencia es cada vez más pronunciada. Este hecho puede ser ilustrado por las cifras relativas a la industria y el comercio que voy a citar, pero no hay lugar a dudas, y encuentra su expresión en una serie de declaraciones abiertas y bastante oficiales de los más prominentes banqueros e industriales ingleses. Durante los meses de marzo, abril y mayo, se publicaron en los periódicos ingleses las actas de las reuniones anuales de las sociedades anónimas, los bancos, etc. Estas reuniones, en las que los directores de las empresas leen sus informes sobre la situación general del país o de sus respectivos sectores industriales, ofrecen un material extremadamente instructivo. He recopilado todo un archivo de estos informes. Todos atestiguan el mismo hecho: la renta nacional de Inglaterra, es decir, el conjunto de todas las rentas de los ciudadanos del propio estado, se ha convertido en mucho menos de lo que era antes de la guerra.

Inglaterra se ha empobrecido. La productividad del trabajo ha disminuido. Su comercio internacional cayó en 1920, en comparación con el del último año antes de la guerra, al menos un tercio, y en algunas ramas, las más importantes, mucho más. Este cambio es más llamativo en la industria del carbón, que era la rama principal de la economía inglesa, o más bien la base de todo el sistema económico mundial inglés, siendo el monopolio del carbón la base del poder y la prosperidad de todas las demás ramas de la industria inglesa. Hoy no queda rastro de este monopolio. Estos son los datos sobre el estado de la economía inglesa: en 1913 las minas inglesas suministraron 287 millones de toneladas de carbón; en 1920 se extrajeron 233 millones de toneladas, es decir, un 20 % menos. Inglaterra produjo 10,4 millones de toneladas de hierro fundido; en 1920, algo más de 8 millones, es decir, todavía un 20 % menos. En 1913 exportó 73 millones de toneladas de carbón, y en 1920 apenas 25 millones, es decir, un tercio. Pero la debacle de la industria del carbón y de las exportaciones de carbón en 1921 llegó a ser bastante terrible. En enero se extrajeron 19 millones de toneladas; en febrero, 17; en marzo, 16. Luego vino la huelga general, durante la cual la extracción de carbón cayó casi a cero. La exportación de los cinco primeros meses de 1921 es 6 veces inferior a la del periodo correspondiente de 1913. La exportación total de mayo de 1921, calculada en términos monetarios, es tres veces menor que la de mayo de 1920. La deuda de Inglaterra el 1 de

agosto de 1914 era de 71.000.000 de libras esterlinas; el 4 de junio de 1921 era de 770.900.000 libras esterlinas; es decir, se ha multiplicado por once. El presupuesto se ha triplicado.

El colapso de la economía inglesa encontró una expresión sorprendente en el tipo de cambio de la libra esterlina. En el mercado financiero mundial, la libra siempre ha sido la moneda dominante. Las monedas de todos los demás países se ajustaron al valor de la libra, que los ingleses llaman “soberana”. Ahora la libra ha perdido su protagonismo. Su lugar ha sido ocupado por el dólar, actual dueño del mercado financiero. La libra esterlina ha perdido ya un 24 % de su valor nominal frente al dólar. Esta es la situación de Inglaterra, el país más rico de Europa, el que menos ha sufrido las operaciones militares y el que más se ha enriquecido durante el primer periodo de la guerra.

Los datos que acabamos de citar caracterizan suficientemente la situación de toda Europa. De todos los países que participaron en la guerra, Austria ocupa un polo como país que más la sufrió (si no mencionamos a Rusia), Inglaterra está en el otro polo. Entre estos dos países se encuentran Alemania, Italia, Bélgica y Francia. Los países balcánicos han quedado completamente arruinados y han vuelto a un estado de barbarie económica y cultural. En cuanto a los países neutrales, sin duda se habían enriquecido durante el primer periodo de la guerra, pero al no poder desempeñar un papel económico autónomo por estar interpuestos entre las grandes potencias y depender económicamente por completo de éstas, la ruina de los principales estados de Europa tuvo como corolario enormes dificultades económicas para los países neutrales, que también perdieron mucho en comparación con el nivel que habían alcanzado durante el primer periodo de la guerra.

Así, la renta de Europa en su conjunto, es decir, la cantidad de riqueza material producida por toda la población europea, ha disminuido al menos un tercio en comparación con el nivel de antes de la guerra. Pero lo que es aún más esencial, como ya he dicho, es la ruina del aparato económico básico. El campesino ya no encuentra abonos químicos, aperos de labranza, maquinaria agrícola, el propietario de la mina, deseando conseguir los precios más altos para su carbón, ya no renueva su maquinaria, los depósitos de locomotoras se vacían, en los ferrocarriles no se restauran suficientemente los equipos, etc. Como resultado de estas circunstancias, el propio tejido de la vida económica se ha hecho más débil, más delgado, menos resistente. ¿Cómo se pueden medir estos fenómenos, cómo podemos ser conscientes de ellos? Las estadísticas capitalistas no llegan a hacerlo. El inventario, es decir, la estimación del valor exacto de la economía, no sólo de un país, sino de toda Europa, nos habría demostrado sin lugar a dudas que el régimen de guerra, así como el de posguerra, se sostuvo y se sostiene a costa del capital productivo fundamental de Europa. Esto significa, por ejemplo, que Alemania, en lugar de emplear cincuenta mil trabajadores para mejorar el estado de sus minas, emplea cincuenta mil trabajadores más para extraer el carbón que está obligada a suministrar a Francia. Por otra parte, Francia, que tiende a exportar el mayor número posible de productos al extranjero para reducir su déficit comercial, no reconstruye a su vez sus equipos en las proporciones deseadas. Y esto afecta a todos los países de Europa, porque Europa en su conjunto presenta déficit comercial, es decir, un pasivo. El debilitamiento de los cimientos de la economía europea será mayor mañana que ayer y que hoy. El gran gusano de la historia está carcomiendo los cimientos de la estructura económica de Europa.

El desarrollo económico de Norteamérica

Si nos dirigimos al otro hemisferio, el panorama es completamente diferente. El desarrollo de Estados Unidos ha seguido una dirección diametralmente opuesta. Se ha enriquecido enormemente durante este tiempo. Participó en la guerra principalmente como proveedor. Por supuesto, también tuvo gastos relacionados con la guerra, pero estos gastos parecen insignificantes si los comparamos no sólo con sus beneficios de guerra, sino también con todos los beneficios que el desarrollo económico de Estados Unidos obtuvo de la guerra. Estados Unidos no sólo encontró en Europa un mercado casi ilimitado que compraba todo a precios altos, sino que se deshizo por muchos años de sus competidores en el mercado mundial, de Alemania e Inglaterra, que estuvieron principalmente al servicio de la guerra. Casi hasta la guerra, Estados Unidos exportaba principalmente productos agrícolas y materias primas, que constituían dos tercios de sus exportaciones totales. Durante la guerra, las exportaciones de Estados Unidos aumentaron de forma constante y con una rapidez febril. Basta decir que el excedente de sus exportaciones sobre las importaciones en el curso de seis años (1915-1920) se estima en 18.000 millones de dólares. Al mismo tiempo, el carácter de sus exportaciones ha cambiado radicalmente. En la actualidad, Estados Unidos exporta un 60 % de productos manufacturados y sólo un 40 % de productos agrícolas, ganado y materias primas, como el algodón, entre otros.

Para caracterizar el papel actual de los Estados Unidos en la economía mundial, citaré las siguientes cifras básicas: el 6 % de la población mundial vive en el territorio de los Estados Unidos, que ocupa el 7 % de la superficie terrestre; este país suministra el 20 % de la producción mundial de oro; los Estados Unidos poseen el 30 % del tonelaje de la flota comercial mundial, mientras que antes de la guerra sólo tenían el 5 %. La producción de acero y hierro en Estados Unidos constituye el 40 % de la producción mundial; la de plomo, el 49 %; la de plata, el 40 %; la de zinc, el 50 %; la de carbón, el 45 %; la de aluminio, el 60 %; la de cobre y la de algodón, el 66-70 %; la de maíz, el 75 %, y la de automóviles, el 85 %. En la actualidad hay 10 millones de automóviles en el mundo, de los cuales Norteamérica tiene 8,5 millones y el resto del mundo 1,4 millones. En Estados Unidos hay un coche por cada 12 habitantes.

Así, el dominio del mercado mundial del carbón ha pasado definitivamente de manos de Inglaterra a las de Estados Unidos. En el campo del petróleo, que desempeña un papel cada vez más importante en la industria y la guerra, no es menos abrumadora la superioridad de Estados Unidos. Pero el cambio no sólo se ha producido en la industria y el comercio mundial, sino también en el mercado financiero. El principal usurero universal antes de la guerra era Inglaterra; inmediatamente después vino Francia. El mundo entero, incluido Estados Unidos, era su deudor. Por otra parte, en este momento, el único país que no debe nada a nadie y con el que todos los demás están en deuda es Estados Unidos. Europa, es decir, los estados, ciudades y empresas europeas deben a Estados Unidos 18.000 millones de oro. Y esto es sólo el principio. Cada día esta deuda aumenta en 10 millones de dólares, gracias a los intereses que no se pagan y a la apertura de nuevos créditos. Así es como el dólar se ha convertido, como acabo de decir, en el “soberano” del mercado financiero mundial. Antes, el dólar, cuando salía al mercado, decía: “valgo una quinta parte de la libra esterlina”. En lo que respecta a esta última, no necesitaba presentación: simplemente existía como una libra esterlina. Ahora la situación ha cambiado por completo. Hoy en día, la libra esterlina, al igual que otras unidades monetarias, necesita un pasaporte, y en este pasaporte se indica que la libra esterlina ya

no es realmente una libra esterlina, sino que vale un determinado número de dólares (casi una cuarta parte menos de lo que marcaban las cotizaciones financieras de antes de la guerra). Aproximadamente la mitad del oro mundial que sustenta el sistema monetario se concentra ahora en Estados Unidos: ¡aproximadamente la mitad de las tenencias de oro del mundo!

Tal es la situación en Norteamérica después de la guerra. ¿Cómo se ha establecido? Se ha basado en el mercado bélico de Europa, que era ilimitado y pagaba cualquier precio. En las colonias británicas, en Asia, en África, así como en Sudamérica, Estados Unidos tenía competidores. Casi todos ellos han desaparecido y Estados Unidos puede desarrollarse sin obstáculos. Así, durante siete años, asistimos a una completa convulsión de la división del trabajo en el mundo. Durante más de cuatro años, Europa no fue más que un hogar en el que quemó no sólo sus ingresos, sino su propio capital; y fue este hogar el que le calentó las manos a la burguesía estadounidense. El poder productivo de Estados Unidos ha crecido inmensamente, pero el mercado ha dejado de existir, ya que Europa se ha empobrecido y ya no puede comprar productos estadounidenses. Es como si Europa hubiera ayudado a Norteamérica con todas sus fuerzas a subir el escalón más alto, sólo para arrancar la escalera debajo de sus pies.

Otros países. La crisis

Japón también se benefició en tiempos de guerra, y su capitalismo ha hecho grandes progresos, que, sin embargo, no pueden compararse con el desarrollo de Estados Unidos. Algunas ramas de la industria japonesa han florecido con la rapidez de una planta criada en un cálido invernadero. Sin embargo, aunque Japón ha podido desarrollar rápidamente ciertas ramas de su industria gracias a la ausencia de competidores, no podrá mantener las posiciones que ha conquistado ya que algunos de sus competidores han reaparecido en el mercado. La cifra general de obreros y obreras japoneses (la mano de obra femenina ha encontrado una aplicación muy amplia en Japón) se estima en 2.370.000, de los cuales 270.000 (aproximadamente el 12 %) están sindicados.

En los países coloniales y semicoloniales, en las Indias Orientales, en China, el capitalismo ha hecho grandes conquistas en los últimos años. Antes de la guerra, Asia suministraba 56 millones de toneladas de carbón; en 1920, entregó 76 millones de toneladas, es decir, un 36 % más.

El mundo entero atraviesa actualmente una cruel crisis que comenzó en la primavera de 1920 en Japón y Norteamérica, es decir, en aquellos mismos países que estaban en progreso y no en decadencia durante este último período. La publicación económica inglesa *The Economist*, una de las más serias, cuenta de forma bastante curiosa los inicios de la crisis. Es un episodio muy interesante. El obrero estadounidense, vean ustedes, se ha hecho rico y comienza a comprar camisas de seda, cuya fabricación es la rama más importante de la industria textil japonesa. La industria de la seda japonesa creció enormemente en muy poco tiempo, pero siendo el poder adquisitivo de los obreros muy limitado y habiéndose debilitado de golpe, en cuanto la industria norteamericana comenzó a reagruparse tras la conclusión de la paz, se produjo inmediatamente una aguda crisis en la industria de la seda japonesa. Otras ramas de la industria se vieron a su vez afectadas por la misma crisis que cruzó el océano, estalló en Norteamérica y está alcanzando en todo el mundo proporciones desconocidas hasta ahora en la historia del capitalismo. Así, todo comenzó con una cosa insignificante, con una diminuta camisa de seda, y terminó en un gran desastre: los precios cayeron, cayeron con una rapidez vertiginosa; las fábricas comenzaron a cerrar sus puertas y a echar a sus obreros a la calle. *Ahora hay en Estados Unidos no menos de cinco millones o, según algunos, no menos de seis millones de parados.*

El episodio de las camisas de seda desempeña en la historia de la crisis un papel muy parecido al del golpe de ala del pájaro que provoca la avalancha. Es evidente que la avalancha estaba a punto de producirse. Sin embargo, este episodio no deja de ser interesante porque caracteriza la mejora definitiva de la situación material de algunas categorías de obreros estadounidenses en los últimos años. Una gran parte de los 8,5 millones de automóviles pertenecen a obreros estadounidenses cualificados, pero hoy, y sobre todo en un futuro próximo, a los obreros estadounidenses les importarán poco los automóviles y las camisas de seda...

Así que tenemos una crisis en Europa y otra en Norteamérica. Pero son dos crisis diferentes. Europa se ha empobrecido, Norteamérica se ha enriquecido. El aparato productivo de Estados Unidos está en relativa buena forma. Sus fábricas son de primer orden, su equipamiento está a punto; es cierto que la calidad de sus productos ha disminuido durante la guerra, que sus ferrocarriles ya no están en perfecto estado, que sus capitalistas se han ocupado principalmente del transporte de sus mercancías a los puertos

de oriente, pero, en general, Norteamérica no sólo ha conservado su aparato económico, sino que incluso lo ha ampliado.

El poder adquisitivo de Europa ha disminuido. No ha ofrecido nada a cambio de las mercancías estadounidenses. El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado a Norteamérica y, en parte, a Japón. Si Europa sufre de anemia, Estados Unidos no sufre menos de congestión. Este monstruoso desajuste entre la situación económica de Europa y la de Norteamérica, tan peligroso para ambas partes, ha encontrado su expresión más llamativa en el ámbito del transporte marítimo. En este último campo, como en tantos otros, la situación dominante antes de la guerra era prerrogativa de Inglaterra. Poseía alrededor del 50 % del tonelaje mundial. Buscando asegurar su dominio en todos los aspectos, Estados Unidos comenzó a construir su flota de guerra tan rápidamente como había desarrollado su comercio durante la guerra. Su tonelaje, que sólo era de 3 a 4 millones, asciende ahora (1921) a 15 millones y casi ha igualado al de Inglaterra.

El tonelaje mundial ha aumentado durante este último año en una quinta parte, y sin embargo la industria y el comercio del mundo están en declive. No hay nada que transportar. La anemia de Europa y la congestión de Norteamérica paralizan igualmente el transporte en el Atlántico.

Del desarrollo económico a la crisis

Los economistas burgueses y los reformistas que tienen interés en presentar la situación del capitalismo bajo una luz favorable dicen: “La crisis actual no demuestra nada por sí misma. Por el contrario, es un fenómeno normal. Después de la guerra vimos un desarrollo industrial, ahora estamos atravesando una crisis; en consecuencia, el capitalismo vive y se desarrolla. En efecto, el capitalismo vive de crisis y recuperaciones, al igual que el hombre vive de aspirar y expirar a su vez. Primero vemos un desarrollo de la industria, luego tenemos una pausa, una crisis, tras una pausa en la propia crisis, una mejora, un nuevo periodo de desarrollo, otra pausa, etc.

La alternancia de crisis y períodos de desarrollo, con todas sus etapas intermedias, forma un ciclo o gran círculo de desarrollo industrial. Cada ciclo abarca un periodo de 8, 9, 10, 11 años. Si estudiamos los últimos 138 años, encontraremos que 16 ciclos corresponden a este periodo. Cada ciclo corresponde, por tanto, a algo menos de 9 años: $8,5 / 8$. Debido a sus contradicciones internas, el capitalismo no se desarrolla en línea recta, sino en zigzag: a veces sube, a veces baja. Es precisamente este fenómeno el que permite a los apologistas del capitalismo decir: “Como estamos asistiendo, después de la guerra, a una alternancia de altibajos, se deduce que todo va bien en el mundo capitalista”. Sin embargo, la realidad es muy diferente. El hecho de que el capitalismo siga sufriendo las mismas fluctuaciones demuestra simplemente que aún no está muerto y que no se trata de un cadáver. Mientras el capitalismo no haya sido destruido por una revolución proletaria, pasará por los mismos períodos de ascenso y caída, experimentará los mismos ciclos. Las crisis y las mejoras son características del capitalismo desde el día de su nacimiento; lo acompañarán hasta su tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para poder darse cuenta de si se está desarrollando, si ha alcanzado su edad madura o si está llegando a su fin, es necesario analizar primero el carácter de los ciclos en cuestión, al igual que se juzga el estado del organismo humano por la forma en que respira; tranquila o jadeante, profundamente o apenas, etc.

La esencia misma de este problema, camaradas, puede representarse de la siguiente manera; tomemos el desarrollo del capitalismo (el progreso en la minería del carbón, la fabricación de telas, la producción de hierro y fundición, el comercio exterior, etc.) durante los últimos 138 años y representémoslo mediante una curva. Si expresamos el curso real del desarrollo económico mediante las curvas de esta línea, encontraremos que esta curva no se eleva como un todo, sino en zigzags con picos y valles que corresponden a períodos de desarrollo y crisis. En consecuencia, la curva de desarrollo económico muestra dos tipos de movimientos: uno fundamental, que expresa la subida general, y otro de segundo orden, que corresponde a las fluctuaciones periódicas constantes, relativas a los 16 ciclos de un periodo de 138 años. Durante todo este tiempo, el capitalismo ha vivido, aspirando y expirando de manera diferente, según los tiempos. Desde el punto de vista del movimiento básico, es decir, desde el punto de vista del desarrollo y la decadencia del capitalismo, todo el período de 138 años puede dividirse en 5 períodos: de 1783 a 1851, el capitalismo se desarrolla muy lentamente, la curva sube muy penosamente. Tras la revolución de 1848, que amplió el marco del mercado europeo, asistimos a un cambio muy brusco. Entre 1851 y 1873, la curva aumenta repentinamente. En 1873, las fuerzas productivas desarrolladas chocan con los límites del mercado. Se produce un crac. A continuación, se inicia un periodo de depresión que dura hasta 1894. Durante este periodo también se producen fluctuaciones cíclicas, pero la curva básica se mantiene aproximadamente en el mismo nivel. A partir de 1894 se inicia un nuevo

período de prosperidad capitalista, y casi hasta la guerra la curva vuelve a subir con una rapidez pasmosa. Finalmente, el colapso de la economía capitalista en el quinto período comienza en 1914.

¿Cómo se corresponde el movimiento fundamental de la trayectoria con las fluctuaciones cíclicas? Está claro que, durante los períodos de rápido desarrollo del capitalismo, las crisis son cortas y de carácter superficial; durante los períodos de recuperación, son prolongadas. En los períodos de decadencia, las crisis duran mucho tiempo y las recuperaciones son momentáneas, superficiales y basadas en la especulación. En épocas de estancamiento, se producen oscilaciones en torno al mismo nivel³.

Así es como debe determinarse el estado general del organismo capitalista, según el carácter particular de su respiración y pulso.

³ Ver L. Trotsky, *La curva del desarrollo capitalista Carta a los editores en lugar del artículo prometido*, y “Flujos y reflujos. La coyuntura económica y el movimiento obrero mundial” en de nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.

Recuperación tras la guerra

Inmediatamente después de la guerra se creó una situación económica incierta. Pero a partir de la primavera de 1919 comenzó la recuperación: empezó el juego en la bolsa, los precios subieron con la rapidez de una columna de mercurio que sube en el agua hirviendo, la especulación se arremolinó con furia. ¿Industria? Siguió disminuyendo en Europa central, oriental y sudoriental, como muestran las cifras citadas anteriormente. En Francia hubo una cierta mejora, sobre todo gracias al saqueo de Alemania. En Inglaterra se produjo en parte un estancamiento, en parte una crisis, de la que sólo quedó exenta la flota mercante, cuyo tonelaje había aumentado en la misma proporción en que el comercio había disminuido realmente. En consecuencia, la recuperación de Europa fue en general medio ficticia, especulativa, y un indicio, no de un desarrollo, sino, por el contrario, de un nuevo declive de la economía general. En Estados Unidos, después de la guerra se produjo una disminución de la industria bélica y su transformación en una industria de la paz. La industria del carbón, del petróleo, del automóvil y de la construcción naval experimentan un repunte.

	Carbón, millones de toneladas	Petróleo, toneladas	Automóviles	Barcos, millares de toneladas
1918	615	356	1.153.000	3.033.
1919	494	378	1.974.000	4.075
1920	580	442	2.350.000	2.746

El camarada Varga, en su valioso folleto, observa acertadamente: “El hecho de que la recuperación de la posguerra tuviera un carácter especulativo puede verse con mayor claridad en el ejemplo de Alemania. Mientras los precios se habían multiplicado por siete en un año y medio, la industria alemana estaba en retroceso... Su situación económica era favorable a las ventas: las existencias que quedaban en el mercado nacional se exportaban al extranjero a precios mínimos.”

El mayor aumento de precios se produjo en Alemania, donde la industria seguía en declive. Donde menos subieron los precios fue en Estados Unidos, donde la industria sigue recuperándose. Entre Alemania y Estados Unidos están Francia e Inglaterra.

¿Cómo se ha producido la recuperación en sí misma y cómo puede explicarse? En primer lugar, por causas económicas: las relaciones internacionales se han reanudado, aunque de forma limitada, y en todas partes se observa una demanda de las más variadas mercancías; luego se puede explicar por causas políticas y financieras: los gobiernos europeos habían temido la crisis que iba a producirse después de la guerra y habían tomado sus medidas para hacer durar la recuperación artificial que había provocado la guerra. Los gobiernos continuaron poniendo en circulación papel moneda en grandes cantidades, emitieron nuevos préstamos, gravaron los beneficios, los salarios y el precio del pan, cubriendo así parte de los salarios de los obreros desmovilizados con los fondos nacionales, y crearon una actividad económica artificial en el país. De este modo, durante todo este tiempo, el capital ficticio siguió creciendo, especialmente en los países donde la industria estaba en declive.

Sin embargo, la recuperación ficticia de la posguerra tuvo graves consecuencias políticas: se puede decir, no sin razón, que salvó a la burguesía. Si los obreros desmovilizados hubieran tenido que sufrir el desempleo desde el principio, el descenso del nivel de vida incluso en comparación con el nivel de antes de la guerra, las consecuencias podrían haber sido fatales para la burguesía. El profesor inglés Edwin

Cannan escribió al respecto en una reseña de fin de año en el *Manchester Guardian*: “La impaciencia de los hombres que han regresado del campo de batalla es muy peligrosa”, y ha explicado muy sensatamente el curso favorable de la posguerra, en el momento más agudo, en 1919, por el hecho de que el gobierno y la burguesía, de común acuerdo, hicieron retroceder la crisis creando una prosperidad artificial mediante la destrucción del capital fundamental de Europa.

Cannan dice: “Si la situación económica en enero de 1919 hubiera sido la misma que en 1921, Europa occidental podría haberse sumido en el caos.” La fiebre de la guerra duró un año y medio más y la crisis sólo comenzó cuando la masa de obreros y campesinos desmovilizados ya se había dispersado más o menos por todo el país.

La crisis actual

Una vez superada la desmovilización y habiendo resistido el primer choque de las masas obreras, la burguesía recuperó la confianza tras un momento de desconcierto e incluso de pánico. Le parecía que a partir de ese momento comenzaba una era de gran prosperidad que no tendría fin. Los representantes más destacados de la política y las finanzas inglesas propusieron un préstamo internacional de 2.000 millones de libras para las obras de reconstrucción. Se creía que una lluvia de oro caería sobre Europa y crearía una prosperidad general. De este modo, la ruina de Europa, la destrucción de ciudades y pueblos, se convertiría en riqueza gracias a esta fabulosa cifra de préstamo, aunque esta cifra en sí misma sólo era un símbolo de la inmensa miseria. Sin embargo, la realidad obligó a la burguesía a abandonar rápidamente todas estas fantasías. Ya he contado cómo la crisis comenzó en Japón (en marzo), en Estados Unidos (en abril), y luego se extendió a Inglaterra, Francia, Italia y, en la segunda mitad del año, a todo el mundo. De todo lo dicho hasta ahora se desprende que, evidentemente, no estamos asistiendo en estos momentos a una mera inmersión en un nuevo ciclo industrial, sino a un ajuste de cuentas relacionado con los gastos y las ruinas de la guerra y la posguerra.

En 1913 las importaciones netas de todos los países se estimaron en 65-70 mil millones de marcos de oro. De esta suma, la parte de Rusia fue de 2.500 millones, la de Austria-Hungría de 3.000 millones, la de los países balcánicos de 1.000 millones y la de Alemania de 11.000 millones de marcos de oro. Así, las importaciones de Europa central y oriental constituían una cuarta parte de las de todo el mundo. En la actualidad, todos estos países importan menos de una quinta parte de lo que hacían antes de la guerra. Estas cifras caracterizan por sí solas el poder adquisitivo de la Europa actual.

Pero, ¿cuáles son las perspectivas económicas para el futuro próximo?

Es obvio que Estados Unidos se verá obligado a reducir su producción, pues ya no podrá reconquistar el mercado europeo como en la época de la guerra. Por otra parte, Europa sólo podrá reconstituir sus regiones más devastadas y las ramas más dañadas de su industria. De este modo, en el futuro sólo asistiremos a un doloroso retorno al estado económico de la preguerra y a una larga crisis: un marcado estancamiento en algunos países y en determinadas ramas de la industria; en otros, un desarrollo muy lento. Las oscilaciones cíclicas continuarán, pero en general la curva del desarrollo capitalista tenderá a bajar, no a subir.

Crisis, recuperación y revolución

La relación entre la recuperación económica, la crisis y el desarrollo de la revolución nos interesa no sólo desde el punto de vista teórico, sino sobre todo práctico. Muchos de ustedes recordarán que Marx y Engels, en 1851, cuando el ascenso se hacía evidente en toda su potencia, escribieron que la revolución de 1848 debía considerarse ya terminada, o al menos interrumpida hasta una nueva crisis. Engels dijo que la crisis de 1847 fue la madre de la revolución y que la reactivación de 1849-51 había favorecido la marcha victoriosa de la contrarrevolución. Sin embargo, sería erróneo e injusto explicar este juicio en el sentido de que las crisis siempre provocan la acción revolucionaria y que la recuperación tiene, por el contrario, el don de calmar a la clase obrera. La revolución de 1848 no nació de la crisis; ésta sólo le dio un impulso final. En realidad, la revolución fue provocada por una contradicción entre las necesidades del desarrollo capitalista y las cadenas que el estado político y social semifeudal le había impuesto. Sin embargo, la revolución parcial e indecisa de 1848 borró los últimos vestigios del régimen, borró los últimos vestigios del régimen de la servidumbre y de los gremios, y amplió así el marco del desarrollo capitalista. Sólo en estas condiciones puede considerarse la recuperación de 1851 como el inicio de un período de desarrollo capitalista, que duró hasta el año 1873.

¿Podemos esperar el mismo resultado de la recuperación de 1919-1920? En absoluto. No hubo ampliación del marco de desarrollo capitalista. ¿Significa esto que se excluye una mayor recuperación comercial e industrial en un futuro próximo? ¡De ninguna manera! Ya he dicho que el capitalismo aspira y expira mientras está vivo. Pero durante el período en el que hemos entrado, un período de ajuste de cuentas relacionado con la destrucción y la ruina de la guerra, un período de vuelta al antiguo estado económico, cualquier recuperación sólo puede ser superficial, especialmente porque está causada principalmente por la especulación, mientras que las crisis se harán más largas y profundas.

En este caso, ¿es posible el restablecimiento del equilibrio capitalista sobre nuevas bases? Si admitimos, por un momento, que la clase obrera no se levantará para una lucha revolucionaria, sino que, durante muchos años (digamos durante 20 o 30 años), le permitirá a la burguesía dirigir los destinos del mundo, no hay duda de que se puede establecer un cierto nuevo equilibrio. Sin embargo, Europa sufrirá un gran revés. Millones de obreros europeos habrán muerto de paro y hambre. Estados Unidos se verá obligado a buscar una nueva orientación en el mercado mundial, a reagrupar su industria, *a retroceder durante largos años*. Tras el establecimiento de una nueva división *del* trabajo en el mundo, por esta vía dolorosa en 15, 20, 25 años, podría haber comenzado una nueva época de recuperación capitalista.

Pero todo este razonamiento es abstracto y sólo considera una parte de la cuestión. Presentamos aquí el problema como si el proletariado hubiera dejado de luchar. *Sin embargo, no se puede hablar de ello, por la sencilla razón de que la oposición de las clases ha alcanzado, en estos últimos años, una agudeza extraordinaria.*

La agudeza de las contradicciones sociales

El desarrollo económico no es un proceso automático. Hasta ahora he hablado de las bases de la producción, pero las cosas no se quedan ahí. Sobre estas bases viven y trabajan los hombres, y el desarrollo se produce a través de ellos. ¿Qué ha ocurrido en el ámbito de las relaciones entre los hombres, o más bien entre las clases? Hemos visto que Alemania y algunos otros países de Europa han retrocedido, en cuanto a su nivel económico, 20 o 30 años. ¿Pero también han retrocedido socialmente? En absoluto. Las clases en Alemania, el número de obreros y su concentración, la concentración y organización del capital, todo esto se desarrolló antes de la guerra, especialmente gracias a la prosperidad de los últimos veinte años, y este desarrollo avanzó aún más: durante la guerra, como resultado de la intervención del estado, y después de la guerra debido a la fiebre de la especulación y la acumulación de capital. Asistimos, pues, a dos procesos de evolución económica: la riqueza y la renta nacionales disminuyen, *mientras que el desarrollo de las clases avanza*. El número de proletarios aumenta, el capital se concentra en cada vez en menos manos, los bancos se fusionan, las empresas industriales se unen en trusts. En consecuencia, la lucha de clases se agudiza inevitablemente como resultado de la reducción de la renta nacional. Este es el quid de la cuestión. Cuanto más pequeña sea la base material, más encarnizada será la lucha entre las diferentes clases y agrupaciones por el reparto de la renta nacional. Nunca debemos olvidar esta circunstancia. Si Europa, en relación con su riqueza nacional, ha retrocedido treinta años, esto no significa que se haya rejuvenecido treinta años. Por el contrario, se ha empobrecido, como si tuviera 30 años menos, pero, desde el punto de vista de la lucha de clases, ha envejecido 300 años. Así se presenta la relación entre el proletariado y la burguesía.

Los campesinos

Durante el primer periodo de la guerra, se decía y se escribía que la guerra enriquecía a los campesinos de toda Europa. De hecho, el estado tenía una gran necesidad de pan y carne para su ejército. Los precios que se pagaban por estos productos eran una locura y subían constantemente, y los campesinos se llenaban los bolsillos de billetes. Con este papel moneda, que cada vez tenía menos valor, los campesinos pagaban sus deudas, que habían contraído en monedas de oro. Obviamente, esta fue una operación ventajosa para ellos.

Los economistas burgueses pensaban que esta prosperidad de la economía campesina garantizaría la estabilidad del capitalismo después de la guerra. Pero hicieron un cálculo falso. Los campesinos han liquidado sus hipotecas, pero la economía agraria no consiste sólo en pagar el dinero que se debe al banco, consiste ante todo en trabajar la tierra, fertilizarla, desarrollar las herramientas, tener buenas semillas, mejorar la técnica, etc. Esto no se hizo o costó mucho dinero. Por otra parte, escaseaba la mano de obra, la agricultura decaía y, tras un momento de prosperidad semificticia, los campesinos empezaban a arruinarse. Este fenómeno se observa, en mayor o menor medida, en toda Europa. Pero es especialmente llamativo en Estados Unidos. Los agricultores norteamericanos, canadienses, sudamericanos y australianos empezaron a sufrir terriblemente desde el día en que se supo que la Europa arruinada ya no podía comprar pan. El precio del trigo cayó. Comenzó una cierta fermentación entre los agricultores, y el descontento se extendió por todo el mundo. Y así el campesino deja de ser el soporte del orden. *La clase obrera tiene la posibilidad de atraer a una parte de los campesinos (campesinos pobres) a la lucha, de neutralizar a otra parte (campesinos medios), de aislar y paralizar a los campesinos ricos.*

Una nueva clase media

Los reformistas se han apoyado mucho en la llamada clase media. Ingenieros, técnicos, médicos, abogados, contables, administrativos y funcionarios, etc., forman un estrato social medio conservador, situado entre el capital y el trabajo, que, según los reformistas, está destinado a conciliar las dos partes, a dirigir y al mismo tiempo apoyar el régimen democrático. Durante la guerra y después de ella, esta clase sufrió aún más que los obreros, es decir, su nivel de vida cayó más que el de la clase obrera. La disminución del poder adquisitivo del dinero, la devaluación del papel moneda, es la principal causa de este estado de cosas. En todos los países de Europa surgió un gran descontento en los círculos de los pequeños y medianos funcionarios, así como entre los intelectuales-técnicos. En Italia, por ejemplo, se está llevando a cabo una huelga de funcionarios en estos momentos. Es evidente que los funcionarios, empleados de banca, etc., no han constituido una clase proletaria, pero han perdido su antiguo carácter conservador. No apoyan al estado, sino que socavan y minan su aparato con su descontento y sus protestas.

El descontento de los intelectuales burgueses crece aún más debido a sus vínculos con la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial. Esta última se sintió frustrada y perdida. La gran burguesía, unida en trusts, sigue enriqueciéndose, a pesar de la ruina del país. Se llevan una parte cada vez mayor de la renta nacional, que cada día es menor. La burguesía, que no participa en los trusts, y la nueva clase media, declinan tanto relativa como absolutamente.

En cuanto al proletariado, es muy probable que, a pesar de la disminución de su nivel de existencia, la parte general que toma de la disminución de la renta nacional sea mayor ahora que antes de la guerra. El capital perteneciente a los trusts tiende a reducir la parte de los obreros a sus dimensiones de antes de la guerra. En cuanto al trabajador, no le importan las estadísticas, pero sí que baje su nivel de vida y se esfuerza en aumentar su participación en la renta nacional. Así, los campesinos están descontentos con el declive de la economía agrícola; los intelectuales están empobrecidos; la pequeña y mediana burguesía está arruinada e irritada. La lucha de clases se agudiza.

Relaciones internacionales

Es evidente que las relaciones internacionales desempeñan un papel muy importante en la vida del mundo capitalista. Este último lo ha sentido con demasiada claridad durante la guerra mundial. En estos momentos, cuando nos preguntamos si el capital es capaz o no de restablecer su equilibrio mundial, es necesario darse cuenta de las condiciones internacionales en las que se desarrolla este trabajo de reconstitución. No es difícil convencerse de que las relaciones internacionales se han vuelto mucho más tensas y mucho menos adecuadas para el desarrollo “pacífico” del capitalismo que antes de la guerra.

¿Por qué estalló la guerra? Porque las fuerzas productivas se sentían aprisionadas en el marco de los estados capitalistas más poderosos. La tendencia del capital imperialista era abolir las fronteras políticas y apoderarse de toda la tierra; abolir las costumbres, las particiones que obstaculizaban el desarrollo de las fuerzas productivas. Tal es la base económica del imperialismo y tales fueron las causas de la guerra. ¿Y el resultado? Europa es ahora más rica en fronteras y aduanas de lo que nunca ha sido. Y se ha fundado un gran número de pequeños estados. Una docena de líneas aduaneras cruzan ahora el territorio de la antigua Austria-Hungría. El inglés Keynes llamaba a Europa un manicomio, y en efecto, desde el punto de vista del desarrollo económico, todo este particularismo de estados pequeños y aislados, con sus sistemas aduaneros, etc., es un anacronismo monstruoso, una loca incursión medieval en el siglo XX. Al mismo tiempo que la península balcánica retrocede a la barbarie, Europa se balcaniza.

Como en el pasado, la relación entre Alemania y Francia excluye cualquier posibilidad de equilibrio europeo. Francia se ve obligada a saquear y abusar de Alemania para mantener un equilibrio de clases al que ya no corresponde la base agotada de la economía francesa. Alemania no puede ni quiere seguir siendo víctima de este expolio. Es cierto que se ha llegado a un acuerdo, de momento. Alemania se ha comprometido a pagar 2.000 millones de marcos de oro anuales y, además, el 26 % de sus exportaciones. Este acuerdo representa una victoria para la política británica, que quiere evitar la ocupación del Ruhr por los franceses. La mayor parte del mineral de hierro europeo está ahora en manos de Francia. La mayor cantidad de carbón en manos alemanas. La reunión del mineral de hierro francés con el carbón alemán es una condición esencial para la reactivación de la economía europea, pero esa reunión, absolutamente necesaria para el desarrollo de la producción, constituye un peligro mortal para el capitalismo inglés. Por ello, todos los esfuerzos de Londres se dirigen a impedir cualquier acercamiento, pacífico o violento, entre el mineral francés y el carbón alemán.

Francia ha aceptado provisionalmente el compromiso, sobre todo porque su aparato de producción está desorganizado y no puede utilizar ni siquiera la cantidad de carbón que Alemania está obligada a suministrarle. Pero esto no significa que el problema del Ruhr esté definitivamente resuelto. Al primer fracaso de Alemania en el cumplimiento de sus obligaciones, la cuestión del destino del Ruhr volverá a plantearse inevitablemente. La influencia de Francia en Europa, y hasta cierto punto en el mundo, que ha crecido durante el último año, no se debe al fortalecimiento del poder francés, sino al evidente y progresivo debilitamiento de Gran Bretaña.

Gran Bretaña ha derrotado a Alemania. Esa fue la principal cuestión resuelta por la última guerra. Y la guerra no fue, por su propia esencia, universal sino europea, aunque la guerra entre dos de los estados europeos más poderosos, es decir, Inglaterra y Alemania, se libró con la participación de las fuerzas y medios de lucha de todo el mundo.

Inglaterra derrotó a Alemania. Sin embargo, en la actualidad, en el mercado mundial y en general en relación con toda la situación mundial, Inglaterra es más débil que antes de la guerra. Estados Unidos se ha fortalecido a costa de Inglaterra mucho más que Inglaterra a costa de Alemania.

Estados Unidos supera a Inglaterra, en primer lugar, por el carácter más racional y progresista de su industria. La productividad laboral de un obrero estadounidense es un 150 % superior a la de un obrero inglés. En otras palabras, gracias a la organización más perfeccionada de la industria dos obreros estadounidenses producen tanto como cinco obreros ingleses. Este solo hecho, que los datos estadísticos ingleses atestiguan, demuestra que Inglaterra, en su lucha con Norteamérica, está condenada de antemano, y es suficiente para llevar a Inglaterra a la guerra con Norteamérica, mientras la flota inglesa conserve la supremacía en los océanos.

El carbón estadounidense está desplazando al inglés de todo el mundo e incluso de Europa. Sin embargo, el comercio mundial de Inglaterra se basaba, sobre todo, en la exportación de carbón. Por otra parte, el petróleo se está convirtiendo en un factor decisivo en la industria y la defensa: no sólo impulsa automóviles, tractores, submarinos y aviones, sino que también tiene una enorme ventaja sobre el carbón como fuerza motriz para los grandes buques oceánicos. Estados Unidos suministra el 70 % del petróleo que absorbe el universo. Así, en caso de guerra, todo este petróleo estaría a disposición del gobierno de Washington. Además, Estados Unidos cuenta con el petróleo mexicano, que aporta el 12 % de la producción total mundial. Por supuesto, los norteamericanos acusan a Inglaterra de haber concentrado en sus manos, fuera de las fronteras de Estados Unidos, hasta el 90 % de las fuentes mundiales de nafta y de negar a los norteamericanos el acceso a ellas, mientras que las fuentes norteamericanas se agotarán, según ellos, en pocos años. Sin embargo, todos estos datos geológicos y estadísticos son bastante arbitrarios y dudosos. Se hacen por encargo, para justificar las pretensiones de Estados Unidos sobre el petróleo de México, Mesopotamia, etc. Sin embargo, si el peligro del agotamiento de las fuentes norteamericanas fuera realmente real, esta sería una razón más que podría precipitar la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra. El problema del endeudamiento de Europa con Estados Unidos es grave. Esta deuda se estima generalmente en 18.000 millones de dólares. Estados Unidos siempre puede crear las mayores dificultades en el mercado financiero inglés exigiendo el pago de sus deudas. Como es sabido, Inglaterra ha llegado a ofrecer a Estados Unidos que renuncie a su deuda inglesa, prometiendo a su vez cancelar las deudas de sus deudores en los mercados europeos. Dado que la deuda de Inglaterra con Estados Unidos era mucho mayor que la de los países continentales de la Entente con Inglaterra, esta última se habrían beneficiado enormemente de dicha transacción. Sin embargo, Estados Unidos respondió con una negativa. No es difícil entender por qué los capitalistas yanquis no estaban dispuestos a financiar, con sus propios fondos, los preparativos de Gran Bretaña para la guerra con los Estados Unidos.

El acuerdo de Inglaterra con Japón, que lucha con Estados Unidos por la supremacía en el continente asiático, también está agravando las relaciones entre Estados Unidos e Inglaterra de forma extraordinaria.

Pero la cuestión de la flota de guerra es la que, a la vista de lo anterior, tiene un carácter especialmente espinoso. El gobierno de Wilson, tras encontrar resistencia por parte de Inglaterra en los problemas mundiales, estableció un gigantesco programa de construcción naval. El gobierno de Harding ha heredado el programa de su predecesor y lo está llevando a cabo en su totalidad. En 1924, la flota estadounidense no sólo será más poderosa que la inglesa, sino que, si no en tonelaje, sí en valor de combate, será superior a las flotas de Inglaterra y Japón juntas.

¿Qué significa esto desde el punto de vista inglés? Inglaterra se verá obligada a aceptar la provocación antes de 1924 y a intentar destruir el poderío militar, marítimo y económico de los Estados Unidos, aprovechando su actual superioridad, o a permanecer pasiva y convertirse gradualmente en una potencia de segundo o tercer orden, cediendo definitivamente a los Estados Unidos el dominio sobre los mares y océanos. Así, la última guerra entre los pueblos, que a su manera “resolvió” la cuestión europea, planteó al mismo tiempo el problema mundial en su totalidad: ¿quién dominará el mundo, Inglaterra o Estados Unidos? Los preparativos para una nueva guerra mundial se llevan a cabo a toda velocidad. Los gastos del ejército y de la flota se han incrementado enormemente en comparación con el periodo de preguerra. El presupuesto militar británico se ha triplicado, el de Estados Unidos se ha multiplicado por 3,5.

El 1 de enero de 1914, en plena “paz armada”, había 7 millones de soldados en armas en todo el mundo. A principios de 1921 había 11 millones. El grueso de estos ejércitos es, obviamente, la carga que tiene que soportar la agotada Europa.

La aguda crisis, consecuencia de la contracción del mercado mundial, hace que la lucha entre los estados capitalistas sea extremadamente amarga, alterando el equilibrio de las relaciones internacionales. No sólo Europa, sino el mundo entero es el que se está convirtiendo en un manicomio. Bajo estas condiciones, ya no se puede hablar de restablecer el equilibrio capitalista.

La clase obrera después de la guerra

Inmediatamente después de la guerra, la burguesía se encontraba desamparada y espantada hasta la médula del hueso; en cuanto a los obreros, especialmente los que volvían del ejército, estaban dispuestos a plantear sus reivindicaciones a gritos. Pero la clase obrera en su conjunto estaba desorientada y no sabía exactamente cómo se iba a organizar la vida después de la guerra, qué reivindicaciones se podían presentar, qué camino seguir... Aunque el movimiento, como vimos al principio, había adquirido un carácter extremadamente tempestuoso la clase obrera carecía de una dirección firme. Por otro lado, la burguesía estaba dispuesta a hacer grandes concesiones. Continuó siguiendo el régimen financiero y económico de la guerra (préstamos, inflación fiduciaria, monopolio del trigo, seguro de desempleo, etc.), es decir, la burguesía dominante continuó desorganizando sus bases económicas y destruyendo cada vez más el equilibrio de la producción y de las finanzas, para sostener, durante el período más peligroso, el de las clases. Hasta ahora, ha obtenido más o menos éxito.

Ahora pasa a la solución del problema del restablecimiento del equilibrio económico. Ya no se trata de concesiones y limosnas a la clase obrera, sino de medidas de carácter fundamental. Hay que reconstruir el aparato de producción desorganizado. Hay que devolver al dinero su valor, porque no se puede pensar en el mercado mundial sin poseer un equivalente con valor universal y, en consecuencia, tampoco se puede pensar en una industria mundial “equilibrada”, vinculada al mercado mundial.

Reconstruir el aparato de producción significa: reducir el trabajo para la fabricación de objetos de uso común y aumentar el esfuerzo para proporcionar los medios de producción. Es necesario aumentar las existencias, es decir, intensificar el trabajo y reducir los salarios.

Para restablecer el valor del dinero, no basta con negarse a pagar exorbitadas deudas; también hay que mejorar la balanza comercial, es decir, importar menos y exportar más. Y para lograr este objetivo, es necesario consumir menos y producir más, es decir, volver a reducir los salarios y aumentar la intensidad del trabajo.

Cada paso hacia la reconstrucción de la economía capitalista está ligado al aumento del grado de explotación y, por tanto, provocará inevitablemente la resistencia de la clase obrera. En otras palabras, todo esfuerzo de la burguesía por restablecer el equilibrio de la producción, de la distribución, de las finanzas del estado, pone en cuestión fatalmente el inestable equilibrio de clases. Si durante dos años después de la guerra la burguesía tendió en su política económica sobre todo a calmar al proletariado, incluso a costa de desorganizar su economía, en cambio hoy, en el momento de una crisis desconocida hasta ahora, ha comenzado a mejorar su situación económica oprimiendo cada vez más a la clase obrera.

En Inglaterra es donde vemos más claramente cómo esta opresión provoca resistencia. Y la resistencia de la clase obrera destruye la estabilidad del régimen económico y hace inútil todo intento de restablecer el equilibrio.

Ciertamente, la lucha del proletariado por el poder se prolonga. No se parece a un asalto general, no presenta el aspecto de una serie ininterrumpida de olas que suben cada vez más alto y la última barre el régimen capitalista.

En esta lucha hemos visto altibajos, ataques y defensas. Las maniobras de clase por nuestra parte no siempre fueron hábiles. Esto se debe a dos causas: en primer lugar, la debilidad de los partidos comunistas, fundados justo después de la guerra, que no tienen ni la experiencia necesaria, ni el aparato indispensable, ni la influencia suficiente y, lo

que es más importante, no prestan suficiente atención a las masas trabajadoras. Sin embargo, en los últimos años hemos dado un gran paso adelante en este campo. Los partidos comunistas se han fortalecido y desarrollado. Otra causa del carácter crónico y desigual de la lucha es la variada composición de la propia clase obrera, tal como salió de la guerra.

La guerra hizo muy poco para sacudir la burocracia obrera, sindical, política y parlamentaria. Los gobiernos capitalistas de todos los países adoptaron una actitud muy atenta e indulgente con esta superestructura obrera, comprendiendo perfectamente que sin ella no podrían asegurar la sumisión de la clase obrera durante los años sangrientos. La burocracia obrera tenía todos los privilegios y salió de la guerra con los mismos hábitos de obtuso conservadurismo con los que había entrado en ella, y aún más comprometida, más estrechamente vinculada con los estados capitalistas. Los obreros cualificados de la vieja generación, acostumbrados a sus organizaciones sindicales y políticas, especialmente en Alemania, siguen siendo, en su mayoría e incluso ahora, partidarios de la burocracia obrera, pero su estabilidad no es en para nada absoluta. Los obreros que han pasado por la escuela de la guerra, y esto es el corazón mismo de la clase obrera, han aportado al proletariado una nueva psicología, nuevos hábitos y una nueva concepción de la lucha, de la vida y de la muerte. Están dispuestos a resolver el problema por la fuerza, pero han aprendido en la guerra que la aplicación efectiva de la fuerza presupone una táctica y una estrategia bien ordenadas. Estos elementos irán a la batalla, pero quieren un liderazgo firme y una preparación seria. Varias categorías de trabajadores atrasados, entre ellos las mujeres trabajadoras cuyo número ha crecido considerablemente durante la guerra, se han convertido en estos momentos, como resultado de un cambio repentino en su conciencia, en la parte más combativa (aunque no siempre consciente) de la clase obrera. Por último, vemos en nuestra extrema izquierda a la juventud obrera que ha crecido durante la guerra, en medio de los combates y las convulsiones revolucionarias, y que estará llamada a ocupar un gran lugar en las luchas venideras.

Toda esta masa de proletarios, que ha crecido considerablemente, de obreros veteranos y de nuevos reclutas, de obreros que se han quedado y de los que han pasado algunos años en el fuego, toda esta masa, que cuenta con muchos millones, pasa por la escuela revolucionaria de diferentes maneras y en diferentes momentos.

Lo hemos vuelto a ver, con el ejemplo de los sucesos de marzo, en Alemania, donde los obreros de Alemania central, que antes de la guerra constituían el elemento más atrasado, se lanzaron a la batalla en marzo sin preguntarse si la lucha les daría la victoria, mientras que los obreros de Berlín o Sajonia, al haber logrado adquirir experiencia en el momento de las batallas revolucionarias, se volvieron más cautos. Es cierto que el curso general de la lucha, después de la guerra, y especialmente la actual ofensiva del capital, une a todos los estratos de la clase obrera, excepto a sus cimas privilegiadas. El partido comunista tiene así cada vez más la posibilidad de establecer una verdadera unidad del frente de la clase obrera.

Perspectivas y tareas inmediatas

Hay tres causas de la revolución que están relacionadas entre sí. La primera es el colapso de Europa. El equilibrio de clases en Europa se basaba, sobre todo, en la supremacía de Inglaterra en el mercado mundial. Hoy, ha perdido definitivamente esta supremacía, y nunca la recuperará. Por eso son inevitables las poderosas convulsiones revolucionarias, que pueden terminar en la victoria del proletariado o en el completo colapso de Europa.

La segunda causa de la lucha revolucionaria es la profunda perturbación que sacude todo el organismo económico de los Estados Unidos; la guerra europea está provocando una recuperación hasta ahora desconocida, seguida de una profunda crisis nacida de las prolongadas consecuencias de esta guerra. El movimiento revolucionario del proletariado norteamericano puede, en estas condiciones, adquirir una velocidad hasta ahora desconocida en la historia como la que ha caracterizado el desarrollo económico de los Estados Unidos en los últimos años.

La tercera causa de la lucha revolucionaria está determinada por la industrialización de las colonias y en primer lugar de la India. Especialmente en las colonias, será el campesinado quien dirigirá la lucha por la emancipación. Pero en esta lucha se necesita liderazgo. Este liderazgo estaba asegurado por la burguesía indígena. Sin embargo, la lucha de esta última contra el poder imperialista extranjero no puede ser ni sostenida ni enérgica, ya que la propia burguesía autóctona, estrechamente vinculada al capital extranjero, es en gran medida agente directo de este último. Sólo el advenimiento de un gran proletariado autóctono, dispuesto a luchar, es la verdadera palanca de la revolución. El proletariado hindú no es ciertamente numeroso en relación con el conjunto de la población del país, pero cualquiera que haya comprendido el significado del desarrollo de la revolución en Rusia se dará cuenta de que el papel revolucionario del proletariado en los países del este será mucho más importante de lo que su número sugiere. Esto afecta no sólo a los países puramente coloniales, como la India, y a los semicoloniales, como China, sino también a Japón, donde la opresión capitalista va de la mano del absolutismo de casta feudal y burocrático. Así, tanto la situación mundial como las perspectivas de futuro tienen un carácter profundamente revolucionario.

Después de la guerra, la burguesía recurrió a las limosnas para la clase obrera, y los colaboracionistas transformaron con entusiasmo estas limosnas en reformas (la jornada de ocho horas, el seguro de desempleo, etc.) e inauguraron una era de reformismo sobre las ruinas. Ahora la burguesía ha pasado a una contraofensiva en toda regla, hasta el punto de que un órgano inglés tan archicapitalista como el *Times* empieza a hablar con temor de los bolcheviques capitalistas. La época actual es la del contrarreformismo. El pacifista inglés Norman Angell llama a la guerra un falso cálculo. La experiencia de la última guerra ha demostrado, en efecto, que el cálculo, desde el punto de vista contable, es falso. Nunca antes la humanidad capitalista se había preparado para una nueva guerra con tanta furia como hoy. La ilusión de la democracia se hace evidente incluso para los sectores más conservadores de la clase obrera. Hace poco, sólo la democracia se oponía a la dictadura del proletariado con su terror, con su "cheka", etc. Hoy en día, la democracia se opone cada vez más a toda forma de lucha de clases. Lloyd George propuso a los mineros que hicieran gestiones ante el parlamento y declaró que su huelga era una violencia a la voluntad nacional.

Bajo el régimen de los Hohenzollern, los obreros alemanes encontraban cierta seguridad, ciertos límites definidos en su acción; sabían en general lo que podían y no

podían hacer. En la república de Ebert, el obrero en huelga siempre corre el peligro de ser degollado sin más en la calle o en una cámara de tortura de la policía. La “democracia” ofrece a los obreros alemanes en el orden político lo mismo que les ofrece en el orden económico con sus altos salarios, pagados en papel sin valor.

La tarea del partido comunista es abarcar la situación existente en su conjunto y tomar parte activa en la lucha que libra la clase obrera, para conquistar, durante esta lucha, a la mayoría de esa clase. Si la situación en cualquier país se vuelve extremadamente crítica, estamos obligados a plantear las cuestiones fundamentales de la manera más intransigente y a luchar en el estado en que los acontecimientos nos encuentren. Por otro lado, si los acontecimientos se desarrollan de forma más regular, debemos aprovechar todas las posibilidades para tener a la mayoría de la clase obrera con nosotros, antes de que lleguen los acontecimientos decisivos.

En estos momentos, durante la lucha económica defensiva, determinada por la crisis, los comunistas deben tomar un papel muy activo en los sindicatos, en todas las huelgas y acciones, en todos los movimientos, manteniendo siempre, durante el trabajo, una estrecha unión entre ellos y actuando siempre como el ala más decidida y disciplinada de la clase obrera. La lucha económica defensiva puede ampliarse como resultado del desarrollo de la crisis y de la situación política, atrayendo a nuevas fracciones de la clase obrera, de la población, a ejércitos enteros de desempleados y, después de haber cambiado en un momento dado, puede ampliarse a una lucha revolucionaria ofensiva, terminando en la victoria. Hacia este objetivo deben dirigirse todos nuestros esfuerzos.

Pero, ¿y si, tras la crisis, la situación económica mundial mejora? ¿Significa esto que la lucha revolucionaria se habrá detenido por tiempo indefinido?

De todo mi informe, camaradas, se desprende que una nueva recuperación, que no puede ser ni larga ni grave, no determinará en absoluto una pausa en el desarrollo de la revolución. La reactivación industrial de 1849-51 fue un golpe para la revolución sólo porque la revolución de 1848 había ampliado el marco del desarrollo capitalista. En cuanto a los acontecimientos de 1914-1921, no sólo no ampliaron el mercado mundial, sino que, por el contrario, lo redujeron enormemente, de modo que la curva del desarrollo capitalista marcará, en este tiempo, más bien una tendencia a la baja. Bajo estas condiciones, una recuperación temporal sólo puede reforzar la conciencia de clase de los obreros, fortalecer sus filas no sólo en las fábricas, sino también en el campo de batalla, y dar un impulso no sólo a su contraofensiva económica, sino también a su lucha revolucionaria por la conquista del poder.

La situación es cada vez más favorable para nosotros, pero también más compleja. No conseguiremos la victoria automáticamente. El terreno está minado bajo los pies de nuestro enemigo, pero éste es fuerte, ve bien nuestros flancos débiles, sabe maniobrar mediante un cálculo frío. Nosotros, toda la Internacional Comunista, debemos aprender mucho de la experiencia de nuestras luchas de los últimos tres años, especialmente de las experiencias de nuestros errores y fracasos. Una guerra civil requiere una ciencia de la maniobra política, táctica y estratégica, requiere un conocimiento de las condiciones de cada situación, de los lados débiles y fuertes del enemigo; requiere la unión del entusiasmo con el cálculo a sangre fría; requiere el conocimiento no sólo de cómo marchar hacia adelante, sino también de cómo retirarse temporalmente para ahorrar fuerzas con el fin de dar un golpe más seguro al enemigo más tarde.

Repito: la situación mundial y las perspectivas de futuro son profundamente revolucionarias. Estas son las premisas necesarias para nuestra victoria. Pero sólo nuestra hábil táctica y nuestra poderosa organización pueden ofrecernos una garantía total. Elevar la Internacional Comunista a un nivel superior, hacerla más poderosa tácticamente, es la tarea esencial del III Congreso de la Internacional Comunista.

Anexo: La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921⁴

En nuestros manifiestos del primer y segundo congresos caracterizamos la situación económica sin entrar, sin embargo, en su examen y análisis detallado. Desde entonces se han producido determinados cambios en las relaciones de fuerzas, cambios que no se pueden negar. La cuestión radica solamente en saber si estamos ante un cambio radical o de carácter superficial. Es necesario constatar que la burguesía se siente ahora, si no más fuerte que hace un año, al menos más fuerte que en 1919. Es suficiente con recorrer la prensa capitalista más influyente durante los últimos meses de este año para aportar una serie de elocuentes extractos que muestran hasta qué punto ha disminuido su pánico ante el peligro universal del comunismo, aunque la misma burguesía reconozca que los comunistas han cambiado, de pequeños grupos aliados que eran, a un gran movimiento de masas. Pero se puede extraer una caracterización de otra fuente. Tomemos por ejemplo la resolución del Partido Comunista de Polonia, adoptada por éste en la última primavera, durante las elecciones a la Dieta. La modificación de la correlación de fuerzas políticas encuentra su expresión en el hecho que en todas partes los socialdemócratas y los independientes han salido de los gobiernos. En Alemania, entraron en el gobierno primero que todo bajo la presión exterior. No menos significativa es la buena vecindad de la Internacional de Ámsterdam y las internacionales políticas 2 y 2 ½, matrimonio a tres que sin embargo no ofende nada a estas tres bellezas.

El movimiento revolucionario mundial

Los años de posguerra están marcados por un inaudito ascenso del movimiento revolucionario. En marzo de 1917, se producía el derrocamiento del zarismo en Rusia; en mayo de 1917 se desarrolla en Inglaterra un movimiento huelguístico; en noviembre del mismo año, el proletariado ruso se apodera del poder gubernamental. No disimularé que en esa época la toma del poder en los otros países de Europa nos parecía mucho más cercana de lo que lo era en realidad. En noviembre de 1918 se producía el derrocamiento de las monarquías alemana y austrohúngara. El movimiento huelguístico abarcó a toda una serie de países de Occidente. En marzo de 1919, se proclamaba en Hungría la República Soviética. Desde fines de 1919 los Estados Unidos se veían conmocionados por las tempestuosas huelgas de los metalúrgicos, mineros y ferroviarios. Francia llegó al apogeo de su tensión política interna en mayo de 1920. En Italia se desarrolla en septiembre un movimiento del proletariado que ocupa las fábricas. El proletariado checo recorre a la huelga general política en diciembre de 1920. En marzo de 1921 se levantan los obreros de Alemania central y los mineros ingleses comienzan su gigantesca huelga.

El año transcurrido también se ha visto marcado por las derrotas de la clase obrera. En agosto de 1920 termina desafortunadamente la ofensiva del Ejército Rojo sobre Varsovia. En septiembre de 1920 el movimiento del proletariado italiano quedó sin resultados. Si M. Turati declara que ese movimiento ha fracasado porque los obreros italianos no estaban maduros para apoderarse de la industria y dirigirla, nos vemos

⁴ El texto viene precedido por esta explicación: “Este artículo recoge un discurso pronunciado en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista, en cualquier caso, fue publicado como tal en julio de 1921 en *Le Bulletin Communiste*, pero el texto publicado en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* no se corresponde con él (ver más arriba nota 2 a pie de página).

obligados a constatar con desagrado que el movimiento italiano todavía no se ha desembarazado de M. Turati y de los turatistas. La insurrección de los obreros alemanes también termina sin éxito inmediato en marzo de 1921.

Todo ello lleva a M. Otto Bauer a la conclusión que los comunistas han quebrado pues, según él, habían apostado contra la Segunda Internacional que la revolución se produciría, si no en 1918, al menos sí en 1919. La fijación de esta fecha incluso contendría, según él, el sentido del comunismo, diferenciándolo de las tendencias reformistas y oportunistas.

No obstante, la cuestión que se le plantea a la Internacional Comunista y a toda la clase obrera es saber en qué medida las relaciones políticas nuevas entre la burguesía y el proletariado se corresponden con la realidad de la correlación de fuerzas. ¿Existen razones válidas creíbles sobre que las sacudidas políticas y luchas de las clases cederán el lugar a una época prolongada de restauración y crecimiento del capitalismo? ¿No se deduce de ello la necesidad de revisar el programa y táctica de la Internacional Comunista?

La situación mundial

Pasando al examen y análisis de la situación económica, querría señalar que ésta es una tarea extremadamente compleja y difícil pues la misma estadística que debe ser la base de un semejante análisis lleva los trazos del caos económico que reina actualmente. A pesar de todo, las cifras que poseemos deben servir para hacernos una determinada idea de la situación económica general.

En la agricultura, si se compara la cosecha de 1920 con la media de los cinco años precedentes a la guerra se ve que no es inferior. Pero si se toma solamente a Europa, la cosecha de 1920 es inferior en 120 millones de quintales, Estados Unidos, por el contrario, arroja un excedente que equilibra el déficit europeo.

Otro tanto puede decirse del conjunto de la ganadería. Si se considera que la población de Europa ha aumentado en 80 millones en relación con la de preguerra, a pesar de las colosales pérdidas del período de guerra, y que los stocks de trigo han disminuido en 120 millones de quintales, puede verse cómo se dibuja, con evidentes contornos, el hecho del empobrecimiento de la humanidad en relación con el período precedente.

Si se tiene en cuenta la minería el cuadro es el mismo, pero aún más claro. La extracción de carbón en 1920 arroja solamente el 75% de la efectuada en 1913. El déficit es del 18% en Europa mientras que Estados Unidos aumenta sus extracciones en un 13%. El hierro y el resto de las principales ramas de la industria dibujan un cuadro análogo.

Si examinamos la situación económica ya no del mundo entero en su conjunto, sino de tal o tal otro país en particular, el empobrecimiento resultante de la guerra sobresale más claramente. La riqueza nacional de todas las potencias beligerantes era durante la guerra de [2.400.000.000 marcos en oro] y su renta nacional anual de 300.000 millones. Según cálculos de economistas autorizados, la guerra ha destruido al menos la mitad de toda la riqueza nacional de esos estados. Si se considera que la guerra no pudo afectar más que alrededor de un tercio de las rentas nacionales anuales, constatamos el hecho que la riqueza nacional de los países beligerantes había disminuido en 1919 en un tercio al menos y debía ser evaluada, por tanto, en 1.800.000 millones de marcos oro como máximo. Por el contrario, se constata una inflación extraordinaria de papel moneda. De 28.000 millones de marcos en la anteguerra ha ascendido a 300.000 millones, es decir se ha más que decuplicado. Esta última circunstancia expresa la realidad de que la renta nacional haya disminuido en una proporción menor no obstante lo hecho por la riqueza nacional. A consecuencia de la exasperación hasta entonces inaudita de los antagonismos internos de la sociedad capitalista, ese proceso ha tomado la apariencia externa de un

enriquecimiento. El estado ha emitido deuda tras deuda inundando el mercado de papel moneda destinado a cubrir las pérdidas materiales que son demasiado reales.

Durante ese tiempo, las instalaciones mecánicas se han usado sin renovarse. El capital ficticio ha aumentado en la misma medida en la que se destruía el equipamiento material. El sistema de crédito devenía un medio para movilizar la riqueza nacional en vistas a la guerra.

Lo que mejor caracteriza a ese proceso de empobrecimiento es la agudeza de la crisis de la vivienda en todos los países participantes en la guerra. La construcción es una de las ramas más importantes de la economía nacional y ha sido totalmente abandonada.

Este empobrecimiento de la humanidad está desigualmente repartido según los países. Por una parte, está Rusia, en el polo opuesto está Estados Unidos. Pero hay que hablar de la parte de Rusia como tramo no capitalista. Por ello el primer lugar en nuestra revista estará ocupado por Alemania.

La situación económica de Alemania se caracteriza con bastante relieve gracias a las cifras de Richard Calver, en su libro sobre la quiebra del gobierno. Si el valor de las riquezas materiales producidas en Alemania en 1917 se evaluaba en 11,3 millones de unidad de trabajo, ahora sólo vale 5,8 millones, es decir el 42% de antes de la guerra. En el dominio de la agricultura, la cosecha de preguerra (15 millones de toneladas) quedó reducida en 1919 a 6,6 y en 1920 a 5,2. En el dominio de la ganadería, Calver constata también un empeoramiento de la mitad. La deuda nacional de Alemania ha alcanzado 250.000 millones de marcos oro. La cantidad de papel moneda ha aumentado en más de 16 veces y el valor real del marco no supera los 7 pfenning de anteguerra. La riqueza nacional, estimada para la preguerra en 225 millones de marcos oro, hoy en día ha quedado reducida a 100. La renta nacional está estimada en 16.000 en lugar de 40.000 millones, o sea un empobrecimiento del 60%. Alemania, declara Calver, es hoy en día más pobre que hacia 1895, al principio de la época del “Sturm und Drang” del capitalismo.

La obligación de las llamadas reparaciones, que no son otra cosa más una contribución disfrazada, le cuesta a Alemania 2.000 millones de marcos oro cada año. Por ello no hay nada de sorprendente en que Calver constate la completa imposibilidad de ese país para restablecer la relación normal entre el marco oro y las finanzas gubernamentales, y califica la situación de Alemania como de bancarrota general del estado. En estos últimos tiempos, se habla y escribe mucho en Alemania sobre la bancarrota nacional desde el punto de vista económico, político, filosófico, moral, etc. Con moral o sin moral, esos señores no se salvarán de la bancarrota.

Es infinitamente más difícil hablar de Francia. Allí las cifras son las más ocultas y mentirosas, si por azar se dan. La renta nacional de Francia se estima de la forma siguiente. La cantidad de ganado ha disminuido alrededor de 5 millones de cabezas, la del trigo en 24 millones de quintales, la del carbón en 16 millones de toneladas, y teniendo en cuenta a Alsacia-Lorena y el Sarre, de 6 millones. La producción de acero ha disminuido más de la mitad. Muy característico es el balance comercial de Francia. En 1919 y 1920 se saldó con un pasivo de 37.000 millones de francos. Es cierto que este balance ha mejorado en el primer trimestre de 1921. Las importaciones y exportaciones se han equilibrado, pero, como testimonia *Le Temps*, ha sido únicamente gracias a un aumento de las exportaciones de productos manufacturados. De 1913 a 1921 la deuda nacional se ha decuplicado. La cantidad de papel moneda ha aumentado 7 veces. El déficit normal, sin contar los gastos denominados de restauración (sobre los que las posibilidades de pago por parte de Alemania ya conocemos) se ha elevado a 5.000 millones y medio de francos. No hay nada de sorprendente en que M. Chéron diga, por una parte, que Francia se ha convertido en una enorme máquina burocrática, incapaz de ningún trabajo y, por

otra parte, que el único medio de canalizar la inundación de papel es la bancarrota declarada. Francia es, simplemente, el estado más parásito de Europa y del mundo. Sólo se mantiene gracias al pillaje de Alemania y las colonias. En ese pillaje, Alemania pierde el doble de lo que retira Francia. Tal es la situación de Francia que juega hoy en día, y sin contestación, el primer papel en Europa.

De todos los estados occidentales, Inglaterra es el que se ha visto menos afectado por la guerra. Si su agricultura ha mejorado un poco sólo lo ha hecho provisionalmente gracias a los subsidios extraordinarios del gobierno. La industria minera, clave de bóveda de la riqueza inglesa, ha disminuido en un 20% durante los siete años de la guerra. El mismo fenómeno se puede constatar en las acerías. El primer trimestre de 1921 ya ha dibujado una curva descendente en la extracción de carbón, es inútil extenderse sobre la grandiosa huelga actual. Las exportaciones de carbón, artículo esencial de las relaciones exteriores de Inglaterra, han disminuido en un 75% durante estos siete años. Durante los 5 primeros meses de 1921 solamente han alcanzado una sexta parte de preguerra. De forma general, el comercio exterior se ha reducido en un tercio.

En lo concerniente a la deuda nacional del país ésta ha aumentado más de 11 veces, el presupuesto militar se ha triplicado al mismo tiempo. Por fin, el hecho más característico de Inglaterra es que pierde, si no lo ha hecho ya, su antigua posición internacional dominante, es que la libra esterlina, cuyo solo nombre simbolizaba la dominación de la monea inglesa en el universo, ha perdido toda su aureola en favor del dólar estadounidense, y en relación con él ha caído a principios de este mes en un 24% de su valor real.

Si los tres estados capitalista más importantes antes de la guerra se ven así de arruinados por ésta a su costa, a costa del empobrecimiento de Europa, la industria estadounidense se ha desarrollado, por el contrario, con pujanza. En los Estados Unidos la minería se ha más que decuplicado. Las extracciones de petróleo casi se han doblado. Estados Unidos posee hoy en día el 45% del carbón mundial, el 30% de tonelaje mundial, el 85% de la producción automovilística. Mientras que para el conjunto del globo se tiene un motor por cada 100.000 habitantes en Estados Unidos se tiene uno por cada 12. Si antes de la guerra las exportaciones estadounidenses se componían en un tercio solamente de productos manufacturados, y en 2/3 de productos alimenticios y materias primas, tras la guerra esta proporción se ha visto claramente modificada y los productos manufacturados suponen ahora el 60% de esas exportaciones. De país de exportación agrícola, Estados Unidos ha devenido un país casi monopolista en exportaciones industriales. De 1915 a 1920 las exportaciones han superado a las importaciones en 18 millones de dólares. No carece de interés señalar que Estados Unidos, teniendo el 6% de la población del globo y el 7% de su superficie, posee el 50% del zinc, el 45% del carbón, el 80% del aluminio, del cobre y del algodón, el 66% del petróleo, el 70% del maíz y el 85% de los automóviles. Al mismo tiempo, la deuda de Estados Unidos se eleva a 18.000 millones de dólares y aumenta cada día en 10 millones.

Concentrando la mitad del oro del globo, Estados Unidos continúa sin descanso sacando del resto de países lo que pueda quedar. Ya hemos hablado de la situación internacional del dólar.

Japón ofrece el espectáculo de un progreso semejante. También se ha servido de la guerra para ampliar su mercado mundial, sin embargo, su desarrollo es incomparablemente inferior al de Estados Unidos, y en numerosas ramas de la industria tiene un carácter forzado. No obstante, es necesario hacer notar que en Asia las extracciones de carbón han aumentado durante la guerra en un 36%. Este auge se ha visto acompañado en Japón de una colosal multiplicación del ejército obrero que cuenta ahora con 2.400.000 hombres, de los que alrededor del 12% están organizados en sindicatos.

Quiero continuar haciendo una simple observación concerniente a Rusia, aunque Lenin debe presentar un informe especial sobre ella. Los hombres de estado y los economistas burgueses pueden decir que Rusia tampoco ha mejorado su situación económica durante la guerra. El ministro Hugues, en su carta al demasiado famoso Gompers, declara respecto a la recuperación de las relaciones comerciales con Rusia que esa recuperación no tiene ninguna perspectiva de futuro pues Rusia sólo es un inmenso desierto económico. La desorganización de la industria rusa, dice, no es en absoluto el resultado del bloqueo ni de la desmovilización (que numéricamente ha sido muy inferior a la que precedió a la toma del poder por los bolcheviques). Desafortunadamente no puedo actualmente, en pleno curso de la desmovilización, indicar la cifra exacta de los efectivos que han participado en la guerra civil. Solamente debo decir que los dos motivos que aduce M. Hugues son absolutamente engañosos. Por una parte, en el momento de la mayor tensión, el Ejército Rojo contaba con diversos millones de hombres, de los que alrededor de una cuarta parte eran obreros cualificados, lo que entrañaba, necesariamente, un debilitamiento de la industria. Por otra parte, mis amigos me han suministrado amablemente datos sobre numerosos objetos que jamás habían sido fabricados en Rusia, que se importaban anteriormente de Alemania o Inglaterra. También se incluyen en esos objetos un gran número de accesorios para el trabajo en las minas, en la metalurgia, en la industria textil y la papelera, que serían suficientes para que Rusia poseyese, en un corto plazo de tiempo, la capacidad para desplegar toda su actividad y superar incluso la producción de antes de la guerra. He ahí por qué se puede decir que el bloqueo no ha ejercido ninguna influencia sobre el estado de la industria rusa, he ahí cómo es el desierto que pretendidamente se opone a la recuperación de las relaciones comerciales con ella.

La crisis industrial

Cuando se caracteriza la situación mundial hay que reconocer que el auge y animación que se han hecho notar en la industria desde la primavera de 1919 sólo tienen una apariencia engañosa de prosperidad nacional.

El giro acaecido tras cuatro años de guerra, la desmovilización, el paso de la guerra al estado de paz, con la inevitable crisis que conllevan el caos y el agotamiento resultante de la guerra, parece ser que han dado lugar, después de algunos meses, a un auge industrial. La industria ha asimilado casi enteramente a los obreros desmovilizados, y aunque los salarios marchen en conjunto muy por detrás del alza de los precios de los objetos de consumo, sin embargo también han aumentado, dando lugar a la apariencia de un logrado resultado económico. He ahí las circunstancias favorables que, en 1919 y 1920, han aliviado el período agudo de liquidación de la guerra, determinado por una recuperación de la seguridad de la burguesía y planteado la cuestión del advenimiento de una nueva época de desarrollo capitalista. Ahora bien, el auge de 1919-1920 no era, en absoluto, el principio de una restauración de la economía capitalista sino, por el contrario, la continuación de la aparente prosperidad creada por la guerra. La guerra ha dado a luz un mercado casi ilimitado para las principales ramas de la industria que, además, se han visto defendidas ante cualquier especie de competencia. La fabricación de medios de producción se ha visto reemplazada por la fabricación de instrumentos de destrucción. Si, de esta forma, la animación de la Bolsa, el alza de los precios, el éxito extraordinario de la especulación, dieron la impresión de una situación favorable en 1919-1920, el estado real de la industria ha sufrido, por el contrario, el carácter ilusorio de esa prosperidad.

En toda la Europa oriental, occidental y suroccidental, asistimos a la caída de la industria. En Francia, la vida continúa gracias al pillaje de Alemania. En Francia reina el marasmo. En todas partes de Europa hemos de constatar la ausencia de condiciones favorables para la producción, y en Estados Unidos su presencia solamente es parcial. El

alza de los precios, el crecimiento de los beneficios, una furiosa especulación, la caída del cambio europeo en relación con el dólar, todos esos signos, característicos de la especulación, son visibles en Alemania más que en cualquier otro lugar. Esta situación favorable no es otra cosa más que una venta en rebajas. Los restos de la riqueza nacional se exportan al extranjero a precios ínfimos. La consecuencia de esta pretendida prosperidad económica ha sido una inundación de papel moneada y el pase del centro de gravedad económica a los Estados Unidos. Pero en el dominio de la política la consecuencia ha sido la salvación provisional de los estados capitalistas.

No obstante, ¿esto no lleva al advenimiento de una nueva época del capitalismo? Esto es lo que parecen pensar algunos camaradas que se refieren a citas de Marx y Engels que hablan de la Revolución de 1848 como de una consecuencia de la crisis de 1847, y de la reacción de los años siguientes como de una consecuencia del auge económico capitalista de 1850-1851. Esta interpretación sólo se puede explicar gracias a un malentendido. El desarrollo de la economía capitalista no se reduce a una serie de crisis y auges, de flujos y reflujos de la actividad industrial. Esta cadencia sólo es un fenómeno accesorio del proceso económico. Su esencia es la marcha de la curva. Estos accidentes se pueden producir también muy bien en casos de estagnaciones, caídas o progresos. Si la media de esas fluctuaciones arroja como resultado una curva ascendente, tenemos que vérnoslas en realidad con un progreso industrial continuo, y entonces el análisis del desarrollo industrial en el último medio siglo nos suministra una curva ascendente antes de la guerra y una curva descendente desde la guerra, sean cuales puedan ser las alternativas de crisis y prosperidad, las desviaciones provisionales en tal o tal otro sentido, en el primer o en el segundo período.

He ahí por qué la época actual no debe ser vista en absoluto como un desarrollo orgánico del capitalismo. La crisis creciente ha comenzado, precisamente, en los países en los que la industria parecía más floreciente. Japón y Estados Unidos han sido los primeros en verse sometidos a esta crisis. La caída de la capacidad de compra de Europa, su endeudamiento completo ante Estados Unidos, fueron la primera causa exterior de esta crisis; el desarrollo artificial de Japón no ha podido durar mucho tiempo. El mercado mundial se ha mostrado completamente desorganizado.

Pero puede surgir un interrogante: ¿esta crisis no se verá reemplazada por una nueva época de prosperidad industrial? ¿No asistiremos a una renovación orgánica? ¿No ocurrirá que, al mismo tiempo, la revolución se verá retrasada durante largos años?

Esta ligazón entre los períodos de auge y de caída y la revolución no debe considerarse. Recordemos a Rusia tras 1905. La derrota de la primera revolución coincidió con los años de crisis industrial mientras que, por el contrario, los años 1908 a 1912 estuvieron marcados a la vez por un auge industrial y por un progreso del movimiento obrero que tomó la forma de grandes manifestaciones callejeras en vísperas incluso de la guerra mundial.

Se me dirá entonces: ¿está permitido considerar como imposible una restauración del equilibrio capitalista? Teóricamente hablando la cosa es posible. La situación actual no se ha modificado en nada desde el primer y segundo congresos. Si en esa época teníamos un objetivo inmediato y una ruta que llevaba rectamente a él, ahora, tras haber recorrido una parte, comenzamos a ver que esa ruta o bien sube o bien baja, sin jamás abandonar la dirección precedentemente determinada por nosotros. No se trata de lo que se pueda afirmar teóricamente. Se trata de considerar las condiciones reales que hacen efectivamente imposible la restauración del equilibrio capitalista en el globo terrestre.

A los oportunistas les gusta referirse a la restauración automática del desarrollo capitalista, y el hecho es muy característico de esa gente. Se diría que se trata no de dos clases en lucha sino de un proceso mecánico que se cumple al margen de la voluntad de

las masas, al margen de cualquier dependencia de la relación política entre esas clases. Ese menosprecio de los oportunistas hacia la voluntad de las masas es extremadamente significativo para la táctica que llevan adelante y que predicán. Es confesar que no se dan cuenta, en absoluto, de la colosal exasperación de los antagonismos sociales que se produce junto a la crisis industrial. Mientras que la producción de las riquezas materiales ha crecido, la diferenciación y la lucha de clases han progresado a pasos agigantados. Progresan tan rápidamente que tenemos ante nosotros no a una clase obrera única, sino a todo un conjunto de diversas categorías de obreros. Al lado de quienes han sido educados políticamente en las tradiciones del movimiento obrero tenemos a la enorme capa de los obreros llamados a la vida por la guerra, entre ellos a un enorme número de mujeres que han entrado hace muy poco a la carrera de la lucha de clases. Al lado de las capas obreras que muestran a veces una excesiva prudencia tenemos a capas apasionadas con el ideal revolucionario y la sed de combate, pero ignorantes de las consecuencias.

Por otra parte, la situación se ha modificado profundamente en el seno de la burguesía, mientras que en la primera línea de la lucha política en los estados burgueses vemos a la burguesía sindicada, la pequeña burguesía no sindicada y empobrecida, relativa y absolutamente, se degrada socialmente y entra en oposición declarada a la burguesía sindicada. No obstante, no tenemos ninguna intención de ponernos, como los reformistas y los independientes, a la cabeza de esa burguesía, pero hay que constatar que, a medida que el proletariado consolida sus fuerzas, las capas burguesas en cuestión, si no se ven arrastradas por el proletariado en el momento de la lucha decisiva al menos serán neutralizadas. Esta variedad concierne a capas importantes de los países medianos, que son las que supuestamente se han enriquecido con el aflujo del papel moneda y que, en realidad, han sido las primeras víctimas de la caída de la gran industria.

Las esperanzas de restauración del equilibrio internacional están en pleno acuerdo con esta esperanza de restauración del equilibrio social. Si el objetivo inmediato de la guerra imperialista ha sido reemplazar a un gran número de estados nacionales por un solo estado universal, hay que decir que los autores de la guerra han fallado en gran medida en su objetivo. La guerra ha llevado, precisamente, al resultado contrario. En Europa se han constituido una serie de pequeños estados. Prueba de que los gigantes imperialistas han sido incapaces de repartirse entre ellos la influencia mundial. De ahí una serie de crisis políticas internacionales incesantes. Francia juega el papel de estado director en Europa chocando a cada paso con la política inglesa, cuyos intereses defieren cada vez más de los suyos, sobre todo en relación con Alemania. Pero si está permitido hablar en alguna parte de automatismo es exclusivamente en las relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos. Hoy en día dos obreros estadounidenses producen tanto como puedan producir cinco obreros ingleses. Hoy en día, el 45% de todo el carbón del mundo está en manos de Estados Unidos, así como más de un tercio del petróleo. La situación de este último es menos simple. Otra cosa es el petróleo en su previsión geológica y en su existencia real. Los economistas estadounidenses hacen ya sonar la alarma porque en diez años Estados Unidos se verá sin petróleo y todos sus transportes automóviles, que superan en seis veces al resto del globo, tendrán que pararse. Añadamos a ello las deudas de Europa con Estados Unidos, las tendencias coronadas con éxito de esta última para concentrar en sus manos todos los cables telegráficos del globo, el crecimiento extraordinariamente rápido de su tonelaje, que alcanza ya el 30% del tonelaje mundial. Se comprenderá entonces no solamente la alianza política de Inglaterra y Japón sino, además, todas las consecuencias de esta alianza. En 1924, la flota estadounidense tendrá más tonelaje que las flotas inglesa y japonesa juntas. Pero como Gran Bretaña domina en los mares y el dueño de los mares es el dueño del mundo, no hay que ser profeta para prever que vamos derechos hacia un conflicto armado entre Inglaterra y

Estados Unidos. Estamos en una de esas ocasiones raras en las que este conflicto puede datarse con la máxima exactitud. Inglaterra sólo tiene una alternativa: o bien renunciar para siempre a su primacía mundial, o bien jugarse en una guerra todo su destino, toda su riqueza nacional.

Por otra parte, los ejércitos europeos aumentaron en alrededor un 30% relativamente respecto a la época de anteguerra. El hecho se explica gracias a la colosal parcelación nacional, gracias a la necesidad en cada nuevo tramo de mantener sus aduanas, sus guardias fronterizas, sus gendarmes, sus fuerzas militares. Podemos constatar con certeza que la caracterización hecha en el primer y segundo congresos de la situación mundial se mantiene enteramente exacta. No ha sobrevenido ninguna especie de equilibrio social, no se ha logrado ninguna especie de equilibrio en la política internacional del capitalismo. Hoy en día, el proletariado mundial está, como lo estaba entonces, en vísperas de un antagonismo social creciente, por una parte, y de un conflicto imperialista inminente por otra.

El papel del partido comunista

La caída de las fuerzas productivas de Europa, el progreso del movimiento obrero en Oriente, la exasperación de los antagonismos sociales en Estados Unidos, la consolidación más grande de la clase obrera, la experiencia cada vez más rica que ésta acumula en su lucha de clases, todo ello nos indica la rectitud de la posición de principios tomada por nosotros y la justeza de nuestra táctica y de nuestro método de combate. Solamente tenemos que analizar cuidadosamente las cuestiones tácticas, a fin de adaptarnos a las condiciones y exigencias diversas de cada país particular. Este es el centro de gravedad de nuestro congreso. Nuestro objetivo esencial consiste en formar partidos de acción en la Internacional Comunista. La Internacional debe estar a la cabeza de las masas en lucha, formular de forma clara y distinguir las consignas de combate, desenmascarar constantemente las consignas de conciliación y transaccionales de la socialdemocracia. Debe practicar ampliamente la estrategia de la lucha de clases, aprender a maniobrar con las diversas capas de la clase obrera a fin de enriquecerlas a todas ellas con nuevos métodos de lucha, a fin de constituir con ellas, para el momento del enfrentamiento con las fuerzas adversas, un ejército inquebrantable. El partido comunista debe utilizar cada respiro, sacar de los precedentes combates todas las lecciones posibles, para profundizar y ampliar los antagonismos sociales, para coordinarlos a escala nacional o internacional con un objetivo y acción únicos, para triunfar, así, sobre todos los obstáculos en la ruta de la dictadura y de la revolución social.

Una escuela de estrategia revolucionaria

Agosto de 1921

Las premisas materiales de la revolución

Camaradas, la teoría del marxismo ha determinado las condiciones y leyes de la evolución histórica... En lo que atañe a las revoluciones, la teoría de Marx, escrita por la pluma misma de Marx, en el prefacio de su obra, *Contribución a la crítica de la economía política*, establece *a priori* la siguiente conclusión:

“Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen relaciones de producción nuevas y superiores antes de que hayan madurado, en el seno de la propia sociedad antigua las condiciones materiales de su existencia.”⁵

Esta verdad fundamental para la política revolucionaria conserva hoy, para nosotros, su indudable valor directriz. Sin embargo, más de una vez se ha comprendido al marxismo de un modo mecánico y simplista, falso, por lo tanto. Además, se pueden sacar falsas conclusiones de la proposición arriba citada. Marx dice que un régimen social debe desaparecer cuando las fuerzas de producción (la técnica, el poder del hombre sobre las fuerzas naturales) no pueden ya desenvolverse en los límites de ese régimen. Desde el punto de vista del marxismo la sociedad histórica, tomada como tal, constituye una organización colectiva de los hombres que tienen como fin el acrecentamiento de su poder sobre el de la naturaleza. Este fin, naturalmente, no se les ha impuesto a los hombres, sino que son ellos mismos los que, en el curso de su evolución, luchan por alcanzarlo, adaptándose a las condiciones objetivas del medio y aumentando cada día su poder sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. Siguiendo la proposición, vemos que las condiciones necesarias para una revolución (para una revolución social, profunda, y no para golpes de estado, por sangrientos que sean), revolución que remplace a un régimen económico por otro, nacen solamente a partir del momento en que el régimen social antiguo comienza a trabar el progreso de las fuerzas de producción. Esta proposición no significa sólo que el antiguo régimen resbalará infaliblemente y por su propio impulso, cuando se haya hecho reaccionario, desde el punto de vista económico, es decir a partir del momento en que empieza a trabar el desarrollo de la potencia técnica del hombre. De ninguna manera, pues si las fuerzas de producción constituyen la potencia motriz de la evolución histórica, esta evolución, sin embargo, no se produce fuera de los hombres, sino por medio de los hombres. Las fuerzas productivas, el poder del hombre social sobre la naturaleza, se acumulan independientemente de la voluntad de cada hombre por separado, y depende sólo en parte de la voluntad general de los hombres de hoy, pues la técnica representa un capital ya acumulado que nos ha sido legado por el pasado, y que, si nos coloca en situación avanzada, en cierta manera también nos retiene. No obstante, cuando estas fuerzas de producción, esta técnica comienza a sentirse estrechas en los límites de un régimen de esclavitud, de servidumbre, o, bien, de un régimen burgués, y cuando un cambio de formas sociales se hace necesario para la ulterior evolución del poder humano, entonces se produce la evolución, no por sí misma, como una salida o puesta de sol, sino gracias a la acción humana, gracias a la lucha conjunta de los hombres reunidos en clases.

La clase social que dirigía la antigua sociedad, convertida en reaccionaria, debe ser remplazada por una clase social nueva que aporta el plan de un régimen social nuevo correspondiente a las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas y que está

⁵ Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS), página 7 del formato pdf.

presto a realizar ese plan. Pero no siempre ocurre que aparezca una clase nueva, lo suficientemente consciente, organizada y poderosa, para destronar a los antiguos dueños de la vida y para abrir camino a las nuevas relaciones sociales, en el preciso momento en que el antiguo régimen social reacciona. No ocurre siempre así. Por el contrario, más de una vez ocurrió en la historia que una vieja sociedad se agotara (por ejemplo, el régimen de esclavitud romano y, anteriormente, las civilizaciones de Asia, en las cuales la esclavitud impedía el progreso de las fuerzas productoras), pero en esta sociedad ya desaparecida no existía una clase suficientemente fuerte para anular a los directores y establecer un nuevo régimen, el de servidumbre, que constituía un paso hacia adelante en relación con el antiguo régimen. A su vez, en la servidumbre, no se dispone siempre, en el momento preciso, de la clase nueva (burguesía), dispuesta a abatir el feudalismo y abrir vía franca a la evolución histórica. Más de una vez se ha visto en la historia que cierta sociedad, nación, pueblo, tribu o varios pueblos o naciones que vivían en condiciones históricas análogas, se encuentran ante la imposibilidad de progreso ulterior, en los límites de un régimen económico determinado (de esclavitud o de servidumbre). No obstante, como todavía no existía una nueva clase que hubiera podido dirigirles sobre nuevas vías, esos pueblos, esas naciones, se descomponen; una civilización, un estado, una sociedad, han dejado de existir. Así resulta que la humanidad no ha marchado de abajo a arriba, siguiendo una línea siempre ascendente. No. Ha conocido largos períodos de estancamiento y de recaída en la barbarie. Las sociedades se han educado, alcanzando cierto nivel, pero no han podido sostenerse en las alturas... La humanidad no conserva su puesto; su equilibrio, a causa de las luchas de las clases y de las naciones, es inestable. Si una sociedad no sube, cae, y si no hay clase que pueda educarla, se descompone y cae en la barbarie.

A, fin de comprender este problema tan extremadamente complejo, no bastan, camaradas, las abstractas consideraciones que ante vosotros expuse. Es preciso que los jóvenes camaradas, poco al corriente de estas cuestiones, estudien obras históricas para familiarizarse con la historia de diferentes países y pueblos, en particular con la historia económica. Sólo entonces podrán representarse de manera clara y completa el mecanismo interior de la sociedad. Hay que comprender este mecanismo para aplicar con exactitud la teoría marxista a la táctica. Es decir, a la práctica de la lucha de clases.

Los problemas de la táctica revolucionaria

Cuando se trata de la victoria del proletariado, algunos camaradas se representan la cosa del modo más sencillo. En este momento tenemos en el mundo entero tal situación que podemos decir (marxistamente) con absoluta certeza: el régimen burgués espera el fin de su desarrollo. Las fuerzas de producción no pueden progresar en los límites de la sociedad burguesa. Efectivamente, lo que hemos visto en el curso de los diez años últimos es la ruina, la descomposición de la base económica de la humanidad capitalista y una destrucción mecánica de riquezas acumuladas. Actualmente estamos, en plena crisis, crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo, y que no es una simple crisis llegada a su hora ‘normal’ e inevitable en el proceso del progreso de las fuerzas productoras del régimen capitalista; esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa. Acaso concurren todavía ciertos altibajos; pero, en general, como expuse a los camaradas en la misma sala hace mes y medio⁶, la curva del desarrollo económico tiende, a través de todas sus oscilaciones, hacia abajo, y no hacia arriba. Sin embargo, ¿quiere esto decir que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo. La burguesía es una clase viva que ha retoñado sobre determinadas bases económico-productivas. Esta clase no es un producto pasivo del desarrollo económico, sino una fuerza histórica, activa y enérgica. Esta clase ha sobrevivido, o sea que se ha hecho el más terrible freno de la evolución histórica. Lo cual no quiere decir que esta clase esté dispuesta a cometer un suicidio histórico ni que se disponga a decir: “Habiendo reconocido la teoría científica de la evolución que yo soy reaccionaria, abandono la escena.” Evidentemente, ¡esto es imposible! Por otra parte, no es suficiente que el partido comunista reconozca a la clase burguesa como condenada y casi suprimida para considerar segura la victoria del proletariado. No. ¡Todavía hay que vencer y tirar abajo la burguesía!

Si hubiera sido posible continuar desarrollando las fuerzas productivas en los marcos de la sociedad burguesa, la revolución no hubiera podido hacerse. Mas, siendo imposible el progreso ulterior de las fuerzas de producción en el límite de la sociedad burguesa, se realizó la condición fundamental de la revolución. Sin embargo, la revolución significa ya, por sí misma, una lucha viva de las clases. La burguesía al contrario de las necesidades de la evolución histórica aún es la clase social más poderosa. Más aún: puede decirse, desde el punto de vista político, que la burguesía espera el máximo de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación. Es decir, el máximo del desarrollo de su estrategia de clase en el mismo instante en que más amenazada está de su pérdida social. La guerra y sus terribles consecuencias (y la guerra era inevitable, porque las fuerzas productivas no cabían en el marco burgués) han descubierto ante la burguesía el amenazador peligro de su hundimiento. Tal hecho ha agudizado hasta lo infinito el instinto de conservación de clase. Cuanto más grande es el peligro más una clase (como cualquier individuo) tiende con todas sus fuerzas a la lucha por instinto de conservación. No olvidemos que la burguesía se encuentra frente a un peligro mortal, después de haber adquirido la mayor experiencia política. La burguesía creó y destruyó toda suerte de regímenes. Se desenvolvía en la época del más puro absolutismo, de la monarquía

⁶ Sin duda, se refiere al análisis de la situación mundial, *Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista* y *La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921*. Ver más arriba en esta misma obra y en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

constitucional, de la monarquía parlamentaria, de la república democrática, de la dictadura bonapartista, del estado ligado a la iglesia católica, del estado ligado a la Reforma, del estado separado de la iglesia, del estado persecutor de la iglesia, etc. Toda esta experiencia, de lo más rica y variada, que penetró en la sangre y en la médula de los medios dirigentes de la burguesía, le sirve hoy para conservar a todo precio su poder. Y se mueve con tanta mayor inteligencia, finura y crueldad cuanto mayores peligros reconocen sus dirigentes.

Si analizamos superficialmente este hecho encontraremos una contradicción: hemos juzgado a la burguesía desde el punto de vista del marxismo; es decir, hemos reconocido, por medio de un análisis científico del proceso histórico, que se había sobrevivido a sí misma, haciendo demostración de una vitalidad colosal. En realidad, aquí no hay contradicción. Esto es lo que en el marxismo se llama dialéctica. El hecho está en los lados distintos del proceso histórico: la economía, la política, el estado, el restablecimiento de la clase obrera no se desenvuelven simultánea ni paralelamente. La clase obrera no progresa en absoluto paralela al crecimiento de las fuerzas de producción, y la burguesía no decae a medida que el proletariado crece y se afianza. No. La marcha de la historia es otra. Las fuerzas de producción se desarrollan por etapas: a veces avanzan mucho, a veces retroceden. La burguesía, a su vez también se desarrolla a saltos; la clase obrera, lo mismo. Desde el momento en que las fuerzas productivas del capitalismo tropiezan contra un muro, no pueden avanzar; vemos a la burguesía reunir en sus manos al ejército, policía, ciencia, escuela, iglesia, parlamento, prensa, etc.; tirar sobre los renegados y decirle, con el pensamiento, a la clase obrera: “Sí. Mi situación es peligrosa. Veo que a mis pies se abre un abismo. Pero veremos quien cae primero en él. ¡Acaso, antes de morir yo, pueda arrojarte al precipicio, clase obrera!” ¿Qué significa esto? Sencillamente la destrucción de la civilización europea en su conjunto. Si la burguesía, condenada a muerte desde el punto de vista histórico, encuentra en sí misma suficiente fuerza, energía, poder, para vencer a la clase obrera en el terrible combate que se aproxima, esto significa que Europa está en el umbral de una descomposición económica y cultural, como ya ha ocurrido en varios países, naciones y civilizaciones. Dicho de otro modo, la historia nos lleva al momento en que una civilización proletaria se hace indispensable para la salud de Europa y del mundo. La historia nos suministra una premisa fundamental sobre el éxito de esta revolución, en el sentido que nuestra sociedad no puede desarrollar sus fuerzas productivas apoyándose en una base burguesa.

Pero la historia no se encarga de resolver este problema en lugar de la clase obrera, de los políticos de la clase obrera, de los comunistas. No. Ella parece decir a la vanguardia obrera (representémonos por un instante la historia bajo la forma de una persona erguida ante nosotros) y a la clase obrera. “Es preciso que sepas que perecerás bajo las ruinas de la civilización si no derribas a la burguesía. ¡Ensayá, resuelve el problema!” He aquí el presente estado de las cosas.

Vemos en Europa, después de la guerra, cómo ensaya encontrar la clase obrera, casi inconscientemente, una solución al problema que le ofrece la historia. Y la conclusión práctica (a la cual deben llegar todos los elementos pensadores de la clase obrera en el curso de estos tres años después de la guerra) es la siguiente: no es tan fácil abatir a la burguesía, aunque aparezca condenada por la historia.

El período que Europa y el mundo entero atraviesan en este momento, por un lado, es el de la descomposición de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa, mientras que, por otra parte, es el del desarrollo más alto de la estrategia contrarrevolucionaria burguesa. Es necesario comprenderlo claramente. Jamás la estrategia contrarrevolucionaria, es decir el arte de la lucha combinada contra el proletariado, tuvo la ayuda de todos los métodos posibles, desde los sermones dulzones de los curas y de los

profesores hasta el fusilamiento de los huelguistas por las ametralladoras, alcanzó la altura de hoy.

El exsecretario de estado norteamericano, Mr. Lansing, cuenta, en su libro sobre la paz de Versalles, que Mr. Lloyd George ignora la geografía, la economía política, etc. Estamos dispuestos a creerlo. Pero lo que verdaderamente es indudable para nosotros es que el propio Mr. Lloyd George tiene llena la cabeza de las viejas costumbres de engañar y violentar a los trabajadores, empezando desde las más finas y astutas hasta las más sangrientas; que ha sabido recoger toda la experiencia que suministra este informe sobre la antigua historia de Inglaterra y que ha desarrollado y perfeccionado sus medios gracias a la experiencia de estos últimos años de turbaciones. Míster Lloyd George es, en su género, un estratega excelente de la burguesía amenazada por la historia. Y estamos, obligados a reconocer, sin disminuir el valor presente ni mucho menos los méritos futuros del partido comunista inglés (¡tan joven aún!) que el proletariado inglés no posee todavía un estrategia semejante. En Francia, el presidente de la república, Millerand, que perteneció al partido de la clase obrera, así como el jefe del gobierno Briand, que antaño propagó entre los obreros la idea de la huelga general, han puesto, al servicio de los intereses de la burguesía, a título de jefes contrarrevolucionarios distinguidos, la rica experiencia de la burguesía francesa, la misma que ellos atacaron desde el campo proletario. En Italia, en Alemania, vemos con que esmero atrae a su seno la burguesía (para colocarlos a su cabeza) a los hombres y a los grupos que acumularon experiencia sobre la lucha de clases sostenida por la burguesía para su desarrollo, para su riqueza, poder y conservación.

Una escuela de estrategia revolucionaria

La tarea de la clase obrera, tanto en Europa como en el mundo entero, consiste en oponer a la estrategia contrarrevolucionaria burguesa, acentuadísima, su propia estrategia revolucionaria, llevándola al último extremo. A este fin, es preciso darse perfecta cuenta de que no se conseguirá nunca abatir a la burguesía automática, mecánicamente, por la única razón que esté sentenciada por la historia. Sobre el áspero campo de la batalla política vemos, a un lado, la burguesía con todo su poder y facilidades, y al otro, la clase obrera con sus fracciones, sus sentimientos, sus niveles de progreso distintos, y con su partido comunista que lucha con otros partidos y organizadores para lograr la influencia sobre las masas trabajadoras. El partido comunista, que cada día crece más, y mejor, se sitúa a la cabeza de la clase obrera europea, debe maniobrar en la lucha avanzando y retrocediendo, reafirmando su influencia y conquistando nuevas posiciones, hasta que se ofrezca el momento favorable para derrotar a la burguesía. Lo repito: este es un complejo problema de estrategia, como ya dije ampliamente en el congreso anterior. Podemos decir que el Tercer Congreso de la Internacional Comunista fue una alta escuela de estrategia revolucionaria.

El Primer Congreso [de la Internacional Comunista] se celebró después de la guerra, apenas nacido el comunismo como movimiento europeo, cuando se esperaba (con fundamento) que un asalto casi elemental de la clase obrera podría derribar a la burguesía, la cual no había tenido tiempo todavía de encontrar una orientación nueva, ni nuevos puntos de apoyo. Tales pensamientos y esperanzas estaban justificados, en gran parte, por el estado de cosas de entonces, objetivamente juzgadas. La burguesía estaba espantada por los resultados de su propia política de guerra. Ya he hablado en mi informe sobre la situación mundial de todo ello, y no creo necesario repetirlo ahora. De todos modos, es indudable que, en la época del primer congreso (1919) todos esperábamos, los unos más, los otros menos, que un sencillo asalto de las masas trabajadoras y campesinas derribase a la burguesía en un futuro próximo. Y, en efecto, el ataque fue poderoso. El número de las víctimas, grande. Pero la burguesía soportó este primer asalto y gracias a ello, ha podido reafirmarse en su estabilidad de clase.

El Segundo Congreso [de la Internacional Comunista], en 1920, se verificó en un momento crítico: cuando se notaba que la burguesía no se abatiría por medio de un solo ataque de varias semanas, ni en un mes, ni en dos ni en tres; cuando se necesitaba una preparación política y una organización de las más serias. Y al mismo tiempo, la situación era muy difícil. Como recordarán, el Ejército Rojo se aproximaba a Varsovia y podía contarse con que, vista la situación revolucionaria en Alemania, Italia y alrededores, el impulso militar, que si no podía tener significación por sí mismo constituía una fuerza suplementaria, introducido en la lucha de las fuerzas europeas, soltaría la avalancha de la revolución, momentáneamente contenida. Esto no ocurrió.

Después del Segundo Congreso de la Internacional Comunista apareció más claramente la necesidad de aplicar una estrategia revolucionaria más compleja. Vemos a las masas de trabajadores, que después de la guerra han adquirido experiencia más sólida, enderezarse ellas mismas en esa dirección, y a consecuencia de tal orientación, vemos a los partidos comunistas crecer por todas partes. Durante el primer período millones de obreros se lanzaron en Alemania al asalto de la vieja sociedad sin prestar atención apenas a los grupos espartaquistas. ¿Qué significaba aquello? A las masas obreras les parecía, después de la guerra, que para obtener reivindicaciones bastaba ejercer presión, atacar para que mucho, si no todo, cambiara. He ahí por qué millones de obreros creían que era

inútil gastar energía para fundar y organizar un partido comunista. No obstante, en el curso del año 1920, los partidos comunistas en Alemania y Francia, los dos países más importantes del continente europeo, se han transformado de pequeños núcleos que eran en organizaciones que agrupan a centenares de millares de obreros: casi 400.000 en Alemania y de 120 a 130 mil en Francia, lo que, en las condiciones francesas, constituye una cifra muy elevada. Tal circunstancia nos prueba hasta qué punto habían sentido las masas obreras en este período que era imposible vencer sin tener una organización particular, en el seno de la cual analizase la clase obrera su experiencia y sacara conclusiones; en una palabra, sin la dirección de un partido centralizado. En esto consiste la importancia de los resultados adquiridos en el último período: la fundación de los partidos comunistas de masa, a las que es preciso añadir a Checoslovaquia, que cuenta con 350.000 miembros. (Después de la fusión con la organización comunista de la minoría alemana, el partido checoslovaco contará con 400.000, ¡para una población de doce millones!).

Sería erróneo suponer que estos jóvenes partidos comunistas, apenas fundados tengan ya el arte de la estrategia revolucionaria. No. La experiencia táctica del último año lo demuestra bien claro. Y el Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] se encuentra frente a este problema.

Este último congreso, hablando en términos generales, debió pronunciarse sobre dos problemas. El primero consistía, y consiste todavía, en desembarazar a la clase obrera, incluyendo a nuestras propias filas comunistas, de los elementos que *no quieren* la lucha, que tienen miedo y que ocultan, bajo ciertas teorías generales, su deseo de no combatir y su tendencia íntima al acuerdo con la sociedad burguesa. La depuración del movimiento obrero en su conjunto, y con más razón en los elementos comunistas, la expulsión de las tendencias reformistas, centristas y medio centristas, tienen doble carácter: cuando se trata de los centristas conscientes, de los colaboracionistas y de los medio colaboracionistas acabados es necesario echarlos sencillamente de las filas del partido comunista y del movimiento obrero; cuando, sin embargo, tengamos noticia de las tendencias medio centristas mal definidas, debemos ejercer una influencia rectora e influyente para empujar a los elementos indecisos a la lucha revolucionaria. Así pues, la primera tarea de la Internacional Comunista consiste en desembarazar al partido de la clase obrera de los elementos que *no quieren* luchar y que, por lo mismo, paralizan la lucha del proletariado.

Pero todavía hay una tarea más importante: *aprender el arte de luchar*, arte que no cae sobre la clase obrera o sobre el partido comunista como un don de los cielos. No puede aprenderse el arte de la táctica y de la estrategia, el arte de la lucha revolucionaria, más que por la experiencia, por la crítica o la autocrítica. Dijimos en el Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] a los jóvenes comunistas: “Camaradas, no queremos solamente una lucha heroica sino, ante todo, *la victoria*”. Durante los últimos años hemos asistido a numerosos combates heroicos en Europa, en Alemania, sobre todo. En Italia vimos una gran lucha revolucionaria, una guerra civil con sus inevitables víctimas. Verdad es que todo combate no conduce a la victoria. Los fracasos son inevitables. Pero no es preciso que tales fracasos sean la consecuencia de las faltas cometidas por el partido. No obstante, hemos visto más de una forma y más de un medio de combate que no llevan a la victoria ni llevarán nunca, y que están dictados a menudo más por la impaciencia revolucionaria que por la idea política. Por tales hechos, que determinaron la lucha de ideas que tuvo lugar en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, debo explicarme, camaradas. Semejante lucha no ha tenido caracteres de rigor ni de “lucha de fracción”. Por el contrario, hemos respirado una atmósfera muy cordial y seria en el

congreso, y nuestra lucha de ideas lo era enteramente de principios, y al mismo tiempo tenía el aspecto de un cambio de opiniones objetivo.

Nuestro congreso fue un gran soviét político y revolucionario de la clase obrera, y en este soviét nosotros, representantes de distintos países, basándonos en la experiencia adquirida por esos países, hemos verificado y confirmado de manera práctica nuestras tesis sobre la necesidad de desembarazar a la clase obrera de los elementos que no quieren luchar y que son incapaces de nada; por otra parte, expusimos en toda su amplitud y agudeza el siguiente problema: la lucha revolucionaria por el poder tiene sus leyes, sus medios, su táctica y su estrategia; quien ignora este arte jamás conocerá la victoria.

Las tendencias centristas en el socialismo italiano

Los problemas de la lucha contra los elementos centristas y medio centristas aparecen claros en el asunto del Partido Socialista Italiano, puesto a la orden del día. Ya conocen ustedes la historia de tal cuestión. Una lucha interior y una escisión tuvieron lugar en el Partido Socialista Italiano, antes de la guerra imperialista. Así se desembarazó de los peores *patrioteros*. Además, Italia entró en la guerra nueve meses después que los otros países. Este hecho facilitó al Partido Socialista Italiano su política contra la guerra. El partido no se dejó arrastrar por el patriotismo y conservó la actitud crítica con respecto a la guerra y al gobierno. Gracias a lo cual fue posible que participase en la conferencia antimilitarista de Zimmerwald⁷, aun cuando su internacionalismo tuviese un aspecto amorfo. Más tarde, la vanguardia de la clase obrera italiana empujó a los círculos dirigentes del partido más a la izquierda de lo que eran sus deseos, y el partido se ha encontrado en el seno de la Tercera Internacional con un Turati que busca demostrar con sus discursos y sus escritos que la Tercera Internacional no es más que un arma diplomática en manos del poder de los soviets, el cual, bajo pretexto de internacionalismo, lucha por los intereses “nacionales” del pueblo ruso. ¿No resulta monstruoso oír semejante opinión a un (¡no sé cómo le llamo así!) “camarada” de la Tercera Internacional? Hasta qué punto era anormal la entrada del Partido Socialista Italiano, bajo su vieja forma, en la Internacional Comunista. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió en septiembre de 1920. Se llegó a decir que en esa acción el partido “traicionó” a la clase obrera. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió el partido y capituló en otoño del año pasado, durante la huelga general y la ocupación de las fábricas, talleres, etc., por los obreros; si se pregunta qué constituía la traición: si el reformismo mal entendido, la irresolución, ligereza política o cualquier cosa, sería difícil hallar contestación. El Partido Socialista Italiano se encontraba después de la guerra bajo la influencia de la Internacional Comunista, como correspondía al gusto de las masas trabajadoras; pero su organización encontraba principalmente su poder en el centro y en la derecha. A fuerza de hacer la propaganda para la dictadura del proletariado, para el poder de los soviets, para el martillo y la hoz, para la Rusia de los soviets, etc., la clase trabajadora italiana, en su conjunto, toma todas esas palabras en serio y emprende el camino de la lucha abiertamente revolucionaria. En septiembre del año pasado se ocuparon talleres, fábricas, minas y grandes propiedades agrarias. Pero precisamente en este momento, en que debe sacar el partido todas las conclusiones políticas y prácticas de su propaganda, tiene miedo de sus responsabilidades, retrocede, deja al descubierto la retaguardia del proletariado, y las masas obreras caen bajo las hordas fascistas. La clase trabajadora pensó y esperó que el partido que le llamó a la lucha consolidaría el desarrollo de su ataque. Y así debió hacerse. La esperanza del proletariado estaba bien fundada: el poder de la burguesía se desmoralizaba y paralizaba, y no había confianza ni en el ejército ni en la policía. Era, pues, natural (a mi juicio) que la clase obrera pensase que el partido se encontraba en el deber de llevar hasta el fin el combate comenzado. Sin embargo, en el momento más crítico el partido se echó atrás, privando a la clase obrera de sus jefes y de parte de sus fuerzas. Aquí se ve claramente que en la Internacional Comunista no había sitio para semejantes políticos. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha decidido (después de consumada la escisión que tuvo lugar en el partido italiano) que sólo su ala

⁷ Ver nuestra serie [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional](#) y de León Trotsky [Zimmerwald y Kienthal](#), en OELT-EIS.

izquierda comunista representaba una sección de la Internacional Comunista. Por lo mismo, el partido de Serrati, es decir, la fracción dirigente del ex Partido Socialista Italiano, ha sido arrojado de la Internacional Comunista. Desgraciadamente, y ellos se explica por las condiciones particularmente desfavorables, o acaso por errores de nuestra parte; desgraciadamente, repito, el Partido Comunista Italiano ha recibido en sus filas (en el momento de su fundación) menos de 50.000 afiliados, mientras que el partido de Serrati conservaba casi 100.000 miembros, entre los cuales se contaban 14.000 reformistas determinados, formando una fracción organizada (tienen su conferencia en Reggio-Emilia). No es que vayamos a decir que los 100.000 obreros que constituyen el partido socialista sean nuestros adversarios. Si hasta ahora no los tenemos en nuestras filas la falta es de nuestra responsabilidad. Prueba la justicia de tal observación que el Partido Socialista Italiano, aunque excluido de la Internacional Comunista, ha enviado a nuestro congreso tres representantes. ¿Qué significa eso? Los dirigentes del partido se han colocado, por su política, fuera de la internacional, pero las masas obreras les obligan a llamar a sus puertas.

Los obreros socialistas han demostrado que sus sentimientos eran revolucionarios y que ellos querían estar con nosotros. Mas, nos han enviado gente que demuestran, con su conducta, que no han asimilado ni las ideas ni los métodos del comunismo. Los obreros italianos pertenecientes al partido de Serrati también demostraron que eran revolucionarios en su mayoría, aunque no poseían aún clara visión política de las cosas. Vimos en nuestro congreso al viejo Lazzari. Desde el punto de vista personal, es una figura atrayente, un viejo luchador innegablemente honrado, un hombre sin tacha; pero no un comunista. Se halla totalmente bajo la influencia de las ideas democráticas, humanitarias y pacifistas. Nos contó en el congreso: “Ustedes exageran la importancia de un Turati. Exageran, en general la importancia de nuestros reformistas. Nos piden que los excluyamos; pero ¿cómo vamos a hacerlo, si ellos obedecen la disciplina del partido? Si nos dieran el ejemplo de un *hecho* que pudiera probar su abierta oposición al partido, si hubieran participado en un gobierno a pesar de nuestras resoluciones, si hubieran votado el presupuesto de guerra a pesar nuestro, entonces hubiésemos podido excluirlos; pero no ha sido así. Nosotros citamos entonces a Lazzari artículos de Turati dirigidos contra el *abecé* del socialismo revolucionario. Lazzari nos contestó que aquellos artículos no constituían *hechos*, que en su partido existía libertad de opinión, etc. Sin embargo, le dijimos: “Permitid. Si para excluir a Turati es preciso que se cumpla un ‘hecho’, es decir, que él acepte, por ejemplo, una cartera de manos de Giolitti, es indudable que Turati, que es un político inteligente, no lo hará jamás, ya que no se trata de un arribista de baja estofa que aspire a una cartera. Turati es un colaboracionista probado, enemigo irreductible de la revolución, pero, en su especie, un político hábil. El quiere, cueste lo que cueste, salvar la ‘civilización’ democrática y burguesa y remontar con este fin la corriente revolucionaria de la clase obrera. Cuando Giolitti le ofrece una cartera, y eso ha debido ocurrir más de una vez, Turati le responde, poco más o menos: “Si acepto la cartera eso constituirá el ‘hecho’ de que habla Lazzari. En cuanto acepte la cartera me cogerá sobre el ‘hecho’ y me echará del partido y una vez que se me haya echado del partido tú no tendrás necesidad de mí, compadre Giolitti, pues si ahora me necesitas es porque pertenezco a un gran partido obrero. De modo que, tan pronto sea yo excluido del partido, tú me echarás a tu vez del ministerio. He aquí por qué no aceptaré tu cartera nunca, para no proporcionar a Lazzari el ‘hecho’ y ser el verdadero jefe del partido socialista.

Este ha debido ser, aproximadamente, el razonamiento que se hizo Turati y tiene razón: es más perspicaz que el idealista y pacifista Lazzari. “Ustedes exageran la importancia del grupo Turati (nos decía Lazzari). Es un grupito, lo que en francés se llama una cantidad despreciable”. A lo que contestamos: “¿y sabe usted que, en este mismo

momento, mientras aquí, en la tribuna de la internacional de Moscú, usted nos pide ser admitido en nuestras filas, Giolitti pregunta a Turati por teléfono: ‘¿Sabes, amigo mío, que está Lazzari en Moscú y que acaso tome allí, con los bolcheviques, algunos acuerdos peligrosos en nombre de tu partido?’ ¿Sabe usted lo que contesta Turati? Pues seguramente esto: ‘No hagas caso, amigo Giolitti; nuestro Lazzari no es más que una cantidad, despreciable’. Y seguramente en esto tiene mucha más razón que Lazzari.

Tal fue nuestro diálogo con los temerosos representantes de una parte considerable de los obreros italianos. A fin de cuentas, se ha decidido presentar a los socialistas italianos un ultimátum: convocar en un plazo de tres meses un congreso del partido, excluir de ese congreso a todos los reformistas (que se han causado su propia desmembración al reunirse en la Conferencia de Reggio-Emilia) y unirse con los comunistas según la base de las resoluciones del Tercer Congreso. ¿Cuáles serán los resultados prácticos inmediatos de esta decisión? ¿Es tan difícil predecirlos exactamente? ¿Vendrán con nosotros todos los serratianos? Lo dudo. Además, no lo deseamos. Hay hombres entre ellos de los que no tenemos necesidad. El paso dado por nuestro congreso era justo. Su objeto es recobrar a los obreros llevando la escisión a las filas de los jefes que vacilan.

El comunismo italiano. Sus dificultades y tareas

Sin embargo, entre los delegados del Partido Comunista Italiano, así como entre los representantes de las juventudes, se encuentran las más acerbadas críticas de esta decisión. Los comunistas italianos, sobre todo los de izquierda, han reprochado muy particularmente al congreso “haber abierto la puerta” a los serratianos, a los oportunistas y a los centristas. Estas palabras: “Han abierto las puertas de la Internacional Comunista”, han sido repetidas millares de veces. Les hemos explicado: “Camaradas, vosotros tenéis a vuestro lado 50.000 obreros; los serratianos tienen casi 100.000. No se puede estar contento con esos resultados”. Han contrastado las cifras y afirmado que un gran número de miembros había abandonado ya el partido socialista, lo que sería posible; pero su argumento principal es este: “Toda la masa del partido socialista, y no sólo sus jefes, es reformista y oportunista”. Preguntamos: “¿De qué modo, pues, por qué razón y a título de qué han enviado entonces aquí, a Moscú, a Lazzari, Maffi y Riboldi?”. Los jóvenes comunistas italianos no me han dado una respuesta clara: “Vedlo: es que la clase obrera, *en su conjunto*, gravita hacia Moscú y hacia allí se inclina el partido oportunista de Serrati”. Ese argumento ha sido traído de los cabellos. Si, verdaderamente, la cosa se presentaba así; si la masa obrera en masa se inclinaba hacia Moscú, la puerta de Moscú le sería abierta: esta puerta es el Partido Comunista Italiano, que pertenece a la internacional ¿Por qué elige la clase trabajadora italiana una vía tan indirecta hacia Moscú, apoyándose en el partido de Serrati, en lugar de entrar sencillamente en el Partido Comunista de Italia? Es evidéntísimo que todas esas denegaciones de los comunistas de izquierda eran erróneas y tenían su fuente en una comprensión insuficiente de la tarea fundamental: la necesidad de conquistar la vanguardia obrera y, ante todo, los obreros que quedan en las filas del Partido Socialista Italiano, no siendo los peores. El error de las “izquierdas” tiene su origen en la impaciencia revolucionaria tan acentuada, que impide ver las tareas previas, las más importantes, y que tanto perjudica a los intereses de la causa. Ciertos comunistas “de izquierda” creen que, para su tarea directa, consistente en derribar la burguesía, es inútil pararse en el camino, entrar en conversaciones con los serratianos, abrir la puerta a los obreros que siguen a Serrati, etc. Y es esta, sin embargo, nuestra tarea principal, ¡y no es tan sencilla como pudiera creerse! También necesitamos conversaciones, tanto o más que luchas, exhortaciones y nuevos acuerdos, y, acaso, nuevas escisiones. Algunos camaradas impacientes quisieran volver sencillamente la espalda a esos menesteres, Y, en consecuencia, a los mismos obreros socialistas. Los que quieren pertenecer a la Tercera Internacional (se dicen), que se adhieran directamente a nuestro partido comunista. Esa es, aparentemente, la solución más fácil del problema; pero, en realidad, equivale a plantear la cuestión en los términos más esenciales: *¿cómo, por qué métodos*, atraer a los obreros socialistas al partido comunista? Cerrando automáticamente la puerta de la internacional no obtendremos respuesta. Los obreros italianos saben muy bien que el partido socialista perteneció también a la Internacional Comunista. Los jefes del Partido Socialista Italiano pronunciaron discursos revolucionarios llamando a la lucha, han reclamado el poder de los soviets y llevado a los obreros a la huelga del mes de septiembre y a la ocupación de los talleres y fábricas. En seguida han capitulado sin aceptar la batalla mientras luchaban los obreros. La vanguardia del proletariado italiano en situación de digerir este hecho en su conciencia. Los obreros ven a la minoría comunista separarse del partido socialista y dirigirse a ellos con los mismos, o casi los mismos, discursos con que el partido de Serrati se les dirigía ayer. Los obreros dirán para sí: “Hay que esperar, ver lo que significa; hay que estudiar la cosa...”. En otros términos, piden, acaso, con poca

conciencia, pero con verdadero afán, que el nuevo partido, el comunista, se dé a conocer *activamente*, que prueben sus jefes que están hechos de otra pasta y que están ligados indefectiblemente a las masas en sus luchas, por duras que sean las consecuencias de esas luchas. Es preciso conquistar con los actos y con las palabras, con las palabras y los actos, la confianza de las decenas de millares de obreros socialistas que aún se encuentran en el cruce de los caminos, pero que quisieran estar en nuestras filas. Si volvemos tranquilamente la espalda, movidos por el deseo de derrocar inmediatamente a la burguesía, causaremos un gran perjuicio a la revolución, y, sin embargo, es precisamente en Italia donde las condiciones son muy favorables para una revolución victoriosa del proletariado en el porvenir más próximo.

Imaginemos por un momento, sólo a título de ejemplo, que los comunistas italianos, admitámoslo, hayan llamado en mayo de este año a la clase obrera de Italia a una nueva huelga general y a una insurrección. Si se dijeron: “El partido socialista que dejamos sucumbió en septiembre, y nosotros, los comunistas debemos ahora, cueste lo que cueste, tomar esta tarea y conducir en seguida a la clase obrera a una batalla decisiva”. Juzgándolo superficialmente, pudiera creerse que ese fuera el deber de los comunistas; pero, en realidad, no es así. La estrategia revolucionaria elemental nos dice que tal llamamiento, en las actuales condiciones, sería una locura y un crimen, pues la clase obrera, que en el mes de septiembre fue cruelmente fogueada por seguir a los dirigentes del partido socialista no hubiese creído que pudiera repetirse con éxito la operación en mayo, bajo la dirección del partido comunista, que aún no conocía suficientemente. La falta fundamental del partido socialista consiste en que *ha llamado* a la revolución sin sacar las conclusiones necesarias, es decir, sin realmente prepararse para la revolución, sin explicar a la clase obrera las cuestiones para la toma del poder, sin limpiar sus filas de los que no quieren el poder, sin elegir ni educar a sus militantes, sin crear los núcleos de asalto capaces de manejar armas y blandirlas en el momento preciso... En una palabra, *el partido socialista llamaba a la revolución, pero sin prepararse para ella*. Si los comunistas italianos hubieran lanzado ahora un simple llamamiento a la rebelión, hubieran repetido el error de los socialistas y, además, en condiciones incomparablemente más difíciles. La tarea de nuestro partido hermano en Italia es preparar la revolución, es decir: conquistar ante todo la mayoría de la clase obrera y organizar como sea a su vanguardia. Aquel que hubiera librado la partida impaciente de los comunistas italianos hacia atrás y hubiera dicho: “Antes de llamar a la insurrección tratad de conquistar a los obreros socialistas, purificad los sindicatos, poned en puestos responsables a los comunistas en lugar de a los oportunistas; conquistad a las masas”, el que así hubiese hablado, aunque pareciera dejar atrás a los comunistas, lo que en realidad hubiera hecho es indicar la ruta que lleva a la victoria de la revolución.

Los temores y sospechas de los extremistas de izquierda

Todo lo que acabamos de decir, camaradas, es elemental desde el punto de vista de la experiencia revolucionaria. Sin embargo, ciertos elementos “de izquierda” de nuestro congreso han creído ver en semejante táctica una inclinación a la “derecha”, y algunos jóvenes camaradas revolucionarios, sin experiencia, pero llenos de energía y prestos a la lucha y a los sacrificios, han sentido que sus cabellos se les erizaban al oír los primeros discursos críticos y prudentes pronunciados por los camaradas rusos. Algunos de esos jóvenes revolucionarios, según dicen, habrían besado la tierra de los soviets cuando atravesaron la frontera. Y aunque nosotros trabajamos todavía demasiado mal nuestra tierra para que sea digna de tales besos, comprendemos, sin embargo, el entusiasmo revolucionario de nuestros jóvenes amigos extranjeros. Parece vergonzoso tal retraso y no haber realizado aún la revolución. Con estos sentimientos entran ellos en las salas del Palacio Nicolás. ¿Qué ven allí? Los comunistas rusos suben a la altura y no solamente no exigen el llamamiento inmediato a la insurrección, sino que, por el contrario, los ponen en guardia contra las aventuras e insisten para que se atraiga a los obreros socialistas, que se conquiste a la mayoría de los trabajadores y que, cuidadosamente, ¡se prepare la revolución!

Ciertos extremistas de izquierda han convenido en que el negocio no se presentaba muy claro. Elementos semi hostiles, tales como los delegados de la organización llamada “Partido Obrero Comunista de Alemania” (este grupo forma parte de la internacional con voz consultiva), razonan de la siguiente manera: “El poder soviético no esperó a que estallara la revolución en Europa para establecer su política. Ha perdido así, por medio de su Comisariado del Comercio Exterior, un gran comercio mundial. Y el comercio es un negocio serio, que requiere relaciones serenas y pacíficas. Se sabe desde hace tiempo que los tumultos revolucionarios perjudican al comercio. Por esta razón, colocándonos en el punto de vista del comisariado del camarada Krasin, estamos interesados, como veis, en retardar la revolución cuanto sea posible” (*Risas*). Camaradas, yo siento infinitamente que vuestra unánime risa no pueda ser transmitida por radio a varios camaradas de la extrema izquierda de Alemania e Italia. La hipótesis de nuestra oposición a los tumultos revolucionarios, oposición que tiene su fuente en nuestro Comisariado del Comercio Exterior, es tanto más curiosa cuanto que en marzo de este año, al desarrollarse en Alemania los trágicos combates de que hablaré más tarde, combates que los diarios burgueses y socialdemócratas alemanes, y tras ellos la prensa mundial, gritaron que la insurrección de marzo fue provocada por una orden de Moscú, que el poder soviético, que vivía en esta época jornadas difíciles (rebeliones de campesinos Cronstad, etc.), había lanzado, para su propia salud, la orden de organizar las insurrecciones independientemente de la situación particular de cada país. ¡Qué difícil es imaginar una tontería tan grande! No obstante, los camaradas delegados de Roma, de París, de Berlín apenas han tenido tiempo de llegar a Moscú cuando una nueva teoría se ha forjado en el otro extremo, el de la izquierda: la teoría según la cual, no solamente “no damos órdenes” para organizar las insurrecciones inmediata e independientemente de las circunstancias exteriores, sino que, por el contrario, interesados en el magnífico desarrollo de nuestro comercio, sólo nos preocupamos de una cosa, de retrasar la revolución. ¿Cuál de las dos tonterías, contrarias la una a la otra, es la más tonta? Es difícil juzgarlo. Si somos culpables de las faltas cometidas en marzo (suponiendo que pueda hablarse de culpabilidad), también lo es en este sentido la internacional en su conjunto y, por consiguiente, también nuestro partido, porque todavía no ha educado suficientemente a las masas en cuanto concierne a la táctica revolucionaria haciendo así imposible los actos y los métodos erróneos. Pero sería ingenuo soñar que jamás se cometieran errores...

Los acontecimientos de marzo en Alemania

La cuestión de los acontecimientos de marzo ha ocupado, en cierto sentido, un sitio preferente en nuestros debates del congreso, y esto no es casual: de todos los partidos comunistas, el de Alemania es uno de los más poderosos y de los preparados desde el punto de vista teórico, y en cuanto a su capacidad revolucionaria, a mi parecer, Alemania está en primer lugar... Respecto a la situación interior, siendo Alemania un país vencido, es uno de los más propicios a la revolución. Es, pues, natural que los métodos de lucha del Partido Comunista Alemán adquieran importancia internacional. Sobre el suelo alemán los más importantes acontecimientos de la lucha revolucionaria se desarrollaron ante nuestros ojos desde 1918, y es por esto por lo que podemos estudiar con el ejemplo vivo sus ventajas y sus inconvenientes.

¿Y en qué consistieron los acontecimientos de marzo? Los proletarios de la Alemania del centro, obreros de la región industrial y minera, representaban hasta hace poco, incluso durante la guerra, una de las fracciones más retrasadas de la clase obrera. Seguían, en su mayoría, no a los socialdemócratas, sino a las pandillas patrióticas, burguesas y clericales; eran fieles al emperador, etc. Las condiciones de su vida y de su trabajo eran excepcionalmente pesadas. Ocupaban, en relación con los obreros de Berlín, el mismo sitio que entre nosotros los distritos retrasados de los Urales en relación con los obreros de Petrogrado. Durante una época revolucionaria, ocurre más de una vez que una parte, la más oprimida y retrasada de la clase obrera, despierta por primera vez al estruendo de los acontecimientos y aporta a la lucha la energía más grande y está presta a combatir sin condiciones y, a menudo, sin contar con las circunstancias ni con las posibilidades de vencer; es decir con las exigencias de la estrategia revolucionaria. Así, mientras los obreros de Berlín y Sajonia, por ejemplo, después de la experiencia de los años 1919-1920, se han vuelto más circunspectos, lo que une sus ventajas e inconvenientes, los obreros centroalemanes en cambio continúan manifestándose enérgicamente, realizando huelgas y tumultos, sacando a los capataces de los talleres en carretillas, organizando reuniones durante las horas de trabajo, etc. Es evidente que tal género de acción es incompatible con las tareas sagradas de la República de Ebert. Nada tan asombroso como que esta república conservadora y policíaca, en la persona de su agente de policía, el socialdemócrata Hoersing, haya decidido una cierta “depuración”, es decir, echar los elementos más revolucionarios, detener a ciertos comunistas, etc.

El Comité Central del Partido Comunista Alemán pensó, precisamente en esta época (mediados de marzo), que era preciso hacer una política revolucionaria más activa. El partido alemán, según recordaréis, había sido creado un poco antes por la unión de las antiguas agrupaciones espartaquistas y de la mayoría de los independientes, y, por lo mismo, ha tenido que resolver prácticamente el problema de la acción de masas. La idea de que había que realizar una política más activa era perfectamente justa. Pero, ¿cómo habría que llevarla a la práctica? Al mismo tiempo que se publicaba la orden del policía socialdemócrata Hoersing, pidiendo a los obreros lo que en vano y más de una vez les había pedido el Gobierno Kerensky: no organizar reuniones en las horas del trabajo, considerar la propiedad de las fábricas como sagrada, etc.; el comité central del partido comunista lanzó un llamamiento a la huelga general para sostener a los obreros del centro de Alemania. Una huelga general no es cosa que la clase obrera emprende a la ligera, a la primera indicación del partido, sobre todo cuando ha sufrido anteriormente una serie de derrotas y tanto más en un país donde hay, junto al partido comunista otros dos partidos socialdemócratas, y donde la organización sindical está en contra nuestra. Sin embargo,

si nos fijamos en el órgano central del partido comunista, la *Rote Fahne*, durante todo este período, día tras día, nos daremos cuenta de que el llamamiento a la huelga general no ha estado bien preparado. En Alemania se ha efectuado más de una sangría cuando la revolución, y la resistencia a la ofensiva policíaca contra el centro de esta nación no pudo abarcar a toda la clase obrera. Una seria acción de masas hubiera debido estar precedida evidentemente de una agitación enérgica y generalizada, con consignas definidas hacia el mismo fin; tal agitación hubiese podido llevar llamamientos definitivos para la acción sólo en el caso en que se hubiera podido averiguar hasta qué grado estaban preparadas y dispuestas las masas para avanzar por el camino de la revolución. Tal es el principio elemental de toda estrategia revolucionaria, y es precisamente ese el principio que no se ha tomado en cuenta durante los acontecimientos de marzo. Los batallones de policía no tenían aún tiempo de alcanzar las fábricas y minas de Alemania central si en ellas se hubiese desencadenado una huelga general. Ya dije que los obreros del centro de Alemania estaban dispuestos a una lucha inmediata, y que la indicación del comité fue seguida. Pero las cosas no pasaron lo mismo en el resto del país. La situación de Alemania, tanto interior como exterior, no favorecía el paso brusco a la acción. Las masas, sencillamente *no comprendieron* el llamamiento.

Sin embargo, ciertos teóricos muy influyentes del Partido Comunista de Alemania, en lugar de reconocer que el llamamiento era un error, han emitido, para explicarlo, la teoría, según la cual debíamos, durante la época revolucionaria, hacer exclusivamente una política ofensiva, esto es, de ataque revolucionario. De esa manera se presenta a las masas la acción de marzo como una ofensiva. Ensayad, apreciad la situación en su conjunto. En realidad, el primer asalto fue dado por el policía socialdemócrata Hoersing. Hay que aprovechar para reunir a todos los obreros para la defensa, resistencia; el contraataque más restringido. Si son propicias las condiciones, si encuentra eco favorable la propaganda, puede pasarse a una huelga general. Si los acontecimientos se desarrollan de más en más, si las masas se sublevan, si la unión entre los trabajadores se reafirma y crece su moral, mientras que en el campo de los adversarios la falta de decisión y el desorden aparecen, entonces puede ordenarse pasar a la ofensiva. Por el contrario, si la decisión no es favorable, si las condiciones y la moral de las masas no se prestan a obedecer, hay que tocar retirada, replegarse en lo posible ordenadamente hacia las posiciones anteriores, con ello hemos ganado esto, hemos demostrado nuestra capacidad de sondear a las masas obreras, hemos fortalecido sus lazos internos y, lo que es más importante, hemos elevado la autoridad del partido para ofrecer una sabia dirección bajo todas las circunstancias.

Pero ¿qué hace el centro dirigente del partido alemán? Parece aprovechar la primera ocasión y, antes que ella sea comprendida por los obreros, el comité central llama a la huelga general. Aún antes de que el partido haya acertado a sublevar a los obreros de Berlín, Dresde, Múnich, para sostener a los del centro de Alemania (lo que hubiera podido lograrse en el espacio de unos días, si hubiesen sido conducidas con energía las masas después de un plan bien concebido y sin saltarse los acontecimientos), antes que el partido haya cumplido ese trabajo, se proclama como una ofensiva nuestra acción... Ello significa malbaratar el asunto y paralizar el avance del movimiento. Es evidente que, en este período de lucha la iniciativa del movimiento estaba en las manos del enemigo. Era preciso explotar el elemento moral de la *defensa* y llamar al proletariado del país entero en socorro de los obreros del centro de Alemania. Las formas de este socorro podían al principio ser variadas antes de que el partido pudiera lanzar directivas más amplias. La tarea de la agitación consistía en sublevar las masas, concentrar su atención sobre los acontecimientos de Alemania central, romper políticamente la resistencia de la burocracia obrera y asegurar, de este modo, el carácter *general* de la huelga, como base posible para

el desarrollo ulterior de la lucha revolucionaria. Y, ¿qué tenemos, en cambio? Una minoría revolucionaria y activa del proletariado se ha opuesto en la acción a la mayoría, antes que esta mayoría pudiera enterarse del sentido de los acontecimientos. El partido resolvió por ella, ante la pasividad e irresolución de la clase obrera. Los elementos impacientes ensayaron, aquí y allá, no por medio de propaganda sino por procedimientos mecánicos, echar a la calle a la mayor parte de los obreros. Verdad que, si la mayoría de los obreros se pronuncian a favor de la huelga, pueden forzar a la minoría y cerrar fábricas para llevar a cabo la huelga general. Más de una vez ha ocurrido así, y así será siempre, y sólo los imbéciles pueden protestar por tales procedimientos. Pero la aplastante mayoría de la clase obrera no se da cuenta exacta del movimiento o no simpatiza con él; o no cree en su eficacia; la minoría, al revés, se decide a avanzar y ensayar, por procedimientos mecánicos, a incitar a los obreros a la huelga. Esta minoría impaciente, representada por el partido, puede decidirse a actuar frente a la hostilidad de la clase obrera y romperse así la cabeza.⁸

⁸ El ex presidente del Comité Central del Partido Comunista Alemán, Paul Levi, ha criticado la táctica del partido durante los acontecimientos de marzo. Pero dio a su crítica un carácter absolutamente inadmisibles y desorganizador; así que, en lugar de rendir servicio a la causa, la perjudicó. Una lucha en el seno del partido trajo la exclusión de Levi y la confirmación de esta exclusión por el congreso de la internacional. [El lector puede ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria Nuestro camino: en contra del putschismo](#) en su serie [Paul Levi, textos.](#)]

La estrategia de la contrarrevolución alemana y los aventureros de izquierda

Estudiaremos desde este punto de vista toda la historia de la revolución alemana. En noviembre de 1918, la monarquía se ha derrumbado y el problema de la revolución proletaria está a la orden del día. En enero de 1919, se desarrollan los sangrientos combates revolucionarios de la vanguardia proletaria contra el régimen de la democracia burguesa, los cuales se reproducen en marzo de 1919. La burguesía se orienta rápidamente y elabora su plan estratégico: combate al proletariado en cuanto lo divide. Los mejores jefes de la clase obrera: [Rosa Luxemburg](#) y Karl Liebknecht, son asesinados. En marzo de 1920, después de la tentativa del golpe de estado contrarrevolucionario de Kapp, quebrado por una huelga general, estalla una insurrección parcial: la lucha armada de los obreros de la cuenca del Ruhr. El movimiento concluye en un nuevo fracaso, causando innumerables víctimas. En fin, en marzo de 1921 aún tenemos una guerra civil parcial y una nueva derrota.

Cuando en enero y marzo de 1919 se habían rebelado parte de los obreros alemanes, que habían perdidos sus mejores jefes, dijimos: “Son las jornadas de julio del Partido Comunista al Alemán. Recordad las jornadas de julio en Petrogrado de 1917... Petrogrado se adelantó al país, se arrojó solo a la batalla, las provincias no lo sostenían lo bastante, y aún se contó en el ejército de Kerensky con regimientos retrasados para ahogar el movimiento. Pero en el mismo Petrogrado, la mayoría del proletariado ya era nuestra. Las jornadas de julio fueron un preámbulo de las de octubre. Es cierto que en julio cometimos algunos errores; pero no los hemos erigido en sistema. Hemos considerado los combates de enero y marzo de 1919 como un “julio” alemán. Aunque este “julio” en Alemania no ha sido seguido de un “octubre”, sino de un marzo de 1920 o sea de una nueva derrota, sin hablar de los fracasos parciales y del asesinato sistemático de los mejores jefes locales de la clase obrera alemana. Digo que cuando vimos el movimiento de marzo de 1920 y en seguida el de marzo de 1921, no pudimos menos que decir: no; hay demasiadas jornadas de julio en Alemania: queremos un “octubre”.

Sí, hay que preparar un “octubre” alemán, una victoria de la clase obrera alemana y he aquí que los problemas de la estrategia revolucionaria se nos ofrecen en toda su amplitud. Es perfectamente claro y evidente que la burguesía alemana, o su pandilla dirigente, lleva su estrategia contrarrevolucionaria hasta lo último: provoca ciertas fracciones en la clase obrera, las induce a la acción, las aísla en regiones especiales, le vigila las armas que lleva en sus manos y apunta a sus cabezas: la de los mejores representantes de la clase obrera. En la calle o en un calabozo de castigo, en combate abierto o bajo la ley de fugas, por decreto de una corte marcial o por mano de banda ilegal, perecen individuos, decenas, centenas, millares de comunistas, que personifican la más alta experiencia proletaria; es esta una estrategia severamente calculada, fríamente realizada y que se apoya en la experiencia de la clase dominante.

Y en estas condiciones, cuando la clase obrera alemana en su conjunto siente instintivamente que no podrá dar cuenta de semejante enemigo con las manos desarmadas, que no basta el entusiasmo, sino que se necesita del cálculo frío, de la clara visión de las cosas, de una preparación seria, y cuando todo lo espera de un partido, se le grita: nuestro deber es no aplicar más que una estrategia ofensiva, o sea atacar en todo momento, pues, como ven hemos entrado en un período revolucionario. Es como si un comandante de ejército dijera: “Puesto que hemos empezado la guerra, nuestra obligación es atacar siempre y por todas partes”. Tal jefe sería infaliblemente vencido, aunque

dispusiera de fuerzas realmente superiores... Peor aún, existen teóricos, tales como el comunista alemán Maslow, que llegan a decir, a propósito de los acontecimientos de marzo, las siguientes enormidades: “Nuestros adversarios [dice Maslow] nos reprochan por lo de marzo, lo que consideramos como un mérito nuestro. A saber: que el partido, entrando en la lucha, no haya abordado la cuestión de si sería seguido o no por la clase obrera”. Esta cita es casi literal. Desde el punto de vista de los revolucionarios subjetivos o de los socialistas revolucionarios de izquierda, es perfecto. ¡Pero, desde el punto de vista marxista, es sencillamente monstruoso!

Las tendencias aventureras y... la Cuarta Internacional

Nuestro deber revolucionario nos obliga a reemprender la ofensiva contra los alemanes que declararon los socialistas revolucionarios de izquierda en julio de 1918. ¿Seremos vencidos? ¡Qué importa! Nuestro deber es marchar adelante. ¿No quieren las masas obreras? Bien; se puede arrojar una bomba contra Mirbach para obligar a los obreros rusos a continuar la lucha en la que deben perecer infaliblemente. Tales razonamientos están muy extendidos en la agrupación llamada Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Es ese un pequeño grupo de socialistas revolucionarios proletarios de izquierda. Nuestros socialistas revolucionarios de izquierda reclutan, o han reclutado, principalmente a sus partidarios entre intelectuales y campesinos; tal es su característica social, pero sus métodos políticos son los mismos: se trata de un revolucionarismo histérico, puesto a cada momento a aplicar medidas y métodos extremos sin contar con las masas ni con la situación general; es la impaciencia, en lugar del cálculo; una embriaguez debida a la fraseología revolucionaria; todo eso es lo que ha caracterizado tan plenamente al Partido Comunista Obrero de Alemania. En el congreso, uno de los oradores, que hablaba en nombre de ese partido, se expresó así: “¿Qué quieren ustedes? La clase obrera alemana está imbuida (dijo *verseucht*, “apestada”) de una ideología de filisteos, de burgueses y burguesillos, ¿qué quieren que se haga? No podrán sacarla a la calle sino recurriendo a un sabotaje económico...” Y, cuando se le preguntó qué significaban sus palabras, explicó: “En cuanto empiezan a vivir un poco mejor los obreros, ya no quieren revolución. Pero si turbamos el mecanismo de la producción, si atacamos las fábricas, talleres, vías férreas, etc., la situación de la clase obrera empeora y, por lo tanto, se hace más apta para la revolución.” No olviden que esto lo ha dicho un representante del Partido “obrero”. ¡Es de un escepticismo absoluto!... Se deduce que, si aplicamos el mismo razonamiento al campo, los campesinos más conscientes de Alemania deben incendiar sus aldeas, lanzar el gallo rojo a través del país entero, para revolucionar así a los habitantes del campo. No se puede por menos que recordar aquí que, durante el primer período del movimiento revolucionario en Rusia, hacia 1860, cuando los revolucionarios intelectuales eran aún incapaces de toda acción, encerrados como estaban en sus pequeños cenáculos, obstinándose en la pasividad de las masas obreras, entonces ciertos grupos (como los partidarios de Netachayev) llegaron a pensar que el fuego y los incendios constituían un verdadero elemento revolucionario de la evolución política rusa... Es evidente que semejante sabotaje, dirigido, por su misma esencia, contra la mayoría de la clase obrera, constituye un medio antirrevolucionario que crea un conflicto entre la clase obrera y un partido “obrero” cuyo número de miembros resulta difícil precisar; no suele pasar de tres o cuatro decenas de millares casi siempre, mientras que el Partido Comunista Unificado cuenta, como ustedes saben, con cerca de 400.000 afiliados.

El congreso ha puesto en su orden del día el asunto del KAPD en toda su agudeza, pidiendo a esa organización que convoque, en el plazo de tres meses, un congreso y que se una al Partido Comunista Unificado, o bien que se coloque definitivamente fuera de la Internacional Comunista. Puede creerse que el KOPD, tal como está representado por sus jefes actuales aventureros y anarquistas, no se someterá a la decisión de la IC y, encontrándose fuera de ella, ensayará, probablemente con otros elementos “extremistas de izquierda”, formar una Cuarta Internacional. Nuestra camarada [Kollontai](#) ha soplado un poco en la misma trompeta en el curso de nuestro congreso. Para nadie es un secreto que nuestro partido constituye, en el presente, la palanca de la IC. Sin embargo, la

camarada Kollontai ha presentado el estado de cosas en nuestro partido de tal manera que podría parecer que las masas obreras, con la camarada Kollontai a la cabeza, se verán obligadas, un mes antes o después, a hacer la “tercera revolución”, a fin de establecer un “verdadero” régimen de los soviets. Pero, ¿por qué una tercera revolución, y no una cuarta, cuando la tercera revolución hecha en nombre del “verdadero” régimen soviético ha tenido ya lugar en febrero, en Cronstad?... Todavía hay extremistas de izquierda en Holanda, quizá también en otros países. Ignoro si se han tomado en consideración. Siempre que no sea muy nutrido su número, pues éste sería un peligro que amenazaría a la IV Internacional, si por casualidad se fundara. Verdaderamente, éste sería el peligro de perder hasta un grupito de buenos militantes obreros que se encuentra, sin duda, en su seno. Pero si debe realizarse tal escisión de los sectarios, tendremos muy pronto, no sólo la Internacional Segunda y Media, a nuestra derecha, sino la número cuatro a nuestra izquierda, en la cual el subjetivismo, la histeria, el espíritu de aventura y la fraseología revolucionaria, estarán muy bien representadas. También dispondremos de un espantajo de “izquierda”, del cual nos serviremos para enseñar estrategia a la clase obrera. Cada cosa, como veis, tiene dos caras: una positiva y otra negativa.

Los errores de las izquierdas y la experiencia rusa

Sin embargo, dentro mismo del Partido Comunista Unificado, existían tendencias antimarxistas que salen a luz de manera asombrosa en marzo y después de marzo. Ya he citado el sorprendente artículo de Maslow. Pero Maslow no estaba solo. Se publica en Viena una revista *Kommunismus* (órgano de la Internacional Comunista, en lengua alemana). En la colección de junio de esta revista, encontramos un artículo que estudia la situación en la internacional, y en el que, en síntesis, leemos esto: “El rasgo principal del actual período revolucionario es que debemos, en los combates parciales, hasta puramente económicos, tales como las huelgas, luchar con las armas en la mano” ¡He aquí, camaradas, una estrategia a la inversa! Mientras que la burguesía nos provoca para combates *parciales* y sangrientos, algunos de nuestros estrategas quieren hacer una regla de este género de batalla. ¿No resulta monstruoso? En Europa, la situación objetiva es profundamente revolucionaria. Lo nota la clase obrera. Y durante todo este período de postguerra, se lanza, ante todo, a luchar contra la burguesía. En ninguna parte, salvo en Rusia, obtiene la victoria. Entonces comienza a comprender que tenía ante sí una tarea difícil, y se dedica a forjar un arma para la victoria: el partido comunista. El cual, sobre este camino, anduvo en Europa, en el curso del año último, pasos de siete leguas. Ahora tenemos verdaderos partidos comunistas de masas en Alemania, en Francia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en Bulgaria... ¡Una verdadera erupción! ¿Y en qué consiste nuestra tarea más próxima? Consiste en que los partidos conquisten en el más breve plazo a la mayoría de los obreros industriales y a gran parte de los obreros agrícolas y hasta a los campesinos pobres, como nosotros los conquistamos antes de octubre; además, sin esa conquista no habiéramos obtenido nuestra victoria de octubre. Sin embargo, ciertos falsos estrategas dicen que, siendo la época de ahora revolucionaria, nuestro deber es encarar la lucha en cada momento, incluso la lucha parcial, usando de métodos de revolución armada. ¡Pero la burguesía no desea más que esto! En el momento en que el partido comunista se desarrolla con rapidez extraordinaria y extiende cada vez más sus alas por encima de toda la clase obrera, la burguesía provoca a la parte más impaciente y combativa de los obreros a una lucha prematura, sin el apoyo de la gran masa obrera, a fin de batir al proletariado, dividiéndolo, y de minar así su fe en su capacidad de victoria sobre la burguesía. En estas condiciones, la teoría de la ofensiva continua y de las luchas parciales, dirigidas con el método de la insurrección armada, es agua para el molino de la contrarrevolución. Por esto, en el III Congreso, el partido ruso, sostenido por los elementos más conscientes, dijo con voz firme a los camaradas del ala izquierda: “Son ustedes excelentes revolucionarios, van a combatir y morir por el comunismo; pero esto no nos basta. No basta luchar. Hay que vencer”. Y para ello hay que aprender el arte de la estrategia revolucionaria.

Pienso, camaradas, que la marcha verdadera de la revolución proletaria en Rusia y, hasta cierto punto, en Hungría, es una de las causas más serias del desdén hacia las dificultades de la lucha revolucionaria y la victoria en Europa. Hemos tenido entre nosotros, en Rusia, una burguesía históricamente retrasada, políticamente débil, sujeta al capital europeo y con débiles raíces políticas en el pueblo ruso. Por otra parte, hemos tenido un partido revolucionario, con un largo pasado de trabajo clandestino, educado y templado en los combates, que ha sabido aprovecharse conscientemente de toda la experiencia de la lucha revolucionaria europea y universal. El estado de los campesinos rusos, en relación con la burguesía y el proletariado, el carácter y el estado de espíritu del ejército ruso después de la derrota militar del zarismo, todo ha contribuido a hacer

inevitable la **Revolución de Octubre**, facilitando enormemente la victoria revolucionaria (aunque ésta no nos haya librado de las dificultades ulteriores, sino que, por el contrario, las haya preparado en proporciones gigantescas). Vista la relativa facilidad de la Revolución de Octubre, la victoria del proletariado ruso no aparece, ante los dirigentes de los obreros europeos, en su auténtico valor como problema político y estratégico y no ha sido bien comprendida.

El siguiente ensayo para apoderarse del poder fue hecho por el proletariado en menor escala, más cerca de la Europa occidental, en Hungría; allí, las condiciones eran de tal naturaleza, que el poder cayó en manos comunistas casi sin lucha revolucionaria. Por lo cual los problemas de la estrategia revolucionaria en el momento de la *lucha por el poder* han sido reducidos, naturalmente, al mínimo.

Después de la experiencia de Rusia y Hungría, no sólo las masas obreras, sino también los partidos comunistas de otros países, comprendieron, ante todo, que la victoria del proletariado era inevitable, y han pasado en seguida al estudio directo de las dificultades que se desprenden de la victoria de la clase obrera. En lo que concierne a la *estrategia de la lucha revolucionaria para el poder*, parece muy sencilla y, por decirlo así, evidente. No es por pura casualidad que ciertos eminentes camaradas húngaros, apreciados por la internacional, demuestren tendencias a una simplificación excesiva de los problemas de la táctica proletaria en época revolucionaria, reemplazando esta táctica por un llamamiento a la ofensiva.

El Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] dijo, a los comunistas de todos los países: la marcha de la revolución rusa es un *ejemplo* histórico muy importante, pero no una *regla* política, y aún más: sólo un *traidor* puede negar la necesidad de una ofensiva revolucionaria; pero sólo un *simple de espíritu* puede reducir a la ofensiva toda la estrategia revolucionaria.

Motivos de la fuerza y debilidad del Partido Comunista Francés

Nuestros debates sobre la política del Partido Comunista Francés han sido menos tormentosos que los que sostuvimos con respecto a la política alemana, al menos en el congreso mismo; pero en las sesiones del comité ejecutivo tuvo lugar en cierta ocasión una discusión muy violenta, durante el estudio de los problemas del movimiento obrero francés. El Partido Comunista Francés fue creado sin sacudidas internas y externas, como las que han acompañado a la fundación del partido alemán. Por esta razón, sin duda, las tendencias centristas y los viejos métodos del socialismo parlamentario están tan arraigados en el partido francés. El proletariado francés no ha llevado ninguna lucha revolucionaria reciente, que hubiera podido reanimar sus viejas tradiciones rebeldes. La burguesía francesa ha salido victoriosa de la guerra, lo cual le ha permitido hasta hace poco, y a expensas de Alemania (a quien saqueaba), hacer de vez en cuando algunas concesiones a las fracciones privilegiadas de la clase obrera. En consecuencia, apenas se produjo lucha revolucionaria de clases en Francia. Antes de arrojar a una batalla decisiva, el Partido Comunista Francés tiene la posibilidad de estudiar y utilizar la experiencia revolucionaria de Rusia y Alemania. Basta recordar que la guerra civil llegó al paroxismo en Alemania cuando los comunistas estaban representados por un puñado de espartaquistas; mientras que en Francia cuando aún no había ocurrido (antes de la guerra) ninguna batalla francamente revolucionaria, el partido comunista ya había reunido en sus filas a ciento veinte mil obreros. Si incluimos en la cuenta de Francia a los sindicalistas revolucionarios que no “reconocían” al partido, sosteniendo, sin embargo, la lucha por la dictadura del proletariado; si recordamos que la organización del partido jamás fue en Francia tan fuerte como en Alemania, veremos claro que, esos ciento veinte mil comunistas organizados, valen para Francia acaso más que cuatrocientos mil para Alemania. Esto nos parece tanto más verdadero, puesto que vemos en Alemania, a la derecha de los cuatrocientos mil citados, los partidos independientes y socialdemócratas que cuentan juntos muchos más miembros y partidarios que los comunistas, mientras que en Francia no existe a la derecha de los comunistas más que un reducido grupo de disidentes, partidarios de Longuet y de Renaudel. En el movimiento sindical francés, el detalle numérico de las fuerzas es, en general, más favorable al ala izquierda, sin duda. Por el contrario, el informe de las potencias de las clases en Alemania es, ciertamente, desfavorable a una rebelión victoriosa. En otros términos: la burguesía se apoya todavía en Francia sobre su propia organización: sobre el ejército, policía, etcétera... En Alemania se basa principalmente en la socialdemocracia y la burocracia sindical. El Partido Comunista Francés dispone de la posibilidad de tomar en sus manos totalmente la dirección del movimiento obrero antes que lleguen los acontecimientos decisivos.

Pero es necesario para este fin que el comunismo francés se desembarace definitivamente de los hábitos políticos y de fluctuaciones, mucho más extendidas en Francia que en ningún otro sitio. El partido francés tiene necesidad de una actitud más enérgica frente a los acontecimientos, de una propaganda más enérgica e intransigente, en tono y carácter; de una actitud más severa hacia todas las manifestaciones de la ideología democrática y parlamentaria, del individualismo intelectual, del arribismo de los abogados. Criticando la política del partido francés en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, se dijo que el partido había cometido tales y cuales errores, que los diputados comunistas, a veces, “hablaban” demasiado en el parlamento con sus adversarios burgueses, en lugar de dirigirse a las masas por encima de sus cabezas; que la prensa del partido debía utilizar un lenguaje más claro, más rudo, desde el punto de

vista revolucionario, a fin que los obreros franceses más oprimidos y abatidos, oyese un eco de sus sufrimientos, de sus reivindicaciones y de sus esperanzas. Durante estos debates, un joven camarada francés subió a la tribuna y, en un apasionado discurso, aprobado por parte de la asamblea, criticó la política del partido desde otro punto de vista. “Cuando el gobierno francés [dijo este representante de las juventudes] tuvo la intención de arrebatar a los alemanes la cuenca del Ruhr, a principios de este año, y movilizó la clase decimonovena, el partido no aconsejó a los movilizados la resistencia, y aprobó su debilidad”. “¿Qué clase de resistencia?, preguntamos nosotros. El partido no indicó a la clase decimonovena que dejara de someterse a la orden de movilización. ¿Qué entiende usted por insumisión?, seguimos preguntando. “No someterse, ¿quiere decir no presentarse voluntariamente en el cuartel y esperar a que venga a buscarnos un gendarme o un policía, u ofrecer resistencia activa, armas en ristre, contra el policía y el gendarme?” Este joven camarada que causó en nosotros tan grata impresión, gritó enseguida: “Ciertamente. Es preciso ir hasta el fin resistir con las armas en la mano...” Entonces comprendimos hasta qué punto son confusas y oscuras las ideas sobre la lucha revolucionaria de algunos camaradas. Nos pusimos a discutir con nuestro joven contradictor: ustedes tienen ahora en Francia, bajo la bandera tricolor del ejército imperialista, varias clases. Vuestro gobierno, encuentra necesario llamar todavía una vez más la de los jóvenes de diecinueve años. Esta leva cuenta en el país con doscientos mil hombres casi, de los cuales admitamos que son tres mil o cinco mil comunistas. Los cuales están dispersos, ya en el campo, ya en los pueblos. Admitamos, por un momento, que el partido les aconseja resistir, armados. Ignoro cuántos agentes de la burguesía caerían muertos con este motivo; por el contrario, no es difícil que todos los comunistas de la clase revolucionaria fueran extraídos de la masa de los reclutas y aniquilados. ¿Por qué no llama usted a las otras clases que se encuentran ya bajo las banderas, para organizar la rebelión, y que, estando reunidas en las filas del ejército, poseen ya los fusiles? Porque usted comprende, sin duda, que el ejército no disparará sobre los contrarrevolucionarios y que la clase obrera, en su mayoría, no estará dispuesta a luchar por el poder hasta mucho después que haya estallado la revolución proletaria. ¿Como puede usted pedir que se haga la revolución no por la clase obrera en su conjunto sino, solamente, por la clase decimonovena? Si el partido comunista hubiese ordenado semejante cosa, ello equivaldría a hacerles un gran regalo a Millerand, Briand y Barthou, a todos esos candidatos al papel estranguladores de la insurrección proletaria. Pues resulta evidente que, si la parte más ardiente de la juventud es aniquilada, la más retrasada de la clase obrera se asustaría, el partido quedaría aislado y su influencia quebrada, no por meses, sino por años. Con estos procedimientos, aplicando con excesiva impaciencia las formas más agudas de la revolución, bajo condiciones todavía no maduras para un encuentro decisivo, sólo pueden esperarse resultados negativos y más que un parto, un aborto revolucionario.

La tentativa de huelga general en mayo de 1920 presenta el clásico ejemplo de una imitación de la acción de conjunto, imitación que no estuvo bien pensada. Como se sabe, la idea de esa huelga estaba “sostenida” de manera traidora por los sindicalistas reformistas. Su objetivo era no dejar escapar de sus manos el movimiento para retorcerle el cuello a la primera ocasión. Han acertado plenamente. Pero, tratándose de acuerdos, esos hombres no han sido fieles a su propia naturaleza. Tampoco se podía esperar otra cosa. Sin embargo, al otro lado, los sindicalistas revolucionarios y los comunistas no prepararon en vano el movimiento. La iniciativa partió del sindicato de los ferroviarios, donde se agrupaban por primera vez elementos de izquierda. Monmousseau a su cabeza. Antes de haber tenido la oportunidad de reforzarse un poco y asegurarse las posiciones necesarias, antes de orientarse, como era preciso, en su situación, se ven obligados a

invitar a las masas a una acción definitiva, con palabras imprecisas y confusas, “sostenidas” traidoramente por las derechas. Bajo todos los aspectos, éste fue un ataque no preparado. Los resultados son conocidos: una minoría poco importante, sola, entró en movimiento, los colaboracionistas impidieron el desarrollo de la huelga, la contrarrevolución explotó las flaquezas evidentes de las izquierdas y afirmó extraordinariamente su propia situación.

En la acción, semejante improvisación es inadmisibles. Hay que apreciar con mucha más seriedad la situación, hay que preparar el movimiento con obstinación, con energía, con espíritu de continuidad bajo todos los aspectos, a fin de llevarlo, firme y decididamente, hasta el fin. Para este fin es preciso disponer de un partido comunista, fiel guardián de la experiencia proletaria en todos los terrenos de la lucha. Verdad es que la sola presencia del partido no nos pone todavía al abrigo de los errores, pero la ausencia de esta vanguardia dirigente, hace inevitables los errores, transformando toda lucha en una serie de improvisaciones, de aventuras y de experiencias empíricas.

El comunismo y el sindicalismo en Francia

Las relaciones del partido comunista con la clase obrera en Francia son, como dije, más favorables que en Alemania. Pero la influencia política del partido sobre la clase obrera, aumentada gracias a un golpe hacia la izquierda, no alcanza aún en Francia forma precisa, sobre todo en lo que se refiere a organización. Esto se nota perfectamente en lo que atañe a la cuestión sindical.

Los sindicatos representan en Francia, en medida más limitada que en Alemania y países anglosajones, una organización que abarca millones de obreros. En Francia, también el número de los obreros sindicados ha aumentado enormemente en el transcurso de los últimos años. Las relaciones entre el partido y la clase obrera encuentran su expresión en la actitud del partido hacia los sindicatos. Ya esta simple manera de enfocar el asunto, nos demuestra hasta qué extremo es injusta, antirrevolucionaria y peligrosa, la teoría de la susodicha neutralidad, de la plena “independencia” de los sindicatos respecto al partido, etc. Si los sindicatos, por su tendencia, son una organización de la clase obrera en su conjunto, ¿cómo va a mantener una verdadera neutralidad en relación con el partido o mantenerse “independiente”? Pero es que esto equivaldría a la neutralidad, es decir, a su completa indiferencia hacia la revolución. Y, por lo tanto, en lo que concierne al problema fundamental, el movimiento obrero francés adolece de falta de claridad, y la misma claridad falta dentro del mismo partido.

La teoría de la división del trabajo, absoluta, entre el partido y los sindicatos, y de su independencia mutua, es, bajo su forma definitiva, el producto de la evolución política francesa por excelencia. El oportunismo más puro yace en el fondo de esta teoría. En el largo tiempo en que una aristocracia obrera organizada en los sindicatos acuerda contratos colectivos, y en que el partido socialista defiende las reformas en el parlamento, son más imposibles aún una división del trabajo y una neutralidad mutua. *Pero tan pronto como la verdadera masa proletaria entra en la lucha y el movimiento comienza a tomar carácter auténticamente revolucionario, el principio de neutralidad degenera en una escolástica reaccionaria.* La clase obrera no puede vencer más que si tiene a su cabeza una organización que represente su historia, experiencia viva, generalizada desde el punto de vista de la teoría, y que dirige prácticamente toda la lucha. Gracias a la significación misma de su tarea histórica, el partido no puede encerrar en sus filas más que a la minoría más consciente y activa de la clase obrera; por el contrario, los sindicatos buscan organizar la clase obrera en su totalidad. Aquel que admita que el proletariado necesita una dirección política de su vanguardia organizada en partido comunista, admite, por la misma razón, que el partido debe convertirse en fuerza directiva en el interior de los sindicatos; esto es, en el seno de las organizaciones de masas de la clase obrera. Y, sin embargo, existen en el partido francés algunos camaradas que ignoran esta verdad tan elemental y que, como Verdier, por ejemplo, luchan intransigentemente para prevenir a los sindicatos contra cualquier influencia del partido. Es evidente que tales camaradas han entrado en el partido por equivocación: un comunista que niega los problemas y deberes del partido comunista en relación con los sindicatos, no es comunista.

No es decir que esto signifique la subordinación de los sindicatos al partido, ya exteriormente, ya desde el punto de vista de la organización. Desde éste, los sindicatos son independientes. El partido goza, en el seno de los sindicatos, de la influencia que ha conquistado con su trabajo, con su actitud espiritual, con su autoridad. Por eso mismo afirmamos que debe aumentar en lo posible su influencia desde el exterior de los sindicatos, estudiar todas las cuestiones inherentes al movimiento sindical y dar

respuestas claras haciendo prevalecer su punto de vista por medio de los comunistas que trabajan en los sindicatos, sin menoscabo de su autonomía respecto a la organización.

No ignoráis que la tendencia conocida bajo el nombre de sindicalismo revolucionario ejercía una considerable influencia en los sindicatos. *El sindicalismo revolucionario, no reconociendo al partido, en el fondo no era más que un partido antiparlamentario de la clase obrera.* La fracción sindicalista llevaba adelante siempre una lucha enérgica para mantener su influencia sobre los sindicatos, y jamás reconoció la neutralidad o independencia de los últimos en lo que, atañe a la teoría y práctica de la fracción sindicalista. Si hacemos abstracción de los errores teóricos y de las tendencias extremistas del sindicalismo francés, es indudable que esta esencia no ha encontrado su pleno desarrollo en el comunismo.

El núcleo del sindicalismo revolucionario en Francia fue constituido por hombres agrupados en torno de *Vie Ouvrière*. Mantiene íntima relación con aquel grupo durante la guerra. Monatte y Rosmer constituían el centro; a su derecha se hallaban Merrheim y Dumoulin. Los dos últimos pronto renegaron. Rosmer pasó, a consecuencia de una evolución natural, del sindicalismo revolucionario al comunismo. Monatte mantiene, hasta hoy una posición indefinida, y después del Tercer Congreso de la Internacional Comunista y el de los sindicatos rojos, ha dado un paso que me inspira vivas inquietudes. Con Monmousseau, secretario del sindicato de los ferroviarios, Monatte ha publicado una protesta contra la resolución de la Internacional Comunista, sobre el movimiento sindical, y ha rehusado adherirse a la Internacional Sindical Roja. Hay que decir que el texto de la protesta de Monatte y Monmousseau ofrece el mejor argumento contra su postura indefinida: Monatte declara en él que deja la Internacional Sindical de Ámsterdam a causa de su estrecha unión con la Segunda Internacional. Es muy justo. Pero el hecho de que la aplastante mayoría de los sindicatos se haya unido a la II o la III Internacional, nos demuestra perfectamente que no existe, que no puede existir sindicato neutro y apolítico, en general, y, sobre todo, en época revolucionaria. El que abandona Ámsterdam y no se adhiere a Moscú, se arriesga a crear una Internacional Sindical Segunda y Media.

Espero firmemente que esta incompreensión desaparecerá, y que Monatte ocupará el puesto al que le lleva todo su pasado: en el Partido Comunista Francés y en la Internacional de Moscú.

Es muy comprensible y justa la actitud prudente y suavizadora que mantiene el Partido Comunista Francés respecto a los sindicalistas revolucionarios, buscando aproximarse a ellos. La que no comprendemos es la indulgencia con que tolera el partido una oposición a la política de la Internacional Comunista, por parte de sus propios miembros, como Verdier. Monatte representa la tradición del sindicalismo revolucionario; Verdier, la confusión.

Sin embargo, más arriba que estas cuestiones de grupos y personalismos, se sitúa el problema de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos. Sin prestar la menor atención a su autonomía, determinada enteramente por la necesidad de un trabajo práctico constante, el partido debe acabar con las discusiones y vacilaciones, y demostrar a la clase obrera francesa que ella posee, al fin, un partido revolucionario que sabe dirigir la lucha de clases en todos los terrenos. Baja este propósito, las resoluciones del Tercer Congreso [de la Internacional Comunista], cualesquiera que sean los tumultos y conflictos temporales que puedan provocar en meses próximos, tendrán inmensa influencia, fecunda hasta el mayor grado sobre toda la marcha ulterior del movimiento obrero francés. Solamente sobre la base de estas resoluciones se establecerán las relaciones entre el partido y la clase obrera, sin las cuales ninguna revolución del proletariado alcanzaría la victoria.

Sin tendencias de derecha, una sólida preparación para la conquista del poder

No hablaré de los partidos comunistas de otros países: el objeto de mi informe no era caracterizar a todas las organizaciones pertenecientes a la Internacional Comunista. Solamente he querido, camaradas, exponer las líneas fundamentales de su política, tales como han sido desarrolladas y definidas por nuestro último congreso. Por esto, he estudiado a los partidos que más contribuyeron a establecer la línea táctica de la Internacional Comunista para el porvenir inmediato.

Es innecesario decir que el congreso no se ha propuesto “interrumpir”, como creyeron infundadamente algunos camaradas de izquierda, la lucha contra los centristas y semicentristas. Toda la lucha de la Internacional Comunista contra el régimen capitalista se opone a los obstáculos reformistas y colaboracionistas. Es preciso que nos sintamos seguros, ante todo. Además, es imposible combatir a las internacionales segunda y segunda y media sin haber limpiado nuestras propias filas comunistas de las tendencias y del espíritu centrista. Esto es indudable.⁹

Pero este combate contra la derecha, que forma parte de nuestra lucha fundamental con la sociedad burguesa, podemos sostenerlo con éxito sólo a condición de vencer en el plazo más breve posible; los errores de izquierda provienen de la falta de experiencia y de la impaciencia, que a veces adoptan el carácter de serias y peligrosas aventuras. El Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] cumplió en tal sentido un verdadero trabajo educativo, que le ha transformado (como dije) en escuela superior, en academia de estrategia revolucionaria.

Martov, Otto Bauer y otros estrategas de salón de la burguesía, a propósito de nuestras resoluciones, hablan de la descomposición del comunismo, del fracaso de la Tercera Internacional, etc. Esos discursos sólo merecen el desprecio. Jamás fue el comunismo un programa dogmático establecido según las fechas del calendario. El comunismo constituye un ejército proletario activo, creciente, que maniobra y que, mientras trabaja, observa las condiciones variables de la batalla, comprueba sus armas, las afila de nuevo cuando se oxidan y somete toda su acción a la necesidad de preparar la derrota del régimen burgués.

Lo que hemos estudiado tan atenta, intensa y concretamente sobre los problemas de táctica en el Tercer Congreso [de la Internacional Comunista], constituye por sí mismo un gran paso hacia adelante: prueba que la Tercera Internacional ha salido del período de formación en cuanto a ideas y organización, y se ha situado como organismo vivo y dirigente de las masas frente a los problemas de la acción revolucionaria directa.

⁹ Después, he visto en los artículos del camarada Kurt Geyer con motivo del Tercer Congreso (artículos que me llegaron cuando estaba ya en prensa mi libro), que este representante de la oposición se desliza hacia el centrismo, sin darse cuenta. Parte del punto de vista de que el Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] estableció una perspectiva histórica, haciendo así más independiente nuestra táctica de nuestra confianza en la revolución. Geyer saca la conclusión que las divergencias de táctica entre la Segunda Internacional y los centristas... disminuyen. ¡Es monstruosa tal concepción! La Tercera Internacional es una organización de combate que camina hacia su fin revolucionario a través de todos los cambios de condiciones. La Internacional Segunda y Media no quiere revolución; se apoya sobre una selección apropiada de jefes y subjesos, de grupos y tendencias, de ideas y de métodos. En el mismo momento en que Kurt Geyer contrasta una suavización de la discordia entre los comunistas y los independientes, éstos, con mayor fundamento, contrastan otra entre ellos y los socialdemócratas. Si se quisieran sacar todas las conclusiones necesarias, esto nos daría el programa de un restablecimiento de la vieja socialdemocracia tal cual era antes de agosto de 1914, con todas sus consecuencias. Si rechazamos toda adaptación dogmática de la revolución en las condiciones que puedan presentarse en el transcurso de las semanas y meses próximos (lo cual conduce, prácticamente, a las tendencias *putschistas*), nos mantenemos fieles en nuestra lucha contra el *putschismo*, a nuestra tarea fundamental: formar un partido comunista revolucionario, activo, irreductible, que se oponga a todas las agrupaciones proletarias reformistas y centristas. Kurt Geyer coloca dogmáticamente la revolución en un futuro indefinido, y hace cábalas en el sentido de un acercamiento a los centristas. ¿Puede dudarse que esta ‘perspectiva’ lleva a Geyer y a los que comparten sus ideas mucho menos lejos de lo que ellos creen?

Si alguno de nuestros camaradas más jóvenes e inexpertos de los aquí presentes ha sacado de mi informe una conclusión pesimista en el sentido que la situación de la Internacional Comunista no es favorable y que es difícil vencer a la burguesía por culpa de los conceptos y métodos erróneos que todavía laten entre los partidos comunistas, sacará una conclusión falsa. Durante un período de bruscos cambios en la política mundial, durante un período de sacudidas universales profundas, en una palabra, durante el período revolucionario en que vivimos, la educación de los partidos revolucionarios se hace con extraordinaria rapidez, sobre todo, a condición que ellos intercambien mutuamente sus experiencias, se controlen mutuamente y se sometan a una dirección central común de la cual es expresión nuestra internacional. No olvidemos que los partidos comunistas más poderosos de Europa cuentan con unos meses de existencia. En nuestra época, un mes vale un año, y, a veces, hasta dos lustros.

Aunque yo haya pertenecido, en este congreso, al ala llamada “derecha” y haya participado en la crítica a la izquierda llamada revolucionaria, que como he demostrado es muy peligrosa para el desarrollo real de la revolución proletaria, salgo de este congreso mucho más optimista de lo que entré. Las impresiones que he sacado del cambio de noticias con los delegados de los partidos hermanos de Europa y del mundo entero pueden resumirse: en el curso del año pasado, la Internacional Comunista ha dado un gran paso hacia adelante, tanto en las ideas como en la organización.

El congreso no ha dado ni puede dar la pauta de una ofensiva general. Ha definido la tarea de los partidos comunistas, como tarea de *preparación* de la ofensiva y, ante todo, como una tarea de conquista espiritual de la mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo. Lo cual no quiere decir que se haya “diferido” la revolución en una serie de largos años; de ningún modo, nosotros precipitamos la revolución y nos aseguramos su victoria mediante una preparación cuidada, profunda y completa.

Verdad es que no se puede reducir al mismo denominador la política revolucionaria de la clase obrera y la acción militar del Ejército Rojo; ya lo sabemos y es particularmente “arriesgado” para mí hacer una comparación en este sentido, visto el peligro casi tradicional para mí de ser sospechoso como “militarista”. Los Cunow alemanes y los Mártoov rusos tienen decidido desde hace tiempo que yo tiendo a remplazar la política y la economía de la clase obrera por una “orden” transmitida al poder de una “organización” militar; no obstante, después de haber tomado mis precauciones, gracias a este pequeño prefacio, arriesgo una comparación militar que no me parece inútil para aclarar también la política revolucionaria del proletariado y la acción del Ejército Rojo...

Cuando, en uno de nuestros innumerables frentes, nos vimos forzados a preparar operaciones decisivas, enviamos allí regimientos frescos comunistas movilizados por el partido, municiones, etc. Sin suficientes medios materiales no podía entablarse una lucha resuelta con Kolchak, Denikin, Wrangel u otros.

Pero he aquí que las condiciones materiales para una acción decisiva se realizan más o menos. Llegados al frente, sabemos que el alto mando tiene decidido emprender un ataque general, admitamos que el 5 de mayo, en tres días. En la reunión del soviet militar revolucionario del frente, en su estado mayor, en su departamento político, nos ponemos a estudiar las condiciones de los combates decisivos que se preparan. Vemos que tenemos cierta superioridad en cuanto al número de bayonetas, sables, cañones, y que, por el contrario, el adversario dispone de una aviación superior a la nuestra, aunque, en general, las ventajas materiales estén de nuestra parte. Los soldados están más o menos bien calzados y vestidos, nuestras líneas de comunicación están seguras. Así, el asunto se presenta favorable. “Y, ¿cómo hacer la propaganda antes del ataque? ¿En cuánto tiempo la han hecho? ¿En qué forma y con qué exigencias? ¿Cuántos comunistas han enviado a los destacamentos para dirigir la propaganda? Enseñadnos vuestras proclamas, circulares

y artículos de vuestros diarios del frente, vuestros carteles y vuestras caricaturas. Cada soldado de vuestro ejército, de vuestro frente, ¿sabe quién es Wrangel, a quién está unido?, ¿quién se encuentra tras de él, de dónde toma su artillería y sus aviones?” Recibimos respuestas insuficientes. Verdad que se hacía propaganda; se dieron a los soldados explicaciones referentes a Wrangel. Pero algunos de los regimientos no llegaron hasta la antevíspera o víspera desde el centro o de los demás frentes, y no se poseía aún ningún dato sobre su moral y su espíritu político. “¿Cómo habéis distribuido a esos millares de comunistas, movilizadas por el partido entre las divisiones y los regimientos? ¿Han contado ustedes con su carácter y con la composición de cada destacamento particular, enviando allí elementos comunistas? ¿Han hecho el trabajo preliminar necesario con los mismos comunistas? ¿Han explicado a cada grupo de qué destacamento formará parte, cuáles son las particularidades de esos destacamentos y cuáles son las condiciones especiales del trabajo político? En fin, ¿están seguros de la presencia, en cada compañía, de un núcleo comunista dispuesto a combatir hasta el final, y apto para conducir a los otros?”

Comprobamos que ese trabajo había sido cumplido sólo superficialmente, sin prestar atención a las condiciones concretas y a las particularidades de la propaganda política en el ejército en general y en cada regimiento en particular. La propaganda ha carecido del carácter concentrado e intenso que correspondía a la inmediata preparación combativa. Aquello se notaba en las proclamas y en los artículos periodísticos... En total, ¿se había comprobado el personal de los comisariados y del alto mando? Pasados los combates, varios comisarios han resultado muertos y remplazados por los hombres que más a mano se tenían. ¿Están completos los comisarios? ¿Dónde están los jefes? ¿Gozan de suficiente confianza? ¿Hay cerca de los jefes poco conocidos comisarios enérgicos que dispongan de suficiente autoridad? ¿No hay entre los jefes antiguos oficiales zaristas, hombres cuyas familias se encuentren en el territorio ocupado por Wrangel, o en el extranjero? Es muy natural que tales jefes hagan esfuerzos para ser tomados prisioneros, lo cual sería funesto para el resultado de algunas operaciones. ¿Los han renovado, reforzado? ¿No? ¡Atrás! El ataque fracasará. Desde el punto de vista material, el momento es propicio, nuestras fuerzas son superiores, nuestro adversario no ha terminado su concentración. Todo es indudable. Pero ocurre que la preparación moral no tiene menos importancia que la material. Y, sin embargo, esta preparación moral se ha hecho negligente y superficialmente. En tales condiciones, más vale abandonar al enemigo una parte del territorio, retroceder veinte o treinta kilómetros, ganar tiempo, dejar el ataque para dos o tres semanas después y elevar hasta el fin la campaña de preparación política y organizadora. Entonces el éxito será seguro...

Aquellos de ustedes, camaradas, que han trabajado en el ejército, y son numerosos, deben saber que este ejemplo no es imaginación mía. Hemos efectuado más de una vez retiradas estratégicas, únicamente porque el ejército no estaba bien preparado para el combate definitivo, desde el punto de vista moral y político. No obstante, el ejército es una organización de violencia, está obligado a combatir. Una represión militar muy dura amenaza a los recalcitrantes. Ningún ejército puede existir de otra manera. Pero en un ejército revolucionario la principal fuerza motriz es su conciencia política, su entusiasmo revolucionario, la comprensión de parte de la mayoría del ejército del problema militar que espera y de la voluntad de resolverlo.

¡Cuánto importa esto a las luchas decisivas de la clase obrera! No hay derecho a forzar a nadie a hacer una revolución. No existen instrumentos de represión. El éxito no se basa más que sobre la voluntad de la mayor parte de los trabajadores, en intervenir

directa o indirectamente en la lucha para ayudarle a vencer¹⁰. El Tercer Congreso [de la Internacional Comunista] parecía indicar que la Internacional Comunista, representada por sus jefes, iba a partir hacia el frente del movimiento obrero mundial y entablar combates decididos para la conquista del poder. El congreso ha pedido: “¡Comaradas comunistas, alemanes, italianos, franceses y demás! ¿Han conquistado la mayoría de la clase obrera? ¿Han logrado que cada obrero comprenda las razones de la lucha? ¿Les han explicado con palabras sencillas, claras y terminantes, cuanto era preciso explicar a las masas obreras, incluso a las más retrasadas? ¿Qué han emprendido para adquirir el convencimiento de que les han comprendido? ¿Quieren enseñarnos sus periódicos, grabados, proclamas?

“No camaradas esto no basta aún. Todavía no se oye, el lenguaje que atestigüe vuestra unión con los millones de trabajadores... ¿Qué han emprendido para distribuir ordenadamente las fuerzas comunistas en los sindicatos? ¿Disponen de núcleos seguros en todas las organizaciones importantes de la clase obrera? ¿Qué han hecho para controlar al estado del *Alto Mando* en los sindicatos?, ¿para librar a las organizaciones obreras de dudosos y, de lo que es aún más importante, de los traidores? ¿Han organizado un servicio de información en el interior mismo del campo enemigo?... No, camaradas; su preparación es insuficiente y, bajo ciertos aspectos, no han abordado como debían los problemas de la preparación...”

¿Significa eso que hayamos de retrasar mucho tiempo la lucha definitiva? ¡De ningún modo! La preparación para una ofensiva militar puede hacerse en el espacio de quince o veinte días, hasta en menos. Divisiones dislocadas, espíritus vacilantes, jefes y comisarios dudosos, pueden ser transformados en el espacio de diez o quince días, gracias a un trabajo de intensa preparación, en un poderoso ejército unido por la unión de la conciencia y de la voluntad. Es incomparablemente más difícil unir a millones de proletarios para una batalla definitiva. Pero toda nuestra época facilita enormemente este trabajo, a condición de que no vacilemos ni a derecha ni a izquierda. Parece tonto querer adivinar si necesitamos para el trabajo preparatorio unos meses solamente, un año o dos años... Eso depende de numerosas circunstancias. Es indudable que, en la situación actual, una de las condiciones más importantes para acercar la hora de la revolución y alcanzar el triunfo es nuestro trabajo de preparación. ¡Vayan a las masas! (ha dicho la Internacional Comunista a sus partidos). ¡Penétrenlas amplia y profundamente! ¡Establezcan entre ellas y ustedes una alianza indestructible! ¡Envíen comunistas a todas las masas obreras, a los puestos más responsables y peligrosos! ¡Que conquisten la confianza de las masas! ¡Que las masas, unidas a ellos, arrojen de sus filas a los jefes oportunistas, vacilantes y arribistas! ¡Aprovechen cada minuto para preparar la revolución! La época nos ayuda. No teman que se les escape la revolución. Organícense reafírmense, y entonces aproximarán la hora del ataque decisivo, verdadero, y entonces el partido les dirá, no solamente “¡Adelante!” sino que llevará la ofensiva hasta la victoria.

¹⁰ Un gracioso me ‘contradijo’ en el congreso, diciendo que no se podía mandar a la clase obrera como a un ejército. Es igual. Yo he tratado de demostrar que no se podía mandar al Ejército Rojo de la manera que ciertos políticos han querido mandar sobre la clase obrera.

Edicions internacionals Sedov



- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
 - *09.a Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
 - *09.b Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
 - Alejandra Kollontai, escritos
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
 - Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
 - Bleibtreu, Marcel
- Broué, Pierre. Bibliografía en red
 - Clara Zetkin, escritos
 - Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
 - Frencia, Cintia y Daniel Gaido
 - Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
 - Louise Kautsky
 - Mary-Alice Waters
 - Mehring, Franz
 - Murphy, Kevin
 - Obras completas de G. Munis
 - Obras escogidas de G. V. Plejánov
 - Obras escogidas de Karl Kautsky
 - Obras y escritos de Stéphane Just
 - Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
 - Parvus (Alejandro Helphand)
 - Rakovsky, Khristian (Rako)
 - Riazanov, David. Textos y materiales diversos
 - Rühle, Otto
 - Textos de apoyo
 - Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75